

ISBN 978-987-702-079-3

Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas

Reflexiones en torno a la política,
el periodismo y el discurso (2003-2008)

Irene Lis Gindin (coordinadora)



Facultad de Ciencia Política
y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Rosario

Escuela de
Comunicación
Social



UNR
Universidad Nacional de Rosario


cm
Centro de Investigaciones
en Mediatizaciones

Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas: reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso . 2003-2008 / Maestri Mariana ... [et. al.] ; coordinado por Irene Lis Gindin ; 1a ed. - Rosario: UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2014.
E-Book.

ISBN 978-987-702-079-3

1. Política Argentina. I. Mariana Maestri. II. Julia de Diego . III. Mariano Fernández . IV Irene Lis Gindin. V. Tomás Lüders. VI. Gastón Cingolani , VII Gindin, Irene Lis: coord.
CDD 330.82

Fecha de catalogación: 09/09/2014



Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas

Reflexiones en torno a la política,
el periodismo y el discurso (2003-2008)



Directora

Dra. Sandra Valdetaro

Comité Académico

Prof. Rubén Biselli

Dra. Natalia Raimondo Anselmino

Lic. Mariana Maestri

Dra. María Cecilia Reviglio

Dra. Florencia Rovetto Gonem

Índice

Presentación

**Comunicación y política: algunas notas
sobre un proyecto de investigación** 11

Mariana Maestri

**¿Discurso político o politicidad de los discursos?
Una propuesta para pensar la relación entre kirchnerismo y prensa** 17

Julia de Diego

**Periodismo y política en la Argentina
kirchnerista: disputas por la intermediación en el espacio público
Un análisis desde la perspectiva de la mediatización** 37

Mariano Fernández

**Identidades fragmentadas: apuntes teóricos
sobre las identidades políticas** 63

Irene Lis Gindin

**La reedición de una gesta: kirchnerismo,
locus generacional y conflicto con el campo** 79

Tomás Lüders

**Para una futura retrospectiva
del momento mediático kirchnerista** 99

Gastón Cingolani

Presentación

Comunicación y política: algunas notas sobre un proyecto de investigación

Mariana Maestri

Cim-UNR

maestrimariana@gmail.com

1. El origen del proyecto

Los artículos que integran este libro son el resultado de un proceso de construcción de conocimiento que tuvo su origen en las experiencias individuales de cada uno de los docentes, investigadores y becarios que aquí se presentan. La búsqueda incesante por encontrar otros colegas que trabajen, reflexionen, cuestionen y produzcan en torno al mismo objeto de investigación estimuló el intercambio de *papers*, borradores, presentaciones en diversos congresos y jornadas relacionadas con la problemática. Como resultado de esos primeros contactos y de la avidez por la exploración y la producción colaborativa en el marco de la educación universitaria, surgió el proyecto de investigación integrado por investigadores de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata y de la Escuela de Comunicación Social de la Facultad de Ciencia Política y RR. II. de la Universidad Nacional de Rosario que se denomina: *Discurso político y discurso periodístico durante el kirchnerismo (2003 -2010) Análisis comparativos de estudio de caso y reflexión sobre articulaciones teóricas.*

Con el firme propósito de estrechar aún más los lazos existentes entre los integrantes del Proyecto de Investigación y las instituciones vinculadas con la educación superior es que el mencionado proyecto se presentó para su acreditación ante la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Rosario en el año 2011. Al año siguiente se incorpora al Centro de Investigaciones en Mediatizaciones¹ en el que encontramos un espacio de reflexión, intercambio y difusión de nuestras producciones. Ambos ámbitos institucionales contribuyeron a la formación y consolidación de prácticas académicas y de investigación que ya se venían desarrollando como docentes, graduados-adscriptos y becarios de CONICET cuyos proyectos están íntimamente vinculados con la investigación a la que estamos haciendo referencia.

De este proceso de intercambio y construcción de conocimientos se decidió participar en la mesa denominada “Sociedad mediatizada: periodismo y política en la Argentina actual”, en el marco del X Congreso Nacional y el IV Congreso Internacional sobre Democracia, organizado por la Facultad de Ciencia Política y RR.II. en el año 2012 con las ponencias que hoy presentamos en este libro.

2. Sobre el objeto, la teoría y su metodología

En relación al proyecto podemos decir que la especificidad del mismo reside en que el abordaje empírico se centra en los discursos mediatizados (tanto políticos como periodísticos, registrados en televisión y en la prensa gráfica) y, por lo tanto, funda la posibilidad de comparación entre ambos espacios que se entrecruzan en el marco de sociedades altamente mediatizadas como la nuestra.

Asimismo, debemos consignar que el trabajo abarca el período kirchnerista que va desde la asunción como presidente de Néstor Kirchner hasta el año 2010, año del bicentenario de la República Argentina. La propuesta inicial de esta investigación fue la de analizar discursos de la prensa gráfica y de los principales dirigentes del gobierno nacional. A su vez, y como derivación de los objetivos de las investigaciones individuales, nos centramos en diferentes etapas y conflictos políticos que repercutieron en la relación entre kirchnerismo y medios de comunicación. Los mencionados acontecimientos en los que hemos centrado nuestro análisis son:

1. El Centro de Investigaciones en mediatizaciones se encuentra radicado en el Instituto de Investigaciones de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina

- 1-Asunción Néstor Kirchner (Año 2003)
- 2-Acto Esma / Movilización posterior al asesinato de Axel Blumberg (Año 2004)
- 3-Movilización social en Gualeguaychú por la instalación pasteras (Año 2006)
- 4-Asunción Cristina Fernández (Año 2007)
- 5-Enfrentamiento entre el Gobierno Nacional y entidades del sector agropecuario (Año 2008)
- 6-Proceso de discusión social y legislativa en torno a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (Año 2009)
- 7-Actos de conmemoración del Bicentenario (Año 2010)

El objetivo principal del proyecto, por lo tanto, fue el de indagar en los modos de producción de sentido que resultan de las zonas de interacción mediática donde el discurso político y el discurso periodístico se fusionan alternativamente como condiciones de producción y condiciones de reconocimiento mutuas.

Como sostiene Sautu (1997):

los objetivos de una investigación son ellos mismos una construcción teórica porque, como ya dijimos, la teoría define primero qué se habrá de investigar; segundo, las perspectivas desde las cuales se lo hará y tercero, la metodología apropiada para esa teoría y sus objetivos” (p.186)

En ese sentido conviene precisar que este proyecto buscó vincular las reflexiones teóricas desarrolladas en el marco de la Teoría del Discurso de E. Laclau, para quien el discurso es un parte integrante de lo social (Laclau, 2005), y la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón.

En relación a este último autor, enmarcamos nuestra investigación dentro de la sociosemiótica entendida como “(...) un conjunto de hipótesis sobre los modos de funcionamiento de la semiosis social. El estudio de la semiosis es el análisis de los fenómenos sociales en tanto proceso de producción de sentido” (Verón, 1998: 125)

Desde esta perspectiva, la sociosemiótica se constituye en una teoría de los discursos sociales, entendiendo que la hipótesis sobre la cual descansa el análisis del sentido es que “el sistema productivo deja huellas en los productos y que el primero puede ser (fragmentariamente) reconstruido a partir de una manipulación de los segundos. Dicho de otro modo: analizando productos, apuntamos a procesos” (p.124).

En relación con los métodos de investigación sobre los que nos hemos centrado para llevar adelante esta indagación, consideramos relevante señalar la centralidad del análisis de los discursos sociales como “sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de producción, por una parte, y con sus efectos por otra”

(Verón, 1987). La construcción metodológica propuesta, entonces, está guiada por el método comparativo entre conjuntos discursivos (discursos políticos mediatizados, discursos periodísticos de la prensa gráfica) cuya puesta en relación bajo la forma de una red interdiscursiva (Verón, 1987).

El diseño de la investigación está fundado en la articulación de estrategias complementarias: en sincronía, estudio de casos colectivo o incrustado (donde cada caso se considera una subunidad); en diacronía, estudio comparativo de los casos particulares. Los casos seleccionados no son considerados una muestra estadística representativa –de modo que considerados individualmente no habilitan generalizaciones- sino que cada caso será abordado en su especificidad, para luego, a través de la comparación, indagar en variaciones y regularidades.

3. Para finalizar

En este texto buscamos contextualizar el origen y las principales perspectivas teóricas y metodológicas del Proyecto de investigación *Discurso político y discurso periodístico durante el kirchnerismo (2003 -2010) Análisis comparativos de estudio de caso y reflexión sobre articulaciones teóricas*, que es el resultado de aunar las inquietudes intelectuales de un grupo de docentes, becarios e investigadores de dos universidades nacionales de nuestro país.

Nos interesa remarcar el esfuerzo y la labor por legitimar un campo de saber propio de las ciencias de la comunicación mediante el proceso de construcción de saber acerca de un fenómeno social de gran actualidad en el ámbito académico, como es la vinculación de lo político con lo comunicacional/periodístico.

Como se sostiene en el apartado de proyecto destinado a la contribución esperada por esta investigación anhelamos aportar, y seguir contribuyendo, a un mejor conocimiento de las redes discursivas a través de las que circulan los sentidos sociales de los fenómenos estudiados, con el fin de brindar un nuevo marco de análisis de los mismos que podría operaren el enriquecimiento de la comunicación periodística y política, en la comunicación pública en general.

Referencia

Laclau, E. (2005). *La Razón Populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sautu, R. (1997), "Acerca de qué es y no es investigación científica en ciencias sociales", en Wainerman, C. y Sautu, R., *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa", en AA. VV. *El Discurso Político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette.

Verón, E. (1998). *La semiosis social*, Barcelona: Gedisa.

¿Discurso político o politicidad de los discursos? Una propuesta para pensar la relación entre kirchnerismo y prensa

Julia de Diego

Conicet/IdIHCS-UNLP
juliadediego@yahoo.com.ar

Resumen

En este trabajo buscamos problematizar la naturaleza política del discurso de la prensa durante los gobiernos kirchneristas, frente a la percepción que define a los medios como actores políticos. Partimos de recopilar y clasificar concepciones en torno al discurso político y, luego, planteamos algunas hipótesis para su comprensión multideterminada. Esta sistematización nos permite identificar las particularidades del discurso político que lo vuelven diferente al periodístico. Este último adquiere rasgos lingüísticos que lo politizan. Veremos, en suma, que a nivel de la producción social de sentidos, lo que caracteriza a la intervención polémica del periodismo es su *politicidad*.

Palabras clave

discurso político – discurso periodístico – politicidad – actor político - prensa

Abstract

In this work we seek to problematize the political nature of the discourse of the press during the Kirchner governments, face perception defines the media as political actors. We start to collect and classify ideas around political discourse and then propose some hypotheses for understanding multidetermined. This systematization allows us to identify the peculiarities of political discourse that make it different from journalistic. The latter acquires linguistic features that politicized. We will, in short, that the level of social production of meanings, which characterizes the controversial intervention of journalism is its *politicity*.

Key words

political discourse – journalistic discourse – politicity – political actor- press


Desde el nacimiento de la prensa escrita, las publicaciones periódicas de nuestra región asumieron posturas políticas diversas respecto de las gestiones que dirigieron los destinos del país. Por esta razón, la fuerte conflictividad entre prensa y poder político y los actuales alineamientos periodísticos a la política oficialista no nos resultan fenómenos novedosos. Sí observamos como rasgo actual, el tipo de política de comunicación que asumieron los gobiernos kirchneristas: esta se estructuró a partir de una confrontación a nivel polémico con ciertos sectores del periodismo y multimedios; la pretensión de una *comunicación directa* con los ciudadanos; y la implementación de políticas regulatorias con fuerte intervención estatal.¹

En este trabajo el objetivo es problematizar la naturaleza política del discurso de la prensa escrita en la Argentina actual, frente a la percepción que define a los medios como actores políticos. Nos encontramos en un contexto en el que es casi un razonamiento cotidiano pensar en los periódicos como los opositores políticos. Atendemos diariamente al desenvolvimiento de discursos polémicos entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y las páginas de Clarín y La Nación, respecto de temas centrales de la agenda noticiosa. Desde las ciencias sociales, también es usual que se conciba el rol de los medios en tanto *actores políticos* (Borrat, 1989; Schudson, 2002) o *adversarios políticos* (Palma, 2012) al momento de abordar la posición del periodismo respecto del poder del Estado. Es en este contexto que nos preguntamos ¿qué hay de la lógica de la política en la participación de los periódicos en el espacio público? Puntualmente respecto del nivel simbólico, ¿qué se observa de común y de diferencial entre las lógicas de producción, circulación y reconocimiento de sentidos entre los discursos políticos y mediáticos? En principio decimos que ambos comparten la dimensión polémica en la producción de sus discursos.

Primeramente, es clave identificar lo que entendemos por discurso político. La pregunta acerca de su definición viene siendo una cuestión problemática en el contexto de la acelerada complejización de nuestras sociedades. Queremos decir que, en épocas anteriores de dominio de las democracias liberales, las fronteras entre lo que tradicionalmente se concebía como el campo político, diferenciado de otros espacios como el campo periodístico o el publicitario, podían reconocerse con mayor claridad. Actualmente, aquel estado se modificó sustancialmente y las diversas teorías han avanzado en explicar a las nuevas comunidades en su relación con la política y, por ende, la naturaleza de su discursividad.

1. Este fenómeno conforma un campo problemático que es el que da origen al proyecto de investigación del cual formamos parte los autores de la presente publicación. Cada trayecto individual confluye en dos cuestiones centrales: por un lado, las relaciones interdiscursivas entre el sistema político y el sistema de medios durante el kirchnerismo; por otro, el cruce de perspectivas teórico-metodológicas, entre la Teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón y la Teoría del Discurso de Ernesto Laclau.

Este artículo es resultado de las discusiones e intercambios realizados en una de las actividades del proyecto: mesa redonda "*Sociedad mediatizada: periodismo y política en la Argentina actual*" X Congreso Nacional y III Congreso Internacional sobre Democracia, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales UNR, 3 al 6 de septiembre de 2012.



Hay quienes señalan que la política empapa todos los niveles de lo social en tanto insumo irremplazable para la construcción contingente del orden. También encontramos análisis para los que la omnipresencia sobre lo social tiene más que ver con procesos de mediación de las prácticas sociales y políticas. Asimismo, se resalta la imbricación creciente de las lógicas del marketing en las propuestas comunicativas de la política.

En este sentido, emerge como un desafío la posibilidad de acordar una concepción sobre el discurso político. Las posturas analíticas se inscriben en un *continuum* que va desde planteos que proponen a la articulación significativa de la sociedad como eminentemente política, pasando por quienes piensan el rasgo distintivo de la palabra política en la acción performativa de construcción de colectivos sociales; hasta llegar a visiones restringidas que ven al discurso político como monopolio de los actores que operan en instituciones del Estado o que luchan en el espacio público por acceder a ellas.

En tanto fenómeno determinado por condiciones concretas de los procesos sociales y políticos, nos interesa situar el análisis en el caso argentino. Aquí, los periódicos se han ubicado en ciertas crisis políticas (como lo fue el conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y el sector agropecuario en 2008), como verdaderos opositores políticos, intercalados con un sistema de partidos sin potencia electoral. Asimismo, la presidenta y el ex mandatario Néstor Kirchner dieron una centralidad retórica a la acción de la prensa, a partir de una interpelación directa a su discurso como verdaderos enemigos del pueblo y mediadores que obstaculizan la relación directa entre la gestión y los argentinos. Palpamos un sentido común que lee el conflicto en términos de dos polos contrapuestos que disputan poder político en el espacio público. Sin embargo, nos preguntamos, ¿es posible que el periodismo asuma el rol de contrincante político? Si es cierto que la voz del periodismo ocupa un lugar de oposición ¿a quiénes representa?, ¿por qué proyecto político lucha?, ¿qué lógicas de producción de sentido predominan?, ¿es un proceso homologable a lo que sucede en el campo político?

No es el objetivo responder aquí a todos estos interrogantes. Recurrimos a ellos para trazar nuestra ruta de trabajo que organiza el presente artículo en tres bloques: a) una sistematización de algunas definiciones acerca del discurso político; b) una propuesta de articulación entre estos aportes que permitan complejizar la definición; c) una recuperación y redefinición de la idea de politicidad como categoría que nos permite reconocer la dimensión política en el discurso de la prensa, materializado en marcas del discurso polémico y argumentativo.



Tres perspectivas en torno al discurso político

En un trabajo previo, (Fernández, de Diego, Gindin y Lüders, 2011), los miembros del equipo planteábamos conjuntamente pensar en la condición de posibilidad de un discurso político más allá de sus fronteras institucionales, es decir, como producto emanado no exclusivamente en (o desde) el sistema político. En este sentido, nos preguntábamos qué es lo que hace que un discurso pueda considerarse político, teniendo en cuenta los aportes de Benjamín Arditi (2007) en torno a dinámicas políticas post-hegemónicas y de Bruno Latour (2003), respecto de la palabra política como constructora de agregados sociales. En aquella presentación, arribamos a diversos interrogantes, considerando repensar la noción restringida e institucional de la politicidad discursiva, a partir de hipótesis provenientes de campos de conocimiento que no pertenecen a los estudios del discurso.

La teoría política nos permitió dar cuenta de un enfoque que se basa en la distinción que el post-estructuralismo reformuló con la lectura de Schmitt (2005) entre *lo político* y *la política*, entre un nivel ontológico que expresaría el antagonismo constitutivo de las sociedades humanas, y el conjunto de las prácticas e instituciones que ordenan la existencia social (el nivel óntico). (ver: Marchart, 2009)

En el presente trabajo, buscamos continuar en la línea y sistematizar algunas concepciones en torno al discurso político, para poder luego, reconocer sus regularidades. Con un criterio que apunta a los niveles de observación que cada teoría propone para su definición, construimos tres conjuntos (heterogéneos y arbitrarios en su clasificación) de concepciones: Lingüísticas; políticas/institucionales; sociales/estructurales/relacionales.

1- Empecemos por el primer grupo de definiciones. Su característica aglutinante radica en construir una concepción de discurso político a partir de rasgos definitorios en elementos lingüísticos de la palabra oral o escrita, es decir, operaciones propias, exclusivas y distintivas de este tipo de discursividad. Citamos los trabajos de Paul Chilton y Christina Schäffner (1997) y Paolo Fabbri y Aurelia Marcarino (2002).

La primera publicación afirma que el discurso político se constituye en el uso particular que los actores hacen de la lengua. En ese sentido, dice que es posible identificar ciertas propiedades lingüísticas y vincularlas con acciones que, intuitivamente, refieren a la política. Esto remite al poder o a su opuesto, la resistencia.

Enmarcados en la teoría de los actos de habla, Chilton y Schäffner (1997) proponen que hay ciertas *funciones estratégicas* específicas del discurso político que lo diferencian de otros tipos de discursividades. Estas son las de *coerción* (sanciones, órdenes, leyes, etc.); *resistencia, oposición y protesta* (graffitti, eslóganes, cánticos, solicitadas, etc.); *encubrimientos* (evasivas y formas de negación, omisión de la referencia a los actores); *legitimación* y

deslegitimación (comunicación lingüística de las razones de la obediencia: argumentos en torno al deseo de los votantes, principios ideológicos generales, proyección de un liderazgo carismático, autopresentación positiva. Los otros son presentados negativamente: fronteras y actos de habla como culpar, acusar, insultar).

La apuesta por pensar en los rasgos y/o funciones lingüísticas del discurso político no ata a los textos con sus condiciones de producción institucionales, ya que lo que lo define son estrategias discursivas presentes en los materiales de análisis. En este sentido, los autores admiten que son funciones habituales de la vida social en general las que, al ser analizadas en términos de funciones estratégicas, "equivale a considerar políticamente dichos comportamientos, a politizarlos." (Chilton y Schäffner, 1997: 306) En otras palabras, la politización borra las fronteras entre la política institucional y no institucional.²

Paolo Fabbri y Aurelia Marcarino (2002) también presentan la validez de la categoría de discurso político, en términos de "pertenencia semiolingüística." Los autores refutan la concepción del discurso como representación de lo real y asumen que se trata de un *discurso de campo*, destinado a llamar y a responder, a disuadir y a convencer; un discurso de hombres para transformar hombres y relaciones entre los hombres.

Se habla del discurso político a partir de rasgos característicos de todo discurso, como son los dispositivos de enunciación, la construcción de la destinación y los actos de habla. Lo que sí se le adjudica como una característica distintiva, es que sea un *discurso de guerra*, cuya potencia se define por los adversarios en el campo: es un discurso polémico conflictual. Esto indica que los movimientos son eventos cumplidos en y por el lenguaje y, por lo tanto, se debe restringir la definición a la dimensión textual y no contextual. Si hubiera intertextualidad, dicen los autores, se descubrirá en el interior del discurso político.

Inspirados en la semiótica greimasiana, postulan como necesidad elaborar esquemas generales para analizar los discursos, de manera que les permitan disminuir la dependencia de los materiales empíricos. Esta sería una gramática estratégica específica, la cual permitiría aislar rasgos enunciativos y relaciones entre enunciados que definan las confrontaciones, la combinación de acciones de ataque y defensa y la finalidad política.

2. Los autores presentan dos tipos de discurso político, a partir de los que dan cuenta de la existencia de esta discursividad por dentro, pero también, por fuera de las instituciones políticas. El primero es el *discurso metapolítico*, en el que se tratan ideas políticas, creencias y prácticas sociales. El segundo contiene a los *textos que promueven el surgimiento de una comunidad*, grupo político o ideológico o partido. Incluye diversos tipos de discurso: intraestatal, interestatal, discurso político interior, etc. (Chilton y Schäffner, 1997)

2- En segundo lugar, retomamos otro conjunto de concepciones que proponen una visión del discurso político determinada por sus condiciones institucionales de producción. Lo definen como una materia significativa (predominantemente lingüística) construida por actores que son parte de las instituciones del Estado o que luchan en el espacio público por acceder a ellas. Comentamos brevemente los planteos de Patrick Charaudeau (2002), Eliseo Verón (1987), y parte de las ideas de Pierre Bourdieu (1984, 1984a, 1986).

La preocupación del primero de los autores se centra en la relación entre discurso, poder y acción y asume que una teoría del discurso debería concentrarse en los vínculos que entretengan estas tres aristas. En este marco, interpreta al discurso político como producido siempre (al igual que cualquier otro discurso) en una situación de comunicación. Por eso depende para generar su significado de los tipos de destinatario que define y de las finalidades que esta situación determina. Estas últimas pueden ser tres:

- a) *Crear comunidades de opinión*, como acción orientada a construir un fundamento para pertenencias ideológicas, que se vincula con la generación de una *doxa* referida a creencias compartidas y una memoria común.
- b) *Crear comunidades comunicacionales*. Consiste en tratar de influir en las opiniones de los actores que participan en la escena de la comunicación política para establecer consensos. Es el discurso de la retórica o la influencia empeñado en construir imágenes y efectos.
- c) *Crear un discurso acerca de lo político; sin objetivo político*. Efectuar comentarios o expresar opiniones que producen un “efecto de discurso político”, pero se mantiene al margen de la acción política. Esta es la palabra de los periodistas. (Charaudeau, 2002)

Para este autor, el discurso político posibilita, justifica y transforma la acción política. En sus palabras, “La cuestión de fondo para el análisis del discurso político es la de saber en qué medida este es susceptible de revelar en qué consiste la realidad del poder, de un poder que es, en gran parte, acción.” (2002: 122)

En segundo lugar, citamos la concepción de Verón como otra de las que vinculan a la producción discursiva con las instituciones políticas. La teoría de los discursos sociales parte del supuesto de que las unidades de análisis deben estar asociadas a condiciones sociales de producción más o menos estables. En este sentido, dice que “parece lógico situarse dentro del marco de contextos institucionales fácilmente identificables y, sobre todo, respecto de los cuales existen desarrollos teóricos abundantes, como es el caso del sistema político en las sociedades democráticas.” (1987: 14)

Con cierta similitud a lo que veíamos en el planteo de Fabbri y Maccarino, Verón habla de la necesidad de construir una “tipología” de los discursos sociales, que permita abstraer características definitorias de cada tipo de discurso. Se refiere a reconocer un “núcleo invariante” que contribuya a clasificar e interpretar los materiales empíricos. En este camino, se

pregunta por las fronteras que hacen a la especificidad de los discursos, en un marco en el que los campos discursivos se entrecruzan permanentemente. Así, enunciar una palabra política consiste en:

situarse a sí mismo y en situar tres tipos de destinatarios diferentes, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, respecto de las entidades del imaginario: por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación -los metacolectivos- y por otro respecto de la entidad que funda la legitimidad de la toma de la palabra, el colectivo de identificación. (1987: 23)

Para explicar de qué se tratan los elementos que definen la especificidad de la enunciación política, Verón sistematiza sus características y las organiza en dos niveles: el de la enunciación y el del enunciado.

En el primer grupo, reconoce que el campo discursivo de lo político “implica *enfrentamiento*, relación con un *enemigo*, *lucha* entre enunciadores” (1987: 16). Es en este sentido, que la enunciación política “parece inseparable de la construcción de un *adversario*.” (p.16) Metafóricamente, todo discurso político está habitado por otro negativo que Verón denomina *contradestinatario*, y también construye un Otro positivo, aquel al que el discurso está dirigido, el *prodestinatario*. El análisis del discurso político en contextos democráticos hace que se piense en una tercera categoría de destinación que tiene que ver con el indeciso, el *paradestinatario*; es el sujeto al que es preciso convencer mediante el uso de la persuasión. Esta propuesta analítica identifica un desdoblamiento a nivel de la destinación, característica de la discursividad política, mientras que otros tipos discursivos (como el discurso de la información, el publicitario y el científico) no presentan esta disociación estructural. “El discurso político es un discurso de *refuerzo* respecto del prodestinatario, de *polémica* respecto del contradestinatario y de *persuasión* sólo en lo que concierne al paradestinatario” (p. 18)

A nivel del enunciado se reconocen, por un lado, entidades del imaginario político y, por otro, algunos componentes propios de esta discursividad. Los primeros refieren a los colectivos de identificación (nosotros los comunistas, por ejemplo) o más abarcadores (ciudadanos, trabajadores, argentinos), generalmente asociados a los paradestinatarios; meta-colectivos singulares, que resultan más amplios que los colectivos políticos (el país, el Estado, el mundo, el pueblo); formas nominalizadas, que consisten en expresiones con cierta autonomía semántica y que funcionan como fórmulas relativamente aisladas (la otra política, la participación, el desorden, la decadencia); y otras formas nominales (la crisis, el imperialismo).

Los componentes son los que definen las modalidades con las que, en ciertas zonas del discurso, el enunciador construye su red de relaciones con las entidades del imaginario. En su trabajo, Verón reconoce cuatro manifestaciones. Una descriptiva, en la que el enunciador

político realiza un balance de alguna situación, a través de un ejercicio constataivo del pasado y la situación actual. En segundo lugar, habla de un componente didáctico que, al igual que el anterior, corresponde a la modalidad del saber, pero no a partir de evaluar una situación, sino por enunciar un principio general, una verdad universal, en el plano intemporal de la verdad. El elemento prescriptivo refiere a lo que es del orden del deber, de la necesidad deontológica. Por último, el autor menciona una arista programática que manifiesta la visión a futuro del enunciador político; en esa zona, promete, anuncia, se compromete.

En tercer lugar, retomamos la perspectiva de Bourdieu que piensa al discurso político vinculado a las condiciones de producción del campo político, sus determinaciones institucionales y su legitimidad. Un discurso político es el que tiene la capacidad de clasificar, de crear grupos sociales, a partir de condiciones sociales favorables en ese sentido. Pero esta característica no puede funcionar sin el posicionamiento en la estructura de poder que otorgue a los actores la posibilidad performativa en términos políticos, el “monopolio de la nominación legítima” (1986).

Se trata de los funcionarios del Estado, quienes imponen el punto de vista institucional, instituido como legítimo, que todos reconocen dentro de una sociedad. Este cumple las funciones de brindar diagnósticos, mediante los que asigna identidades, de dar directivas y órdenes, en tanto discurso administrativo, y, también, relatar lo que las personas han hecho realmente. El mandatario del Estado es el depositario del sentido común y, en esa acumulación de capital simbólico, deviene en poseedor del monopolio de la violencia simbólica legítima, esto quiere decir, la posibilidad de imponer divisiones sociales, de construir grupos.

Dice Bourdieu que el capital simbólico es el poder impartido a aquellos que obtuvieron suficiente reconocimiento para estar en condiciones de imponer el poder de hacer un nuevo grupo, hablando por él, en tanto que mensajero autorizado. Esta dinámica es posible, dado que hay una “autoridad que funda la eficacia performativa del discurso sobre el mundo social” (1984: 293).

Hay una posición que es obtenida luego de un proceso de institucionalización, al término del cual es instituido un mandatario que recibe del grupo el poder de hacer el grupo. Es el ya clásico *misterio del ministerio* bourdieano, a partir del cual se concibe a las condiciones de posibilidad de la palabra política como un fenómeno de representación. Este es un caso de “magia social” donde una cosa o una persona se transforma en algo distinto de lo que es, donde un hombre (ministro, obispo, delegado...) puede identificarse y ser identificado con un conjunto de hombres (el Pueblo, los Trabajadores) o con una entidad social (Nación, Estado, Iglesia). El misterio del ministerio encuentra su apogeo “cuando el grupo solo puede existir por la delegación en el portavoz que lo hará existir hablando por él, es decir, en su favor y en su lugar” (1984: 306) Se trata de una relación circular que es la raíz de una ilusión carismática que hace que el portavoz pueda aparecer como *causa sui*.

3- Por último evocamos a los autores que proponen una lectura estructural de la comprensión del discurso político, en el sentido de pensarlo como un emergente de relaciones, articulaciones o creación de grupos. En estas definiciones, lo social adquiere un rol constitutivo. Nos referimos puntualmente a aspectos más generales de la teoría de los campos de Bourdieu, la perspectiva post-fundacionalista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2004) la propuesta de Bruno Latour (2003).

Como anticipábamos, la mirada de Bourdieu complementa una concepción institucionalista y representacional de la producción del discurso político (preocupada por la autoridad y la legitimidad del portavoz oficial) con la percepción de que esta discursividad es determinada por las relaciones sociales que conforman el campo político. Estas últimas refieren a las posiciones de poder que ocupan los actores en el espacio social, a partir de analizar qué volumen del capital global poseen y su estructura de composición, es decir, el peso relativo de las diferentes especies de capital. En esta línea de trabajo, es posible pensar también al discurso político desde una perspectiva de corte más sociológico.

La dimensión significativa de las posiciones de los actores en el campo político interviene (y se conforma a partir de) luchas simbólicas que se dan porque los objetos del mundo social siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica. Hay, entonces, una pluralidad de visiones del mundo que bullen en un caldo de cultivo para las disputas por el poder de producir e imponer concepciones legítimas, propias de la discursividad política.

Los agentes sociales tienen representaciones del mundo social con las que contribuyen a crear la visión de ese mundo y, por lo tanto, la construcción de su contexto busca imponer su propia visión o la visión de su propia posición en ese mundo. Pero respecto a lo que define al discurso político, que es su capacidad para imponer la creación de grupos, dice el autor que

El conocimiento del mundo social y, más precisamente, de las categorías que lo posibilitan es lo que está verdaderamente en juego en la lucha política, una lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo (1984: 290)

En Laclau y Mouffe, encontramos algo más que una categoría definitoria del discurso político. Ambos promueven la posibilidad de pensar a la política (lo político) y al discurso como dimensiones constitutivas de lo social. Es decir, extienden la concepción de discurso político y se la considera condición de posibilidad de todas las prácticas políticas y articulaciones hegemónicas.³

3. Previamente, planteábamos una crítica respecto de la perspectiva de Laclau y Mouffe. Esta se sostiene en una on-

Así, cualquier orden social está constituido por situaciones políticas contingentes naturalizadas, como producto de operaciones hegemónicas mediante las que una particularidad asume el lugar de una universalidad. En este sentido, la política es la categoría central de este movimiento teórico que se refiere a la conformación, crisis y reconstitución de los órdenes políticos. En este plan, se propone un desdoblamiento de la categoría de la política de manera de que, para las dimensiones profundas y constitutivas de lo social se utiliza la categoría de *lo político* y respecto de lo que tradicionalmente se conoce como el sistema político, con sus instituciones y sus prácticas, se habla de *la política*.

Cualquier articulación hegemónica se constituye a partir de la categoría de discurso, a la cual Laclau y Mouffe (2004) le dan un rol central en tanto práctica que organiza las relaciones sociales. Ellos asumen que los objetos se constituyen como objeto de discurso y que, por lo tanto, no pueden considerarse “al margen de toda condición discursiva de emergencia.” (p. 147) No es una discursividad que esté pensando solo en lo lingüístico, sino que es una práctica de articulación que atraviesa “el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales la formación discursiva se estructura” (p. 148).

El discurso se conforma dentro de un sistema de identidades diferenciales, que solo “existe como limitación parcial de un ‘exceso de sentido’ que lo subvierte. Este ‘exceso’, en la medida en que es inherente a toda situación discursiva, es el terreno necesario de constitución de toda práctica social” (2004:151). Es el *campo de la discursividad*, el cual determina el carácter necesariamente discursivo de todo objeto y la imposibilidad de que ningún discurso determinado logre realizar una sutura última.

Por último, citamos un trabajo de Latour que nos abre la puerta a pensar, no en una definición específica del discurso político, sino más bien en la condición de politicidad de la palabra pública. Más que un tipo de discurso, habla de una función que se concibe como zona discursiva presente en diferentes tipos de discurso (religioso, periodístico, entre otros).

El interés de este autor radica en determinar cómo se conforman los agregados sociales. Parte de hipótesis sociológicas que le permiten pensar en una intervención de la politicidad del discurso como elemento que posibilita diversas formas de asociación, no institucionalizadas, en la esfera pública. Decimos entonces que para Latour el discurso político ocupa un lugar irremplazable. Lo político se refiere a la tarea de construcción de asociaciones y el discurso es un medio de articulación social que, en tanto tal, forma instituciones heterogéneas que pertenecen a regímenes de enunciación distintos.

tología que piensa al discurso como parte integrante de lo social y lo define como totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora. Es así que se trata indistintamente lo lingüístico y lo no lingüístico, con el riesgo de trasladar un principio ontológico y epistemológico al terreno empírico, en el cuál sí es necesaria la distinción. El sentido funciona investido en materialidades que tienen funcionamientos significantes específicos. (Fernández, *et al*, 2011)

Se trata de discursos que ponen en juego la existencia de agrupamientos sociales, toda vez que un *nosotros* y un *ellos* regulan una enunciación. Esto se vincula a un registro performativo: sin un discurso dedicado a dar existencia, a agrupar y reagrupar los agregados sociales, lo social sería impensable. Como decía Bourdieu, esto no debe entenderse como una asignación de poderes mágicos al discurso; ningún discurso crea *ex nihilo* una asociación. Pero también se da a la inversa: no hay asociación que sobreviva sin su puesta en discurso.

Por eso, “es necesario abandonar la idea de la existencia garantizada de los grupos.” Estos están siendo continuamente formados y reformados por el “movimiento circular” de la palabra política. (Latour, 2003) No es posible sostener la autonomía de la palabra y la acción, tal como veíamos en la propuesta de Charaudeau. La circularidad tiene que ver con lo plural que deviene singular y lo singular deviene, nuevamente, plural. Es un proceso movilizad por una doble relación: de *representación*, mediante la cual un portavoz puede convertir una multiplicidad (la multitud que lo ha designado como tal) en unidad (un *nosotros*); y de *obediencia*, por la cual la unidad vuelve a convertirse en multitud. Esa dinámica es posible sólo porque cada relación implica una “traición”: la representación no es la réplica exacta de la voluntad de los representados y la obediencia no es la aplicación fiel de los designios del portavoz.

Esta concepción se inscribe en la tradición bourdieana respecto del vínculo entre el portavoz y el grupo que antes comentábamos. Pero, vale aclarar la diferencia: en Latour el discurso político no es exclusividad de la esfera política, aunque su definición presupone un tipo determinado de vínculo de delegación entre dos entidades (uno/muchos) que hacen pensar fácilmente en la acción política tradicional.

El discurso político y su multideterminación

Luego del mapeo realizado entre algunas concepciones del discurso político, notamos que en mayor o menor medida cada una de ellas presenta sus limitaciones. Y esto probablemente suceda, no solo porque los discursos sociales son heterogéneos y constitutivamente interdiscursivos⁴ como para pensar en una única dimensión desde donde abordarlos, sino también por la profunda y acelerada complejización de sus condiciones de producción, circulación y reconocimiento.⁵

4. Authier-Revuz (1984), retomando a Bajtin, sostiene que cada discurso es producto del interdiscurso, por lo que no sería solo un espacio para la palabra del otro, sino que se constituye mediante una discusión con lo otro, independientemente de toda huella de citas o alusión explícita de la palabra ajena.

5. Verón (1998) interpreta la década del '80 como época de aceleración de la mediatización de lo político (con la

Veámos en el inicio que existen otros discursos que se pretenden políticos como por ejemplo el periodístico y, en este sentido, buscamos discutir esta autodefinición -no porque no sean polémicos a nivel de las operaciones discursivas, ni porque no construyan posibles instancias de reconocimiento y colectivos- porque presenta lógicas productivas diferentes a las políticas. Siguiendo a Verón, interpretamos lo que ocurre en Argentina y decimos que el discurso mediático está determinado por las lógicas del corto plazo, de la información como mercancía y solo construyen colectivos difusos cuya unidad responde a su posición en tanto consumidores de cierta información.

¿Y el discurso político?, ¿de qué se trata? Parafraseando a Verón pensamos que es necesario trazar sus núcleos regulares, más allá de sus infinitas variaciones e interrelaciones. Una de las condiciones de posibilidad de esta palabra política, con la cual coinciden varios de los autores, es que adquiere la capacidad de construir colectivos sociales en condiciones socio-históricas que lo permitan.

Queremos plantear que los límites del discurso político pueden redefinirse si tenemos en cuenta la ligazón en conjunto entre los tres niveles mediante los que se ha conceptualizado: como conjunto significativo constituido con particularidades presentes en los textos (*dimensión material*), su aspecto político-institucional (*dimensión política*) y sus determinaciones y funcionamientos sociales (*dimensión social*). Las consideramos como un trío de aristas interdependientes que nos permiten -al menos- pensar en la complejidad de la discursividad política. En otras palabras, intuimos que es necesario recabar información de los tres ámbitos para iniciar una delimitación.

Dimensión material

La primera es una dimensión *material* que propone identificar propiedades discursivas en tanto huellas de operaciones propias de la dinámica política. Provisoriamente podríamos citar los siguientes aportes:

televisión como soporte central) y de la crisis de legitimidad de lo político. Dice que hubo allí una disociación entre los campos político y económico que restringió las posibilidades de trabajo a largo plazo en la política. Asimismo, se fortaleció la centralidad de los medios de comunicación, extendiendo una lógica unidimensional del corto plazo, vehiculizada por una información-mercancía. En este proceso, los medios se ven tentados a sustituir a las instituciones políticas en decadencia.

Paralelamente, evoluciona la comunicación política en favor de la lógica unidimensional del target, del marketing. Dice el autor que hay un "sentido profundo de la crisis de legitimidad de lo político" que se basa en "la decadencia del campo donde se ejercía la gestión de los colectivos de largo plazo (el de lo político) y, por otro, al dominio creciente de otro campo (el de los medios) esencialmente orientado por la gestión de los colectivos de corto plazo." (1998: 203)

- La enunciación. Son clásicas las teorías que desarrollan nociones de los dispositivos enunciativos de los discursos, como por ejemplo, la teoría de la enunciación⁶ y la teoría de la polifonía en la lengua.⁷ Sus avances son centrales para el análisis del discurso político, pero no nos dan herramientas que permitan diferenciarlo de otros tipos.

Pensamos que es posible articular estas marcas discursivas, predominantemente representadas por deícticos de persona, con rasgos que definan al locutor en términos retóricos. Hablamos de un análisis conjunto entre el tipo de dispositivo enunciativo y la construcción particular del *ethos* discursivo. Allí observamos imágenes “de sí” que proyectan los enunciadores en sus discursos, vinculadas al campo político y a los desempeños y trayectorias en los procesos de construcción de colectivos sociales.

Para Maingueneau (2002), la importancia de esta figura radica en que el borramiento del enunciador no impide caracterizar la fuente enunciativa en términos del *ethos*. No se trata, entonces, solo de un medio de persuasión, sino que es una figura que se concibe como parte pregnante de la escena de enunciación.

- La destinación. En este punto, suponemos central el avance de Verón que antes describimos, respecto de la triple destinación de los discursos políticos. Este podría complementarse con otras figuras que especifican las funciones del contradestinatario encubierto, indirecto (García Negroni, 1988) o directo (Montero, 2011).

- La polemicidad. Como varios de los autores que revisamos reconocieron, la dimensión polémica es uno de los rasgos típicos del discurso político. Esta da cuenta de la construcción de posicionamientos, a partir del establecimiento de fronteras negativas que determinan un nosotros y un ellos; un amigo y un enemigo.

La polémica se vincula a la guerra, según la etimología griega del término. Así entendida, se define como tipo de discurso pasional, persuasivo y, en este sentido, explícitamente (y necesariamente) asumido por su enunciador (Kerbrat Orecchioni, 1980).

Se construye a partir de la introducción de voces ajenas en el discurso, a las que el enunciador se opone y, en ese proceso, contribuye a reafirmar su identidad política negativa. Este rechazo puede asumir diversos grados de profundidad, de acuerdo a la distancia que asume el enunciador respecto de las voces de los otros. Puede ser total, a partir de la construcción radical de un otro negativo mediante una frontera antagónica (Laclau y Mouffe, 2004) que permite una refutación del discurso adverso y, en ocasiones, una posterior resemantización. Hay otras formas que separan lo propio de lo ajeno en menor medida, como

6. Ver por ejemplo, Benveniste, 1995, 1997.

7. Ver por ejemplo, Ducrot, 1984.

por ejemplo la ironía, el sarcasmo o la oposición argumentativa.⁸ En términos políticos, podría pensarse en una relación amigo/enemigo democrática que “domestica” al antagonismo denominada por Mouffe (2007) como *agonismo*. Este no anula el conflicto, pero sí reconoce la legitimidad de los oponentes, planteando la relación de manera adversarial. El discurso del otro solo ingresa en el propio a partir de un proceso de “traducción”, dado en el marco de un “simulacro”. Dice Maingueneau que:

La polémica aparece así como una especie de homeopatía perversa; introduce al Otro en su recinto para conjurar mejor la amenaza, pero este Otro solo penetra anulado como tal, simulacro. Mantiene entonces un vínculo doble con el simulacro: en sí misma no es otra cosa que un simulacro de guerra (...) una guerra de papel, en la cual no deja de traducir al Otro en su simulacro. (1984)

Para Plantin (2003) hay en este tipo de discurso una “orientación argumentativa de la palabra polémica.” Es un nivel que debe ser entendido interaccionalmente, y atravesado por la divergencia y la confrontación de puntos de vista, no como algo uniforme y lineal. En la base de toda situación argumentativa hay una contradicción, hay divergencia de puntos de vista, oposición, duda y formación de preguntas, es decir, polémica, sostiene el autor.

Dimensión política

Determinando ciertas particularidades a nivel textual, lo que hacemos es restringir las características del material que buscamos categorizar, sin embargo, aún persisten las indefiniciones. Digamos que, si nos guiamos por los elementos analíticos que antes mencionamos, es posible comprender al discurso periodístico como discurso político. En él encontramos marcados dispositivos enunciativos y proyecciones *éticas* (sobre todo en notas de opinión), operaciones de destinación y, en ocasiones, rasgos polémicos.

Por eso para dar una mayor inteligibilidad a la discursividad política, precisamos avanzar hacia perspectivas ajenas a las teorías del discurso. Nos basamos en la noción de “condiciones de producción” de Verón para pensar que un discurso político tiene que ver, también, con un proceso productivo que deja huellas específicas en sus productos textuales. Este camino se vincula al campo político, pero no necesariamente con las instituciones políticas tradicionales.

Nos referimos a condiciones que aluden al planteo de Bourdieu en torno a la legitimidad de la palabra pública (y su consecuente capacidad adquirida para ejercer *violencia simbó-*

8. Retomo esta clasificación de Montero, 2011.

lica) y el tipo de vínculo que el portavoz construye con sus representados. Ambos aspectos generan las condiciones para construir e imponer modos de ver el mundo políticamente, es decir, de constituir grupos sociales.

Dimensión social

Delineamos entonces un discurso político a partir de ciertos rasgos textuales y condiciones de producción específicas vinculadas con los espacios de legitimidad y el tipo de vínculo representacional que genera con el grupo al que interpela/construye. Sin embargo, aún son necesarias otras precisiones para trazar fronteras.

Enmarcados en nuestra actualidad política, pensamos que la intervención de algunos diarios en su rol crítico/opositor (por ejemplo Clarín o La Nación) en el espacio público construyen su discurso con características lingüísticas similares al discurso político. Lo hacen desde un espacio de poder que le otorga la posibilidad de influir, en tanto medios de comunicación, y establecer -en la interpelación discursiva-vínculos particulares (en contextos de radicalización de la polémica con el kirchnerismo) con sus destinatarios, a quienes buscan representar con sus ideas.

Sin embargo, desde el punto de vista sociológico, hay algo que estas dos discursividades no comparten y es el tipo de colectivos que construyen, sobre todo, en lo que refiere a su perdurabilidad en el tiempo y su composición. Tal como veíamos con Bourdieu y con Latour, la condición de politicidad de la palabra es la constitución de agregados sociales y, en línea con Verón (1998), asociados a la “gestión de largo plazo.” Pensando en las sociedades democráticas, Verón asume que el consenso de los intereses es el postulado de una convergencia en el futuro de la gestión de identidades colectivas. Esta es del orden de la terceridad, es decir, de las convenciones simbólicas. El discurso político se vertebra mediante la construcción argumentativa de un proyecto, a diferencia del discurso mediático que es lugar de construcción de colectivos asociados, en el corto plazo, al imaginario de lo cotidiano y a los comportamientos del consumo.

La posibilidad de construir colectivos tiene que ver también con que ciertos “significantes vacíos” (Laclau y Mouffe, 2004) puedan articular particularidades vinculadas entre sí por una cadena equivalencial, y asumir el rol de una universalidad hegemónica que se naturalice como orden dado. Esta lógica se nos presenta como hipótesis⁹ para pensar la

9. Arditi (2007) presenta otras formas de articulación política, “post-hegemónicas”, en el marco de una crítica a lo

generación de colectivos a partir de operaciones discursivas que reúnan sentidos en una generalidad.

En síntesis, proponemos entender al discurso político como tipo discursivo multideterminado. Esto quiere decir que lo concebimos, en primer lugar, en su materialidad, a partir de ciertas operaciones significantes presentes en los textos. También como parte de un proceso productivo, generado desde condiciones políticas de producción relativas a la legitimidad y el vínculo de representación. Y, por último, en relación a cierta imagen de reconocimiento inscrita en la superficie de los discursos que performan colectivos sociales de largo plazo.

La politicidad de los medios

Queda claro en esta instancia, que buscamos dar un rodeo a la homologación que puede darse entre pensar a la prensa escrita como actor político y a su discurso como discurso político. Ciertos sectores del periodismo intervienen fuertemente en polémicas con los actores políticos y, puntualmente con el gobierno nacional, así como también, defienden intereses sectoriales. Sin embargo, su participación discursiva en el espacio público responde a lógicas diferentes a nivel de la discursividad.

Vemos en planteos como el de Charaudeau (2002) que toda esfera de acción social se organiza de acuerdo con un dispositivo comunicacional distintivo:

- 1) La *política* está motivada por el anhelo de ocupar el poder y mantenerse en él, sin proclamarlo explícitamente. El discurso político justifica la posición que permite ejercer el poder, es decir, legitima a quienes lo poseen y ejercen.¹⁰
- 2) La *ciudadana* interpela el poder del Gobierno, desde sindicatos, corporaciones, grupos étnicos, etc.

que concibe como una pretensión expansiva de la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe. Dice que, si bien desde el paradigma post-fundacionalista plantean la no esencialidad de los procesos políticos, la lógica hegemónica termina siendo la condición esencial de la política y, por ende, necesaria. Hay dos variantes de prácticas políticas no hegemónicas: 1) la política de la multitud (presente en momentos en que hay emergencia de la multitud -muchos en tanto muchos-, pero no necesariamente como producto de articulaciones equivalenciales; puede haber protesta, pero no contra-hegemonía). 2) La política viral (alternativas que no adoptan el formato de pueblo vs. Estado; pone en movimiento grupos e iniciativas colectivas cuya conexión es a través de redes, sin la necesidad de una estructura de mando central).

10. El dispositivo fundamenta al discurso político "en la soberanía, lo cual explica que el objetivo de la instancia política consista en inscribirse en ella, obteniendo la legitimidad que le conferirá la autoridad para actuar en nombre de esa misma soberanía." (Charaudeau, 2002: 120)

3) La *mediática*. La porción de ésta que se incorpora a la política, está motivada por intereses económicos, pero el discurso que la justifica alega su deber de informar y promover un debate democrático, de tal manera que sea reconocido su derecho a relatar el acontecimiento político, a comentarlo, e incluso, a denunciarlo.

Decimos que la confusión entre los tipos discursivos mencionados comporta dos posibles niveles de análisis. En primer lugar, dar cuenta de la imbricación de los campos político y periodístico y sus respectivos agentes en un acelerado proceso de mediatización de la política. En otro plano, identificar en la textualidad del discurso periodístico elementos que le dan politicidad a la palabra.

Se desarrolla, a nuestro entender, una doble dinámica entre los gobiernos kirchneristas y la prensa que comprende una mediatización de la política y una politización del discurso mediático. Este último aspecto se define en dos sentidos: uno tradicional, vinculado a la arena política en tanto instancia en la que ciertos productos mediáticos irrumpen como actores políticos, opositores o aliados del Gobierno; por otro lado, como desnaturalización de sentidos, a partir de la problematización y puesta en debate de los procesos de producción discursiva de la política y los periódicos.

En el primer movimiento, la política adquiere cada vez más las lógicas productivas de los medios de comunicación. Este proceso es bien caracterizado por Verón, quien refiere a una crisis del campo político dada, en parte por el avance acelerado de la prensa como productora de la actualidad, pero también por la pretensión de los actores políticos de adoptar las lógicas de una comunicación política sumida en el marketing. Esto quiere decir que, “en la mediatización de lo político, es lo político lo que ha perdido terreno en relación con los medios: tratando de lograr el dominio de los medios a toda costa, los políticos perdieron el dominio de su propia esfera” (1998: 230)

Por otra parte, nos encontramos con productos periodísticos que pueden pensarse con la categoría de *actores políticos* (Borrat, 1989), ya que manifiestan una capacidad de influir en la disputa por el poder, pero no como productores de discursos políticos.¹¹ Pueden erigirse como opositores políticos o adoptar los preceptos de determinados sectores gubernamentales e intervenir en sus campañas y apariciones públicas, pero no pelear en tanto actores mediáticos por llegar al poder de manera directa.

11. La categoría de Borrat describe el desempeño de los periódicos en el espacio público, independientemente de los poderes del Estado. Tiene que ver más con una concepción ilustrada de la esfera pública en la que, por medio de debates, se ejerce influencia en las decisiones políticas.

Para Verón (1998), este tipo de prensa, cuyo contrato de lectura implicaba hasta mediados de los '80 una dimensión política, se vio debilitada a partir de la irrupción de la televisión y del veloz proceso de mediatización de la política. Sin embargo, el contexto actual permite recuperar esta noción, para poder nominar la intervención de los discursos mediáticos en la política.

Es en la participación en estas disputas políticas y alineamientos, también, que los discursos periodísticos adoptan muchas de las características lingüísticas que usualmente conforman el discurso político. Este procedimiento constitutivo es el que denominamos politicidad de los discursos. Estos no son políticos, ya que no se estructuran desde los tres aspectos definitorios que mencionábamos antes, pero sí incorporan un lenguaje estratégico común que permite dirimir sentidos en el espacio público y ser parte activa de lo que Bourdieu denomina las luchas simbólicas del campo político.

Hablamos de las construcciones de *ethos*, el establecimiento de destinaciones múltiples y las dimensiones polémicas del discurso que incorporan las voces del poder político como la alteridad o como lo propio.

Lo mediático de lo político y lo político de lo mediático

Es necesario comprender este recorrido en dos sentidos: como una hipótesis (fragmentaria e inicial) en torno a posibles lecturas de los discursos sociales que se ubican en una zona gris entre los campos políticos y periodísticos; y, por otro lado, como la posibilidad de continuar con el debate, no solo al interior del equipo de investigación, sino con los investigadores en general.

Si retomamos los interrogantes iniciales, reconocemos la carga de politicidad en el rol de los medios en relación a la adopción de elementos definitorios del discurso político en su textualidad, además de su potente intervención en lo público. Hay un tercer factor que no desarrollamos, pero hace a la construcción de este escenario, que es la dinámica del conflicto que emerge en la confrontación directa y explícita manifestada por Néstor y Cristina Kirchner ante algunos discursos periodísticos que fueron concebidos como enemigos y opositores a su gestión.

Decimos entonces que los principales periódicos que radicalizan sus críticas a la gestión kirchnerista desarrollan su discurso de acuerdo a lógicas que poco tienen que ver con la política y mucho con una sistematicidad empresarial regulada por intereses económicos. Esto hace compartir ciertas operaciones discursivas mediante las que disputan sentido con la política (y entre los mismos medios) y que podemos abordar con herramientas teóricas también semejantes. Sin embargo, no debemos perder de vista la divergencia en sus condiciones de producción.

Referencia

Arditi, B. (2007). "Post-hegemony: politics outside the usual post-Marxist paradigm", *Contemporary Politics*, 13 (3), pp. 205-226. Versión en español: Cairo Carou, H. y Franzé, J., *La gobernanza cultural: ensayos de política y cultura*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2010, pp. 159-193.

Authier-Revuz, J. (1984). "Heterogeneidades enunciativas", *Langages* N° 73, Marzo. (Trad. Diana Battaglia)

Benveniste, E. (1997). "De la subjetividad en el lenguaje", *Problemas de lingüística general I*, México: Siglo XXI.

— (1995). "El aparato formal de la enunciación", *Problemas de lingüística general II*, México: Siglo XXI.

Borrot, H. (1989). *El periódico, actor político*, Buenos Aires: Gedisa.

Bourdieu, P. (1984). "Espacio social y génesis de las clases", en Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*, México: Grijalbo. pp. 281-309.

— (1984a). "La delegación y el fetichismo político", en Bourdieu, P. (1996). *Cosas Dichas*, Barcelona: Gedisa.

— (1986). "Espacio social y poder simbólico", en Bourdieu, P. (1996). *Cosas Dichas*, Buenos Aires: Gedisa.

Charaudeau, P. (2002). "¿Para qué sirve analizar el discurso político?", *Designis*, N° 2. Barcelona. pp: 109-124.

Chilton, P., Schaffner, Ch. (1997). "Discurso y política", en van Dijk, T. (1997). *El discurso como interacción social*, Barcelona: Gedisa. pp. 297-329.

Ducrot, O. (1984). "La enunciación", en Ducrot, O. (1984). *El decir y lo dicho*, Buenos Aires: Hachette.

Fabbri, P. y Marcarino, A. (2002). "El discurso político", *Designis*, N° 2, Barcelona. pp: 17-32.

Fernández, M., de Diego, J., Gindin, I. y Lüders, T. (2011). "El discurso político más allá de las instituciones del Estado: controversias conceptuales y problematización de las condiciones sociales productivas", en *Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea*, CIECS-UNC. 29 y 30 de Julio. (Disponible en: <http://teoriapoliticacontemporanea.blogspot.com/2011/07/el-discurso-politico-mas-alla-de-las.html>)

García Negroni, M. M. (1988). "La destinación en el discurso político: una categoría múltiple", en *Lenguaje en Contexto I* (1/2). pp.85-111.

Kerbrat-Orecchioni, C. (1980). "La polémique et ses définitions", en Gelas, N. (1980). *La parole polémique*, Lyon: PUL.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004). *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Latour, B. (2003). "What if we talked politics a little?", *Contemporary Political Theory*, 2. pp. 143-164.

Maingueneau, D. (1984). "La polémica como interincomprensión", en Maingueneau, D. (1984). *Genèses du discours*, Bruselas: Mardaga. (Trad. Hernán Biscayart)
— (2002). "Problemas de ethos", *Pratiques* N° 113/114, junio. pp. 55-67. (Trad. M. Eugenia Contursi)

Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Badiou, Lefort y Laclau*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Montero, A. (2011). "Sobre los modos de la polémica en el discurso político: aspectos enunciativos y argumentativos", Buenos Aires: inédito.

Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Palma, D. (2012). *El adversario. Periodistas y política en la era kirchnerista. La disputa contra el monopolio, la construcción de un nosotros*, Buenos Aires: Biblios.

Plantin, Ch. (2003). "Des polémistes aux polémiqueurs", en Declercq, G., M. Murat y J. Dangel (eds.), *La parole polémique*, París: Champion.

Schmitt, C. (2005). *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza Editorial.

Schudson, M. (2002). "The newsmedia as political institutions", *Annual Reviews. Political Science*, 5. pp. 249-69.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa", en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette.

— (1998). "Mediatización de lo político", en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. *Comunicación y política*, Barcelona: Gedisa.

Periodismo y política en la Argentina kirchnerista: disputas por la intermediación en el espacio público

Un análisis desde la perspectiva de la mediatización

Mariano Fernández

Conicet (Idhics)

Facultad de Periodismo (UNLP)

Área Transdepartamental de Crítica de Artes (IUNA)

marianofc81@gmail.com

Resumen

En este documento exponemos una serie de observaciones sobre la *mediatización* de la *política* en la Argentina contemporánea, particularmente sobre algunos aspectos que se fueron delineando después del conflicto entre el Gobierno Nacional y el sector agropecuario en 2008. Esta etapa ha estado marcada por la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y otras medidas políticas impulsadas por el Gobierno nacional que apuntaron a la transformación de la estructura del sistema de medios. Usualmente referidas a una confrontación de intereses, entendemos que las tensiones emergentes han adquirido la forma de una disputa institucional por los lugares de enunciación pública. Es decir: una disputa por la intermediación, cuyas consecuencias no sólo son verificables en las estrategias de comunicación presidencial, sino en la inédita discusión en torno al rol del periodismo y a la legitimidad que lo sostiene.

Palabras clave

mediatización de la política - Argentina - kirchnerismo - sistema de medios - periodismo

Abstract

In this document we expose some observations on the mediatization of the *politics* in the contemporary Argentina, particularly on some aspects that were delineated after the conflict between the National Government and the agricultural sector in 2008. This stage has been marked by the sanction of the Audiovisual Law and other measured policies stimulated by the national Government that pointed at the transformation of the structure of the media system. Usually recounted to a confrontation of interests, we understand that the emergent tensions have acquired the form of an institutional dispute for the places of public discourses. It is to say: a dispute for the intermediation, which consequences not only are verifiable in the strategies of presidential communication, but in the discussion concerning the role of the journalism and the legitimacy that supports it.

Key words

mediatization- Argentina- kirchnerismo- media system- journalism

Introducción

¿Cómo procesar teóricamente eventos que, en la superficie del presente, parecen agotados por una suerte de astucia de la razón política: estratégica, motivada por cálculos de relaciones de fuerza, asentada en un pragmatismo elástico, despreocupado por la coherencia programática y los principios declamados? La pregunta no es ociosa: el análisis de las relaciones entre el kirchnerismo y el sistema de medios en Argentina suele quedar acorralado por el imperio de las causas. Así, el proceso abierto en 2008 -consolidado en los años posteriores- cuando el Gobierno nacional, inmerso en su enfrentamiento con el sector agropecuario, decidió avanzar en la sanción de una Ley de Medios, puede explicarse por la ruptura en la relación de conveniencia que, hasta ese año, el kirchnerismo había establecido con el Grupo Clarín. Por lo tanto, habría que avocarse al desciframiento de los motivos de esa ruptura y sus entretelones para entender el desenvolvimiento del proceso que ella desató.

Frente a ese tipo de solución explicativa, es posible que una *mirada teórica* no pueda sino caer en la interrogación infantil, esa que inserta la extrañeza en el lugar de lo obvio. Es un riesgo: el de quedar siempre por detrás de aquella astucia de la razón política, que suele encontrar un reflejo especular en otra razón, la periodística, atorada a veces por el relato de incidentes, secretos y nombres propios¹; y convencida, también ella, de que todo puede reducirse –“en última instancia”- a una contienda de intereses en la que se definen las condiciones de influencia sobre la voluntad ciudadana. El periodismo como continuación de la política por otros medios.

El presente escrito, originalmente concebido como ponencia², interroga una serie de acontecimientos cuyas causas forman hoy el vademécum del anecdotario político cotidiano, y pretende hacerlo desde la perspectiva teórica de la *mediatización*. Esto significa que vamos a proponer una lógica explicativa a partir de ciertos postulados previos; en principio, sobre qué significa *mediatización* (como teoría y como proceso socio-histórico) y sobre

1. Esto no implica, de nuestra parte, un desdén del análisis y la investigación periodística. Apenas si el señalamiento de un límite, que por otra parte nadie puede obligarle a cruzar. Por lo demás, es necesario consignar algunos trabajos periodísticos excelentes que han ayudado a comprender mejor el período, como por ejemplo Mochofsky (2011) o Sivak (2013). Y estos otros, menos sistemáticos pero bien informados: Zunino (2009) y Asís (2011).

2. Versiones previas de este artículo fueron presentadas bajo forma de ponencias en el X Congreso Nacional y III Congreso Internacional sobre Democracia, organizado por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Rosario, 3 al 6 de septiembre de 2012, y en las X Jornadas de Sociología de la UBA, realizadas entre 1 a 6 de Julio de 2013 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El presente texto, si bien revisado, adolece de cierta inactualidad, sobre todo en sus ejemplos. De allí que haya ciertos eventos posteriores al 2012 que no estén contemplados, como por ejemplo la utilización de Twitter por parte de Cristina Fernández, o la serie de entrevistas que concedió antes de las elecciones legislativas de octubre de 2013, que plantean variantes a la utilización de la Cadena Nacional como instrumento de comunicación política presidencial.

el lugar que el *periodismo* (como institución emergente de ese proceso histórico) ocupa en su relación con las instituciones políticas. En ese marco, lo que nos interesa son ciertas consecuencias del modo en que el kirchnerismo ha gestionado su política de medios, en particular desde el año 2008.

El escrito se compone de una presentación; luego, avanzo en una exposición de los principios teóricos que me orientan; a partir de allí, ofrezco una caracterización genérica de lo que considero *la invariante kirchnerista* en su relación pública con las instituciones mediáticas y el periodismo, para finalmente analizar tres fenómenos emergentes del conflicto que enfrentó al gobierno nacional con el sector agropecuario entre marzo y julio de 2008.

1. Lo ineluctable y lo deliberado

El kirchnerismo, desde sus inicios, se caracterizó por la decisión de intervenir sobre el espacio público mediatizado involucrando a las organizaciones de medios como actores políticos. Sin paradoja, conviven en esa opción lo ineluctable y lo deliberado. La mediatización no es una opción: es el dato constitutivo del espacio público. Hay gestiones básicas de la acción política que no pueden prescindir de los dispositivos mediáticos ni de las instituciones de medios. Sin embargo, de eso no se sigue, por inercia, la decisión de establecer a aquellas instituciones en referentes adversativos y a la cuestión mediática como “la madre de todas las batallas”³. Sobre la base de unas condiciones histórico-sociales que se le imponían, el kirchnerismo ha generado, entonces, los acontecimientos necesarios para producir el escenario en el cual se terminó moviendo.

Lo que nos proponemos en esta ponencia, precisamente, es desarrollar una serie de observaciones sobre la relación entre los medios de comunicación y el Gobierno nacional en la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner desde la perspectiva de la *mediatización de la política*. Si tuviéramos que darle una fórmula a un problema *típico* de la *mediatización* en el kirchnerismo, diríamos –y esta es nuestra hipótesis– que se trata de la disputa *por y con* los *discursos intermediarios*, y en particular, con el discurso intermediario más importante desde el punto de vista de la interlocución colectiva: el del periodismo *en los medios*. Pero –se nos podría objetar– ¿por qué no explicar la conflictividad actual en simples términos de luchas de poder, relaciones de fuerza, disputa por intereses? Porque la impugnación o el cuestionamiento al rol y la legitimidad del periodismo actualiza un conflicto

3. La frase corresponde a Gabriel Mariotto, quien la pronunció en abril de 2008, cuando en pleno conflicto con el sector agropecuario Cristina Fernández lo nombró interventor del COMFER, como indicio claro de un cambio en sus políticas de comunicación.

inherente a la mediatización (concebida en su forma de proceso de largo plazo): la consolidación de las instituciones de medios como un actor político asimilable a otros *poderes fácticos*; del periodismo como discurso intermediario y de las superficies mediáticas como infraestructura del espacio público, como escenario inevitable de circulación de la palabra pública, sea política o no. Y porque esa impugnación es una invariante de los discursos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, pero también es un tópico importante en el discurso kirchnerista *más allá de los discursos presidenciales* y, a veces, también, *más allá de Clarín*. Kitzberger ha descrito la política de medios del Gobierno nacional en la etapa que va de 2003 a 2008 como un juego de disposiciones pragmáticas hacia los intereses sectoriales y de confrontaciones discursivas con los medios más importantes⁴. En esto coinciden Mastrini y Marino (2008) para quienes, más allá de las disputas discursivas, “en el caso de las políticas de comunicación fueron más las continuidades y los acuerdos con las corporaciones de medios, que las modificaciones a favor de mayor democracia comunicacional” (p.81). En una segunda etapa, que se abre durante el conflicto con el sector agropecuario y se consolida a lo largo de 2009, “el discurso crítico se transfiguró en radicalización contrahegémica y reformista” (Kitzberger, 2011:175).

Tal vez por eso, Mastrini (2010) ha señalado que la “*gran contradicción*” de la política de medios del primer kirchnerismo es que “cuando se analiza el conjunto de políticas de comunicación no se aprecia la confrontación que aparece a nivel de la agenda informativa” (p.270). Sin embargo, esa “*gran contradicción*” está sostenida sobre una invariante: el Gobierno había mostrado, al mismo tiempo, una concepción ideológica del rol del periodismo; parecía entender que allí había una disputa por el contacto con los ciudadanos, y por lo tanto, una disputa *institucional*: había que confrontar los lugares instituidos de enunciaci3n en el espacio p3blico, especialmente aquellos que, como dijimos, podían atribuirse la expresi3n de porciones de la ciudadan3a.

Antes de avanzar en el desarrollo de este planteo, vamos a presentar algunos postulados de nuestra perspectiva te3rica.

4. Como ejemplos de las primeras, tres de las medidas más resonantes en esa l3gica: la resoluci3n 1226/04 del COMFER que extendi3 la titularidad de las licencias a Canal 13 y a Canal 11 (en Septiembre y Diciembre de ese a3o, respectivamente) en ambos casos hasta el 2015; el decreto 527 de Mayo de 2005, que establece la suspensi3n del c3mputo de los plazos de las licencias renovadas apenas meses antes; y la resoluci3n 257 de 2007, que permiti3 la uni3n de Cablevisi3n y Multicanal (medida anulada en Marzo de 2010). En la l3gica punitiva, el caso paradigmático es el de la distribuci3n arbitraria de la publicidad oficial. Ver: O'Donnell, 2007 y Mochofsky, 2011

2. Mediatización y mediatización de la política: la disputa por la intermediación⁵

Recién en la última década, y particularmente en Europa, han sido publicados varios trabajos que intentan sistematizar la perspectiva, definir sus postulados básicos, historizar las maneras en que ido tomando forma (Schulz, 2004; Kepplinger, 2006; Krotz, 2007; Strömback, 2008; Hjarvard, 2008; Livingstone, 2009).

En términos generales, parece haber acuerdo en que se trata de un “concepto procesualmente orientado” (Schulz, 2004), que describe el efecto transformador de las instituciones de medios durante el siglo XX, o bien un “meta-proceso” característico de la modernidad occidental, estructuralmente equiparable a la globalización (Krotz, 2007).

Sin embargo, persiste la tendencia a usar el concepto como denominador común de una perspectiva normativa, con lo cual *mediatización* se convierte en el nombre de una axiología negativa que condena, a priori, los efectos de las instituciones mediáticas sobre las esferas de acción social sometidas a su influjo (Kepplinger, 2006; Entman, 2009). De manera más general, inclusive, Hjarvard propone pensar la mediatización como un “proceso societal” propio de la modernidad, a la par de la *urbanización* y la *individualización*, en el cual los medios contribuyen a desvincular las relaciones sociales de los contextos inmediatos y a re-vincularlas en contextos más amplios (Hjarvard, 2008: 132), un doble movimiento equivalente al que Verón identificara como “ruptura de escala” y “descontextualización del sentido” (2001: 132).

Sugerimos distinguir tres niveles de análisis, a los que pueden corresponder indicadores específicos:

a) En primer lugar, es necesario aislar un nivel que llamaremos *estructural*, solo para subrayar que su aprehensión es posible por medio de la abstracción y la generalización. Tal y como lo propone Giddens (1995: 53-59 y 215-217) que habla de “estructura” para referirse a propiedades articuladoras que hacen posible que prácticas sociales similares existan a lo largo de segmentos variables de tiempo y de espacio y que presten a estos segmentos una “forma sistémica”. Podríamos hablar, también, de las “propiedades estructurales” de la mediatización, que como tal se actualizaría en una serie de prácticas (dispersas) y como “huellas mnémicas” que orientan la conducta de los agentes.

b) La mediatización, así entendida es, también, la historia de la emergencia de una profesión –el periodismo– enmarcada unas instituciones –los medios– (*en ese orden suce-*

5. Retomamos en este apartado el planteo realizado en Fernández (2013)

sivo) con capacidad de gestionar bajo una lógica funcionalmente diferenciada (de otras instituciones) el contacto con el público y de administrar el modo en que las otras instituciones deben hacerlo (por las características mismas del dispositivo sobre el que se funda), sobre todo bajo altas pretensiones de alcance de generalidad.

c) En tercer lugar, el nivel de la *interacción*. Este es el nivel en el que la mediatización se vuelve asequible para los actores individuales, y donde suelen registrarse los testimonios, anecdóticos o reveladores, sobre su impacto en las vidas particulares, en las rutinas diarias, en las prácticas profesionales.

Para muchos autores, particularmente europeos, esta caracterización parece reducirse al grado en que los medios se instituyen como la fuente dominante de acceso a la información política, el grado de independencia de los medios en relación a las instituciones políticas, y el grado en que el contenido de los medios es definido por una lógica política (o sea, ligada a la preocupación por el *bien común*) o a una lógica mediática.

Sin embargo, el campo semántico desplegado alrededor de la noción de “lógica mediática” no es homogéneo. Refiere tanto a efectos institucionales (el desplazamiento de los espacio de influencia), a efectos discursivos (simplificación, estereotipación, técnicas narrativas) y a la circulación de la *información*, es decir, a la distribución de los recursos cognitivos para la toma de decisiones, o para la formación de opinión, de los actores

Si en lugar de cuantificar el fenómeno intentamos una suerte de descripción analítica, podríamos pensar los tres niveles mencionados pero ahora aplicados a la *mediatización de la política*. Así:

a) En el **nivel estructural**, la mediatización transforma las condiciones bajo las cuales el sistema político produce relaciones con sus entornos, y en particular, con lo que Luhmann (2000, 2009) llama el entorno de lo “público”. También en esta instancia los medios están aquejados por la presencia de lo público como lo inaprensible del entorno. Hablamos, entonces, de “entorno de lo público” como un “horizonte de destinación” compartido –en el sentido de una cohabitación que no resulta de un acuerdo de partes- y a veces disputado, por el sistema político y el sistema de medios. La convergencia sobre el espacio público pone a los discursos políticos y a los discursos periodísticos a *trabajar* bajo el supuesto de un Tercero (el público, la ciudadanía, la audiencia, el paradesinatario⁶) que,

6. Las implicancias de esta figura del *tercero* en la configuración de las relaciones políticas (discursivas, argumentales) del espacio público han merecido la atención de diversos investigadores: Ardití, 1995; Naishtat, 2004; Nardacchione, 2005; Verón, 1987. Por nuestra parte, lo hemos trabajado en Cingolani y Fernández, (2010). Una tarea pendiente es la revisión de la emergencia histórica de las figuras del *tercero* en la modernidad política.

antes que constituirse, de diversas maneras, como una figura discursiva, es una hipótesis reguladora asociada a las estructuras institucionales del sistema político y el sistema de medios.

En relación al nivel **institucional** y retomando, nuevamente, algunas reflexiones de Luhmann, es posible concebir la mediatización como un proceso evolutivo durante el cual los *medios de difusión* (como tecnologías que operan sobre la improbabilidad del alcance de la comunicación) se convierten en un sistema social diferenciado (Alexander, 1981; Luhmann, 2000); de modo que el concepto de “mediatización” nombra el devenir de dos procesos simultáneos: la emergencia de un sistema que asume operaciones específicas y se consolida como una institución con capacidad de gestión colectiva del contacto con y entre colectivos sociales (Ferry, 1989) y, al mismo tiempo, el modo en que este sistema se vincula con el sistema político, pero ahora desde una posición privilegiada y diferenciada en relación al contacto con la sociedad. En este sentido la mediatización de la política es también la historia del *despegue* del sistema de medios desde el sistema político. Es el camino que va de la prensa partisana al periodismo profesional, con una deontología propia, con reglas de procedimiento específicas, regulado por restricciones discursivas que permiten identificarlo como un lugar de enunciación autónomo⁷. Los tipos de discursos que circulan en la sociedad están, por un lado, articulados a estructuras institucionales complejas que son sus soportes organizacionales, y por el otro, a relaciones sociales cristalizadas de ofertas/expectativas que son los correlatos de estas estructuras institucionales. A su vez, las instituciones son inseparables de los sistemas de representaciones que estructuran el imaginario donde se construyen las figuras de los emisores y los receptores de los discursos (Verón, 2004). El periodismo se institucionaliza, entonces, como un lugar de enunciación que puede asumir funciones de representación, puede *hablar en nombre* de otros colectivos sociales; puede intervenir sobre los imaginarios políticos. Su horizonte de recepción son *los públicos*⁸.

En el tercer nivel, el de las **interacciones y las prácticas**, es donde parecen más visibles los efectos de la mediatización sobre la *política*: para el político, porque debe adaptarse a contextos de interlocución que no están enteramente bajo su control. Una historia de las trayectorias personales y de las rutinas políticas y periodísticas podría darnos una idea de cómo han modificado los medios el cotidiano de la política, pero solo a condición de un contraste simultáneo con las transformaciones en los modos de socialización política, más acá y más allá de los medios. La bibliografía especializada ha hecho hincapié en este nivel, sobre todo en dos aspectos: la *personalización* y la *espectacularización* de la política (Grin-

7. “El cambio ha variado en forma y extensión, pero parece haber sido generalizado a través de las fronteras nacionales (...). Ha implicado la creación de un discurso periodístico diferenciado de los discursos de los partidos y los políticos, la concepción de los medios como un guardián colectivo del poder público y la concepción del periodismo como representativo de una opinión pública generalizada que atraviesa las líneas de los partidos políticos y los grupos sociales” (Hallin y Mancini 2004: 271-272).

8. Es decir, una entidad colectiva irreductible a sus componentes individuales.

gas, 1998), y generalmente con argumentos distópicos originados en la mala conceptualización, y casi nula historización, del funcionamiento de las prácticas políticas en períodos sometidos a un menor grado de mediatización social⁹

Las comentarios que proponemos sobre la mediatización de la política en la Argentina contemporánea se sitúan en la zona de incumbencia de la segunda dimensión: la de las relaciones entre lugares institucionales de enunciación cuyo horizonte de destinación es el *público*, concebido no como una magnitud empírica sino como una entidad conceptual a la que se le asigna capacidad de brindar legitimidad “exterior” y que regula el horizonte de reconocimiento de los discursos producidos en el espacio público¹⁰.

3. La invariante kirchnerista: la confrontación pública por la mediación

En su estudio comparativo sobre la relación entre Gobiernos y medios de comunicación en América Latina, Philippe Kitzberger (2010) identifica un modelo común de lo que denomina *activismo mediático* en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela. Ese activismo se caracteriza por tres dimensiones: a) una práctica generalizada de interpelar al público con discursos altamente ideológicos (esto es, que contienen marcos interpretativos clasistas o populistas) sobre medios y prensa; b) se trata de gobiernos que despliegan una variedad de formas y dispositivos de comunicación directa que exhiben mixturas variables de apelaciones políticas tradicionales con usos sofisticados y tecnocráticos de recursos mediáticos; c) estos gobiernos promueven regulaciones en el ámbito de la comunicación a favor de un rol más activo del estado y formas alternativas al mercado.

Kitzberger señala que este *activismo mediático* está signado por una estrategia de *going public*, que apunta a develar la verdadera naturaleza de las instituciones mediáticas y proveer evidencia de sus simpatías facciosas detrás de la autorepresentación como actores imparciales. En ese marco, lo que distingue a los gobiernos latinoamericanos como subgrupo es que sus alusiones públicas están encuadradas en algunos presupuestos ideológicos. El presupuesto central es que “los medios y las instituciones periodísticas son, más

9. Como bien lo ha notado Jesper Strömback (2008: 229): “La situación actual, cuando la política está mediada y mediatizada, es implícita o explícitamente comparada con una suerte de edad dorada –el tiempo exacto que está conspicuamente ausente en la mayoría de los estudios sobre mediatización– cuando la política era fiel a sus ideales, cuando la tenía conciencia cívica o cuando los medios facilitaban, en lugar de minar, el camino de la comunicación política y el trabajo democrático”.

10. Para una explicación más detallada sobre esta función reguladora del “público” sobre los discursos políticos, ver: Cingolani y Fernández, 2010.

allá de su mentada neutralidad, actores sociales poderosos ligados a las clases altas, a las elites o a las corporaciones” (Kitzberger, 2010: 10).

Sin embargo, la configuración de ese activismo mediático y el orden simbólico en que se fue encuadrando es un proceso que ha seguido ritmos diferentes según las regiones¹¹. En el caso argentino, en el período 2003-2007 ese activismo no estaba encuadrado ideológicamente, no al menos con la claridad con que lo estuvo luego. Esto no implica desconocer que el primer gobierno kirchnerista concebía al periodismo como una zona problemática, en particular en su función intermediaria. Al menos en un primer momento, el intenso activismo mediático (que aún no había tomado una forma cristalizada y que estaba concentrado en el accionar de los agentes gubernamentales), se explica por las condiciones institucionales que signaron la asunción de Néstor Kirchner y en especial, con las condiciones de sociabilidad y formación de las identidades colectivas posteriores a la crisis del 2001. Según Kitzberger:

Kirchner inició su presidencia apelando a los sectores medios urbanos no peronistas, los “huérfanos” de la representación político-partidaria dejados por la crisis y, como consecuencia, a los más expuestos a la influencia de los medios en la presentación de la realidad política (2010:83)

Esa es, a grandes rasgos, la opinión compartida por varios autores (Sarlo, 2011; Cheresky, 2009; Torre, 2003). Todos señalan que para contrarrestar la debilidad de origen en la arena electoral, partidaria y parlamentaria, el Gobierno movilizó una acción fuerte en el terreno de la opinión pública, con un sobreesfuerzo de autoestilización (Kitzberger, 2005), lo que Cheresky (2009) toma como paradigma de un “liderazgo de popularidad” asociado a la expansión del espacio público y a su sustento en la opinión pública, al decisionismo, al voluntarismo y a la centralización del poder.

Como ha dicho Sarlo, “carente de estructuras territoriales partidarias, los medios de comunicación debían convertirse en su red territorial” (2011:205).

Pero ese recurso a puentear ciertas mediaciones de las estructuras partidarias e institucionales (que coincide con el período de la denominada *transversalidad*) no fue utilizado sin fricciones. Tal vez esa sensibilidad a la mediatización pueda explicar que Kirchner y otros funcionarios de su gobierno tematizaran públicamente el rol intermediario de los medios en muchas oportunidades. Recordemos, *sólo a modo ilustrativo*, algunos ejemplos:

-La apertura de las sesiones legislativas del año 2004. Allí, Kirchner dijo: “Escuchar al pueblo, ésa es una principal virtud de la democracia. Yo seguiré escuchando a los ciudadanos, dialogando con ellos, sin intermediarios ni exégetas. Me entero de sus necesidades por

11. Remitimos a las investigaciones ya mencionadas de Kitzberger, así como también a Waisbord (2013).

boca de ellos mismos. Así voy conociendo sus preocupaciones. Trato de resolver, y si me equivoco, corrijo. (Kirchner, ante la Asamblea Legislativa, 1/03/2004).

- La reunión con los integrantes de la Conferencia Permanente de los Partidos Políticos en América Latina, el 31/05/2005: "El único sector de poder que va permanentemente a elecciones es la política; los poderes económicos no van a elecciones, el poder mediático no va a elecciones, sí hablan de todo pero no van a elecciones, el poder económico también opina sobre todo pero es el poder económico, tampoco se elige y los que permanentemente tenemos que ir a medir nuestra representatividad con la sociedad, somos nosotros"

-En una entrevista concedida a *Página/12*, 21/05/2006 en la cual el entonces presidente explicaba: "Es un tema para desgranarlo porque es algo que hay que discutir en la Argentina: el rol de los medios, el rol de los periodistas, la libertad de medios y la libertad de expresión. Muchas veces la libertad de medios no va de la mano de la libertad de expresión. Pero acá hay temas que hay que aclarar (...) la reconstrucción de la sociedad pasa por todas las áreas. Íbamos a llegar a un momento en que esto se iba a discutir. La intolerancia es cuando hay una sola verdad, pero acá ¿dónde hay intolerancia? Todos ustedes pueden decir lo que quieren, ¿por qué yo no puedo decir lo que quiero? Si veo que hay un artículo de ustedes que no me gusta, debato, discuto. Tendré razón o no, pero defendiendo vehementemente lo que pienso. Y si me equivoco les diré que tienen razón. No tengo problema en decirlo, ya me ha pasado muchas veces"¹².

-La entrevista que le realizara el diario *La Nación* (Reynoso, 2007) a José Albistur, entonces secretario de Medios: "Lo que pasa es que los periodistas no entienden que el Presidente tiene un estilo y ese estilo es lo que algunos denominan como 'el atril asesino'. El Presidente se comunica directamente con la gente. También es un acto de soberbia de algunos periodistas decir que Kirchner comete un error porque carece de intermediación. Eso es lo que les duele a los periodistas: dejaron de ser intermediarios necesarios"

Obviamente, de esta colección de citas no se puede inferir una estrategia, ni describir una política de comunicación, pero tal vez alcance para identificar los indicios de las disputas por venir.

Podríamos decir: lo que en el kirchnerismo de la etapa 2003-2007 era una tendencia, en el período inaugurado con la presidencia de Cristina Fernández se consolidó como una estrategia (es decir, en un proceder con formas invariantes) de intervención sobre el terreno mediático, y en esa línea, de expansión de las esferas en que se desplegaba el activismo inicial.

Desde la perspectiva de la política de la comunicación, el enfrentamiento entre el Gobierno Nacional y el sector agropecuario iniciado en Marzo de 2008 significó, al respecto, un

12. En *Página/12*: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/67167-21987-2006-05-21.html>

punto de inflexión en el devenir de las relaciones con el sistema de medios. Kitzberger considera que este episodio marca el nacimiento de una nueva etapa:

En la primera, desde 2003 hasta el conflicto agrario, coexistió una confrontación discursiva con políticas pragmáticas hacia los grandes intereses sectoriales y estrategias convencionales de comunicación. En una segunda etapa, a partir de Marzo de 2008 el discurso crítico se transfiguró en radicalización contrahegemónica y reformista” (2011: 180).

Novaro, por su parte, matiza el énfasis en esa ruptura. Considera que el conflicto inaugurado por la resolución 125 aceleró un giro que ya se venía gestando:

Con todo, aunque esta crisis dio paso a la autoidentificación del kirchnerismo como sujeto del “gobierno nacional y popular”, profundizando la polarización y el abroquelamiento ideológico, no los inició: ellos empezaron antes y fueron fruto del agotamiento del ciclo de acumulación con recursos prestado, y el pasaje a uno nuevo, signados por la autonomización creciente de contenidos e instrumentos. (2011: 136)

De todas maneras, aun reconociendo esos antecedentes, no habría que subestimar, en la reconstrucción histórica de la conformación del *kirchnerismo* como sujeto político¹³, la concurrencia temporal de una serie de acontecimientos que, en retrospectiva, le han dado una forma (y una fórmula, también) ideológica: el mencionado conflicto con el sector agropecuario; la decisión política de avanzar en la confección de una Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (voluntad preanunciada ya en Abril de 2008 con modificaciones en la dirección del COMFER); la intensidad, virulencia y explicitación que signaron el proceso de discusión y aprobación de dicha ley; el retorno al imaginario peronista (previo retorno y reorganización de la estructura partidaria¹⁴); la conformación de un *red de medios* oficialistas (es decir, que no sólo se beneficiaban con la pauta oficial, sino que asumieron una postura explícitamente afín al Gobierno y hostil a las oposiciones) en el marco de eso que Sarlo (2010) denominó un “dispositivo cultural” del kirchnerismo¹⁵. Esa suma de *momentos* –Kitzberger habla de “radicalización contrahegemónica”- le otor-

13. Ver a propósito de esa constitución, el texto de Tomás Lüders publicado en este mismo Documento de Trabajo.

14. Una de las primeras tareas que asumió Néstor Kirchner como ex presidente fue la de reorganizar el Partido Justicialista. En el marco de esa iniciativa, realizó una alianza con Roberto Lavagna que pretendía reeditar la idea de la transversalidad, pero ahora dentro del PJ. <http://www.pagina12.com.ar/diario/el-pais/1-98445-2008-02-04.html>

15. Novaro (2010: 133) señala (con acierto, para nosotros) que “durante toda la presidencia de Néstor Kirchner su estrategia de comunicación fue tan centralizada y unidireccional como dependiente de medios privados, en particular del que había concentrado mayor porción del mercado en los años anteriores, el grupo Clarín. El Gobierno no estuvo interesado en crear otros propios ni siquiera en usar los que permanecían en manos del Estado...”.

gó a la discusión por los discursos intermediarios, centrada casi exclusivamente en el periodismo, un protagonismo que no había tenido en el gobierno de Néstor Kirchner. Esta es, para nosotros, una de las consecuencias a menudo obviada de “la madre de todas las batallas”:

4. Los emergentes del conflicto

Ahora bien, ¿cómo podemos proceder a generalizaciones (hablando de una disputa por lugares institucionales de enunciación pública) si hemos subrayado al comienzo de este escrito que la batalla mediática tiene por adversario declarado a un grupo económico comunicacional, Clarín? ¿Por qué no resolver este análisis en el marco de las disputas entre la representación popular y las corporaciones, tal y como fue planteado originalmente en el curso del conflicto entre el gobierno y el sector agropecuario? Se nos ocurre una buena razón: el modo de accionar del propio Gobierno y las repercusiones de ese accionar han terminado por darle forma a un panorama que impide restringir las observaciones a un hecho puntual.

De hecho, el diagnóstico que estamos realizando tiene varios y diversos indicadores; sólo por comodidad, vamos a ordenarlos en dos grupos:

- por un lado, una serie de medidas que transformaron legislaciones previas y apuntaron directamente a la economía política del sistema de medios (la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, el Fútbol para Todos y el juicio por Papel Prensa y posterior sanción de una ley que declara de interés público la producción y suministro de papel para diarios¹⁶);
- por el otro, fenómenos que no irrumpieron de manera intempestiva sino que fueron adquiriendo espesor progresivamente: la mediatización de la figura presidencial, la irrupción del *periodismo militante* y las discusiones –no sólo mediatizadas– por los fundamentos de la legitimidad de la toma de la palabra pública por parte del periodismo.

En lo que sigue nos centraremos en estos tres últimos fenómenos.

16. La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual fue sancionada el 10 de Octubre de 2009, luego de un intenso debate que incluyó a organizaciones de la sociedad civil y que se libró, cómo no, más intensamente aún en la superficie mediática. El programa Fútbol para Todos fue creado en Agosto de 2009 (el 11 de ese mes, la AFA rescindió el contrato con Torneos y Competencias y días después se asoció con el Estado para comercializar las transmisiones del fútbol de Primera y Segunda división nacional). La disputa por Papel Prensa comenzó con un juicio sobre las circunstancias en que la empresa había sido adquirida y concluyó, el 22 de Diciembre de 2011, con la sanción de una ley que declaró de interés público la producción, distribución y comercialización del papel de diarios.

4.1. Discurso presidencial y escansión de la agenda mediática

El conflicto con el sector agropecuario pareció operar, para el kirchnerismo, como un revelador: lo impulsó a reorientar las coordenadas con las que venía politizando el campo político. Uno de los efectos (casi inmediatos) fue la reconfiguración de la estrategia de mediación del discurso presidencial, que con el tiempo se consolidaría con el uso sistemático y periódico de la Cadena Nacional. En este sentido, *a la relación adversativa con el periodismo ha correspondido un reforzamiento de la centralidad de la figura presidencial en la televisión.*

Desde el punto de vista de la *modalidad enunciativa del discurso político*¹⁷ este giro fue inaugurado por aquellos cuatro discursos que signaron la primera etapa del conflicto con el sector agropecuario (25, 27, 31 de Marzo, y 1 de Abril de 2008). Desde entonces y hasta inicios de 2014, Cristina Fernández ha utilizado alrededor de 70 veces la Cadena Nacional. Comparada con sus antecesores desde 1983, resulta un número sorprendente; y considerando la regulación que pesa sobre esta prerrogativa del Ejecutivo, implica, al menos formalmente, una suerte de institucionalización o normalización de la excepcionalidad¹⁸.

De hecho, ha predominado una crítica que apunta a cuestionar el desprecio por las convenciones periodísticas que se han establecido como instituciones de la “democracia audiovisual avanzada” (Verón, 1991), tales como las conferencias de prensa, el acceso a fuentes gubernamentales o las entrevistas, es decir, situaciones en las que es el periodismo quien administra finalmente las condiciones de la enunciación política. Este cuestionamiento procedimental se afina en una matriz de rasgos republicanos que aparece como el reverso ideológico de las justificaciones esgrimidas desde el Ejecutivo: la negativa a someterse a las mediaciones se funda en la necesidad de trascender esas instancias que se consideran contaminadas por el interés particular de las empresas de medios.

Kitzberger sostiene que no hay que invalidar el carácter ideológico de esta contienda: los argumentos, así encuadrados, le dan inteligibilidad a las acciones de gobierno, no son una racionalización instrumental *ex post* de impulsos esencialmente autoritarios contra la libertad de prensa (2010). Por lo demás, una mirada histórica comparativa mostraría que no se trata finalmente de una *diferencia de naturaleza política sino de grados*: el uso oficial de los medios estatales es una práctica común, y lo que parece ser innovador es el declarado propósito de recurrir a estrategias que apuntan a desvelar y confrontar la orientación política de los medios privados.

17. Aspectos casi omitidos en los análisis de esta estrategia y que fueron tempranamente identificados por Cingolani, en 2009, en artículo luego publicado en 2012),

18. Recordemos que uno de los cuestionamientos más extendidos sobre el recurso periódico a la Cadena Nacional es que esta atribución, según lo dispone la misma Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual en su artículo 75, se justifica solo “situaciones graves, excepcionales o de trascendencia institucional”.

Por otro lado, hay que situar esta estrategia de mediatización en el contexto de las transformaciones de las relaciones del sistema político y sus entornos. Así, tanto como a un supuesto rasgo *populista* esta estrategia debe asociarse con las modernas tácticas de campaña permanente adoptadas por la comunicación política. Aún más, es cuestionable, por provinciana, la idea de que las estrategias de comunicación directa sean una propiedad específica del *repertorio populista*. Ellas se insertan, más bien, en la lógica del “war-room” típica del estilo moderno de la comunicación política (Helms, 2008).

Retomando un estudio publicado por Helms (2008) sugerimos que hay que analizar este uso de la Cadena Nacional también en el contexto de las restricciones que la mediatización impone al ejercicio del liderazgo político y de los parámetros institucionales de nuestro sistema político presidencialista, tanto para valorar su significación como para evitar la mirada que la convierte en una anomalía institucional. La hipótesis del autor es que mientras algunos líderes políticos pueden usar a los medios como instrumentos para sus fines políticos (dependiendo de factores externos a la mera habilidad o pericia comunicacional), hay mayor evidencia, a partir de la investigación comparativa¹⁹, de que los medios se suman a los múltiples constreñimientos ya existentes sobre los liderazgos ejecutivos en las democracias contemporáneas, haciendo el ejercicio del liderazgo más difícil que en el pasado.

Finalmente, uno de los efectos del uso periódico de la Cadena Nacional es que ha funcionado como un *centro de gravedad* de la agenda mediática (con capacidad para escandirla y reordenarla) y en una instancia desde la que se definen claves de intelección de las medidas políticas y de los enfrentamientos. Aunque no fue explicitado desde el principio, el objetivo ha sido puentear la mediación periodística, pero de la única manera en que puede hacerlo un presidente que vive en la era *mediática*: recurriendo a un *medio masivo*, pese a la atracción que generan las redes sociales (en parte, por la inercia de la novedad)²⁰. Por eso planteamos que esta conflictividad puede leerse como una *contienda institucional*: lo que ha sido puesto en disputa son los *lugares instituidos de enunciación pública*. Lo que terminará siendo transformado no es sólo la estructura de propiedad de un grupo empresarial, sino la dinámica de relaciones entre los medios, los actores del sistema político y la ciudadanía. Como lo ha explicado la propia Cristina Fernández, precisamente en una Cadena Nacional (5/09/2012): “La Cadena Nacional de una Presidenta es legal. No la uso para contar mi vida, ni para pedir que me voten, sino para contar las cosas que le quieren ocultar a los argentinos”, dijo, y acto seguido subrayó, refiriéndose genéricamente a los

19. Los ejemplos que brinda Helms se enfocan exclusivamente en Europa occidental y EE.UU.

20. Deberíamos agregar aquí que la forma de esa estrategia está condenada a una falla por un factor de orden estructural. En efecto, aunque se pretenda insertar la palabra presidencial en el espacio público mediante la televisión pero sin intermediarios, la circulación de esa palabra –como no podía ser de otra manera– estará sujeta a su reinserción en el sistema de medios a través del discurso del periodismo (de sus recortes, interpretaciones, jerarquizaciones, etc.).

medios: “Ellos vienen violentando todas las leyes y creen que pueden pasar por encima del Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial”²¹.

4.2. Prensa política de masas en la era de la diferenciación funcional del sistema de medios²²

Como ya lo señalamos, el kirchnerismo había convertido a los *medios* y al *periodismo* en objeto de debate público desde el 2003²³. Pero también aquí el conflicto desatado entre el Gobierno Nacional y el sector agropecuario tuvo efectos revulsivos: aceleró el proceso de ampliación de la red de medios privados financiados (si no de manera absoluta, sí mayoritariamente) por el Estado²⁴ e impulsó un activismo mediático tanto en el sistema de medios como en espacios descentralizados, como blogs y redes sociales. Digamos: se produjo un fenómeno combinado de periodismo financiado por fondos públicos asignados sin control ni criterios explícitos y un periodismo *de base*, no siempre ordenado institucionalmente, pero que en conjunto potenciaron aquello que Sarlo denominó “el dispositivo cultural” del kirchnerismo.

En lo que queremos detenernos es en el fenómeno de lo que se ha dado en llamar el *periodismo militante* y que si bien ha florecido, en sus manifestaciones más conspicuas, en espacios financiados casi exclusivamente por pauta estatal, no puede concebirse como un efecto mecánico: un *mapa de medios* puede indicar un predominio, una relación dominante, pero no se traduce, ni directa ni indirectamente, en un comportamiento partisano. El favoritismo en el tratamiento periodístico no siempre se explicita como apoyo a un pro-

21. Sobre la entidad pública de los eventos privados de los presidentes, y particularmente sobre el recurso a su vida personal como material de ejemplo sobre políticas gubernamentales en Cristina Fernández, recomendamos el artículo: “El imperio del yo”, publicado por Beatriz Sarlo en La Nación (14/06/2012). Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1481917-el-imperio-del-yo>. Consulta realizada el 06/12/2013

22. Como ya lo señalamos, este trabajo fue elaborado en 2012, apenas retocado para su presentación en unas jornadas a mitad de 2013. Fue después que pudimos acceder al libro *Vox Populista* de Waisbord, que ofrece el que hasta ahora es el mejor análisis sobre el fenómeno del “periodismo militante”, a través de una clarificación conceptual y una comparativa histórica de los paradigmas periodísticos. Remitimos entonces a Waisbord (2013), capítulo 5, del que aquí apenas sí señalo algunos elementos; y también a las lúcidas y viscerales reflexiones de Blaustein (2013) sobre el periodismo en la era kirchnerista, que incluye un capítulo sobre el “periodismo militante”.

23. Esto puede constatar en el estudio de los discursos de Néstor Kirchner. Según ha podido constatar Vincent (2011), un cuarto de los discursos presidenciales en el período 2003-2007 contienen referencias a los medios y al periodismo, la mayoría de las cuáles son cuestionamientos y críticas.

24. La mayoría de los medios considerados afines al kirchnerismo fueron creados o comprados a partir de 2004, financiados con dinero de la publicidad oficial, que se multiplicó 17 veces en seis años, al pasar de \$ 46 millones en 2003 a \$ 829 millones en 2010, sin contar la publicidad oficial del programa “Fútbol para Todos”.

grama político y a un colectivo identitario. Sus formas son menos directas, aunque no por eso más sutiles²⁵.

Por eso, conviene aclarar la referencia: como se trata de un término utilizado, simultáneamente, por activistas y acusadores, se ha convertido no en la descripción clara de un modo de ejercicio de la profesión, sino, alternativamente, en una bandera o en un descalificativo. En realidad, el de *periodismo militante* es, en el contexto actual, un rótulo impresionista que tal vez describa expresiones mediáticas significativas (por su potencia simbólica) pero minoritarias (por su alcance social).

El *periodismo militante*, en su versión actual, está constituido por un conjunto de expresiones periodísticas originadas –tanto en medios privados como estatales– como emprendimientos no partidarios pero dedicados, explícitamente o no, a legitimar las políticas del gobierno de Cristina Kirchner, a reforzar una identidad política y a combatir a los opositores. Se lo ha justificado como un contrapeso necesario frente al comportamiento partisaño (pero travestido como *periodismo profesional*) de los grandes grupos mediáticos con los que el Gobierno está enfrentado.

Así como el activismo mediático gubernamental es un fenómeno que se registra en varios países de América Latina, también lo es la emergencia del periodismo *militante* (Waisbord, 2013). Sólo como referencia, para el caso argentino, tenemos en mente a los programas televisivos de la productora PPT, paradigmáticamente 678 (pero también Televisión Registrada y Duro de Domar) el diario *Tiempo Argentino*, la revista semanal *Veintitrés*, y a varios programas de radio, en particular emitidos por *Radio Nacional*. Como puede apreciarse, no consideramos dentro de este grupo otros medios que están beneficiados diferencialmente por la pauta oficial, pero que no asumen discursivamente estas características²⁶.

Como ha señalado en una nota crítica el sociólogo Alabarces (2012) haciendo foco, precisamente, en el programa de televisión 678, no hay novedad en la figura del *periodismo militante*. Considerado a la luz de la historia, esto es cierto: hasta bien entrado el siglo XX, el periodismo (en Argentina y en el mundo) se caracterizaba por ser un anexo funcional del sistema político. Duncan (1980) en su trabajo “La prensa política: *Sud América, 1884-1892*”, escribe:

25. Queremos evitar a toda costa el riesgo de ingresar en el debate sobre las convicciones compradas. Necesario tal vez para discutir la deontología profesional, es estéril para describir el fenómeno, puesto que la consistencia de una convicción sólo se puede valorar en el futuro. Nos basta con el hecho –empíricamente registrable– de que muchos profesionales trabajadores de medios masivos han definido explícitamente su posición y han hecho de esta identificación una virtud profesional.

26. Puede consultarse el artículo publicado por Crettaz en *La Nación* el 6 de Mayo de 2012 para contrastar la red de medios “oficialista” y aquel subgrupo que cabría incluir en bajo el rótulo de periodismo oficialista. <http://www.lanacion.com.ar/1470471-la-red-de-medios-que-teje-el-relato>

Si entendemos el término “diario” en el sentido moderno de una institución autosuficiente y que determina por sí misma sus formas de financiación, su personal, su futuro y su estilo, entonces no existieron diarios en Buenos Aires por lo menos hasta el comienzo del nuevo siglo

Y en efecto, no fue sino hacia fines de la segunda década del siglo XX que empezó a tomar forma en nuestro país un periodismo profesional, auto sustentado y cuyo centro de gravitación dejara de ser sólo la política. Mientras tanto, este tipo de prensa que Duncan llama “prensa política” se convirtió en un elemento central del funcionamiento del sistema político del cambio de siglo.

Por otro lado, todas las organizaciones políticas poseen órganos de prensa orientados por un marco ideológico-partisano explícito, generalmente financiados por la organización y por contribuciones de sus afiliados. Y también existen, en el kirchnerismo, expresiones laterales a los medios masivos, prácticas capilares, descentralizadas que efectivamente dependen de militantes o seguidores entusiastas que no se benefician de fondos provenientes del estado.

Sin embargo, existe una diferencia insoslayable entre aquel periodismo de fines del siglo XIX y este del siglo XXI, una diferencia estructural que bien considerada puede permitirnos evaluar con mejores herramientas el fenómeno del *periodismo militante* en los *medios masivos*: la existencia de un sistema de medios funcionalmente diferenciado (Luhmann, 2000), o si se prefiere, de un ecosistema mediático complejo, lo que implica, además, la existencia del periodismo como una profesión regulada por una ideología profesional que no por equivocada o flexible es menos eficaz en la representación social de la profesión²⁷. Las instituciones periodísticas operan bajo la lógica de esa diferenciación: codifican la información según criterios noticiables, ordenan un horizonte temático delimitado por la actualidad, utilizan como insumos los materiales producidos por otros actores mediáticos, regulan su discurso según las reglas genéricas históricamente instituidas en el periodismo, etc. Concebirlas como meras correas de transmisión y tráfico de intereses podrá ser útil como consigna política pero no aporta mucho para el análisis.

De modo que sí hay un rasgo analíticamente relevante en el estudio de la mediatización de la política en la era kirchnerista en este fenómeno y es la conformación de la *prensa política en la era de la diferenciación funcional del sistema de medios*. Porque con todo lo revulsivo que pueda creerse, se trata de un periodismo que guarda ciertas pautas de estilo del periodismo masivo, pero enmarcado en una identificación ideológica explícita y que explícitamente reniega de los ideales sobre los que se ha instituido la profesión en la era

27. Sobre el surgimiento de las tendencias profesionalizantes en el periodismo, ver Waisbord, 2013 y Schudson, 1978

moderna (aunque paradójicamente, o tal vez fatalmente, no pueda sino trabajar en los límites de la institución que dice cuestionar) y que se ha dedicado a tematizar y cuestionar los modos en que informan los demás medios privados, es decir, haciendo *crítica de medios* (retomando, aquí, aunque bajo la lógica de la era mediática, la tradición de la prensa partisana decimonónica, caracterizada por orientar su contenido a debates cruzados con otros periódicos; ver Zimmerman, 1997)²⁸.

4.3. El periodismo en estado de reflexividad

Si no como diagnóstico, sí como hipótesis de lectura: casi cuatro años después, una de las consecuencias más palpables de las confrontaciones desatadas y agudizadas por el proceso de debate y posterior sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual ha sido *uno de sus motivos no declarados*: erosionar el lugar de enunciación pública del periodismo, restringir las posibilidades de un discurso *mediador* o *externo* al sistema político, o de todo discurso que pretenda ubicarse por encima, o por afuera, de la disputas facciosas que, necesariamente, movilizan el juego político.

No ha sido una revelación epistemológica (la imposibilidad del discurso objetivo) o política (la imposibilidad del discurso neutral) lo que nos ha legado este debate, sino la pregunta sobre si una institución sostenida sobre esos principios (aun cuando los considere sólo como horizontes ideales) es necesaria o siquiera posible. En este sentido, puede afirmarse que el kirchnerismo ha *politizado*, también, las condiciones de reconocimiento de los discursos mediáticos: al menos, ha intentado, y persiste en ello, que la pregunta que moviliza a todo vínculo delegativo (*¿en nombre de quién, de qué otros agentes nos están hablando?*) pese como un fantasma sobre los discursos periodísticos.

En ese marco, se ha producido un incremento notable de la auto-reflexión pública sobre el periodismo en los medios, que inevitablemente ha llevado a un debate sobre la legitimidad de los fundamentos de la palabra del periodismo. Se trata de un debate que no es fácil reconstruir, pues está hecho de intervenciones episódicas, de expresiones fugaces, de discusiones en jornadas y congresos académicos, pero que no por eso es menos perceptible. Para demostrar este estado de situación genérico hace falta hilar múltiples episodios

28. Al respecto, Waisbord (2013) señala que "al no existir estudios detallados, es discutible si el 'periodismo militante', pregonado como alternativa al periodismo profesional o burgués, escapa estos sesgos. De hecho, se puede argumentar que su obsesión por la noticia oficial y la agenda presidencial mantiene intacta la cultura dominante del 'periodismo de palacio': la obsesión por información sobre elites políticas, sus dichos, intereses, cálculos y movidas, que relegan voces ciudadanas a un segundo plano" (p. 158)

que, de manera aislada, son apenas incidentes fugaces. Remitimos apenas a dos casos para ejemplificar el sentido de nuestra hipótesis²⁹

Aquí solo queremos reparar en el modo en que puede ser planteado el debate sobre la *legitimidad del periodismo*.

En principio, no es correcto hablar de una *crisis de legitimidad del periodismo*, no al menos en un sentido equivalente al que se habla de una crisis de la representación política. Ese es el enfoque que propone, por ejemplo, Palma (2012) en su análisis de la relación entre el kirchnerismo y los medios de comunicación, conjunto de artículos reunidos en un libro sintomáticamente titulado *El adversario*. Para el autor:

si alguna vez fueron los representantes políticos los que se alejaron de sus representados, ahora han sido los periodistas quienes, con sus actitudes venales, serviciales y corporativas, han provocado un distanciamiento insalvable respecto de los intereses de esa sociedad civil de la cual surgieron (p. 20).

La principal falencia en el análisis de Palma reside en la versión que adopta (y acepta) sobre el surgimiento del periodismo como un poder republicano. Palma escribe que

el desarrollo de la prensa escrita desde mediados del siglo XIX hizo emerger el periodismo libre como una forma de control sobre aquellos poderes de la república. En otras palabras, la aparición de la prensa escrita funcionó como un canal entre los diferentes poderes del Estado y una sociedad civil que exigía transparencia y publicidad de los actos gubernamentales (p.20).

Esta estilización histórica, una lectura en clave habermasiana³⁰, para la cual “el periodista es un representante de la sociedad civil” y el periodismo “un contrapoder” no se condice con el desarrollo del periodismo durante el siglo XIX. En todo caso, menos que una descripción fáctica, esa versión se adapta mejor a la autotematización que, en el siglo XX, el propio

29. Nos referimos a dos polémicas que forman parte del estado de reflexividad que estamos caracterizando. Una, se produjo durante el conflicto del campo y tuvo por protagonistas al periodista Ernesto Tenenbaum y al investigador Martín Becerra que intercambiaron sendas notas en el diario *Página/12* (23/04/08; 18/05/08 y 25/05/08). La otra polémica se produjo en enero de 2011 entre los periodistas Carlos Barragán y María O'Donnell, y puede leerse en esta dirección: www.diarioregistrado.com.

30. Ver, en particular, el capítulo VI de *Historia y Crítica de la Opinión Pública* (2006) titulado: “La transformación política de la función de la publicidad”. Allí Habermas sostiene que el nacimiento de la prensa comercial y la consecuente subordinación de la política editorial a la lógica del lucro produjo una inversión “en la base originaria de las instituciones publicísticas (...): de acuerdo con el modelo liberal de la publicidad [cursivas nuestras] las organizaciones del público racioncinante estaban protegidas de las intromisiones del poder público en tanto se encontraban en manos de personas privadas” (2006:215).

periodismo ofreció en una reconstrucción ex post facto de su propio devenir histórico. Por eso, menos que de una crisis de legitimidad, el periodismo en argentina se enfrenta a la exigencia de fundamentar y revisar los principios que sustentan su palabra, una palabra que nunca gozó de la estabilidad fiduciaria que pretende Palma. Ahora bien, podemos preguntarnos por qué un escenario como este constituiría una situación crítica. Una razón que habría que considerar es que nunca antes en la historia reciente de nuestro país, al menos desde 1983, el periodismo masivo debió tematizarse, hablar de sí mismo, justificarse. Colocado como actor en la arena política, oficiando como opositor u oficialista, construido como aliado o como antagonista, el periodismo masivo –así, en general- atraviesa un estado de situación que no puede explicarse con independencia del activismo mediático del kirchnerismo, pero cuyas consecuencias seguramente lo sobrevivirán.

Consideraciones finales

El propósito de este escrito ha sido revisar algunos rasgos de la gestión política de la comunicación por parte del kirchnerismo desde la perspectiva de la mediatización. Nos hemos interesado particularmente por las consecuencias de esa gestión sobre un factor que es del orden de las “economías invisibles”: la legitimidad del periodismo como institución intermediaria. El kirchnerismo se ha resuelto por una concepción medio-céntrica de la política. Por convicción, por cálculo, por necesidad.

Por eso creemos que es necesario evaluar el protagonismo (desmesurado, adquirido, atribuido, buscado, sospechado) de los medios en la dinámica política en la Argentina del último lustro evadiendo diagnósticos impresionistas. Desde nuestro punto de vista, ese protagonismo es un emergente del encuentro de dos fenómenos de estatus diferente y que en el inicio de este trabajo mencionamos como lo *ineluctable* y lo *deliberado*.

Del lado de lo ineluctable: por el lugar que los dispositivos de mediatización (y las instituciones fundadas en ellos) ocupan en el espacio público de una sociedad compleja y funcionalmente diferenciada; del lado de lo deliberado: por una estrategia política cuyo efecto (sino, cuyo objetivo) es orientar la mirada pública al desempeño del periodismo, realzando la influencia de aquellos actores cuya influencia misma pretende combatir.

El protagonismo mediático es, al mismo tiempo, producto de la centralidad de los dispositivos de mediatización en la producción de acontecimientos colectivos, en particular en lo tocante a la vida política (y este aspecto desborda necesariamente una coyuntura cualquiera) y de la estrategia del gobierno de orientar la discusión política diaria en función de las agendas mediáticas.

El comportamiento *partisano* de ciertos medios (por caso, como modelos opuestos, *Clarín* y *Página/12*) se ve condicionado por la lógica funcionalmente específica del sistema mediático, que, por ahora, no puede dejar de ser lo que es: no sólo el lugar en el que los discursos institucionales (del periodismo) se tornan circunstancialmente portavoces de intereses, valores y opiniones facciosos sino el complejo universo en el que se produce, diariamente, la realidad colectiva.

Referencia

Asís, J. (2011). *El kirchnerismo póstumo*, Buenos Aires: Planeta.

Alexander, J. (1981). "The mass news media in systemic, historical and comparative perspective", en Katz y Szcsko (eds). *Mass Media and Social Change*. Londres: Sage.

Arditi, B. (1995). "Rastreando lo político", en *Revista de Estudios Políticos*, N° 87, enero-marzo, Madrid. pp. 333-351.

Blaustein, E. (2013). *Años de rabia. El periodismo, los medios y las batallas del kirchnerismo*, Buenos Aires: B Ediciones.

Cheresky, I. (2009). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Manantial.

Cingolani, G. (2012). "A midiatização da figura presidencial: espaços, estratégias e transições", en Fausto Neto, A.; Mouchon, J. y Verón, E. (orgs.) *Transformações da midiatização presidencial. Corpos, relatos, negociações, resistências*, São Caetano do Sul: Difusão Editora. pp. 53-67.

Cingolani, G. y Fernández, M. (2010). "Televisión y política: espacio público, puestas en escena y regímenes de visibilidad", en *Oficios Terrestres*, XV, 25, La Plata: FPyCS, UNLP. pp. 37-49.

Duncan, T. (1980). "La prensa política: *Sud América, 1884-1892*", en Ferrari, G. y Gallo, E. (comps.). *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Sudamericana. pp. 761-783.

Entman, R. (2009). "The mediatization of politics in History", en Voerman, P. y Wifjes, H. (2009). *Mediatization of politics in History*. Groningen: Peeters.

Fernández, M. (2013). "Sobre la mediatización. Revisión conceptual y propuesta analítica", en *Revista La Trama de la Comunicación*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, vol. 18, Rosario: UNR Editora.

Ferry, J. (comp). [1989] (1998). *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Giddens, A (1995): *La constitución de la sociedad: bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu

Gringas, A. M. (1998). "El impacto de las comunicaciones en las prácticas políticas", en -Gauthier, G.; Gosselin, A. y Mouchon, J. (Comps.). *Comunicación y política*, Barcelona: Gedisa. Habermas, J. ([1962] 2006). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona: Gustavo Gili.

Hallin, D. y Mancini, P. (2004). *Comparing media systems. Three models of media and politics*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hjarvard, S. (2008). "The mediatization of society. A theory of the media as agents of social and cultural change", en *Nordicom Review*, 29, (2008) 2. pp. 105-134.

Helms, L. (2008). "Governing in the Media Age: the impact of the mass media on executive leadership in contemporary democracies", en *Governmente and opposition*, vol. 43, Issue 1. pp. 26-54.

Kepplinger, H. M. (2006). "Mediatization of politics, theory and data", en *Journal of Communication*, Volume 52, Issue 4. pp. 972-986.

Kitzberger, P. (2005). "La prensa y el gobierno de Kirchner frente a la opinión pública", en AA.VV. *Argentina en perspectiva. Reflexiones sobre nuestro país en democracia*, Buenos Aires: La Crujía

— (2010). "The media activism of Latin American's Leftist Governments: Does Ideology Matter?", en *GIGA Working Papers*, n° 151, GIGA Research Unit: Institute of Latin American Studies.

— (2011). "La madre de todas las batallas. El kirchnerismo y los medios de comunicación", en Malamud, A. y De Luca, M. (coords.). *La política en los tiempos de Kirchner*, Buenos Aires: Eudeba.

Krotz, F. (2007). "The meta-process of 'mediatization' as a conceptual frame", en *Global Media and Communication*, 2007 3. pp. 256-260. Disponible en: <http://gmc.sagepub.com>

Livingstone, S. (2009). "On the mediation of everything: ICA presidential address 2008", en *Journal of communication*, 59 (1). pp. 1-18. Disponible en <http://eprints.lse.ac.uk/21420>

Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*, México DF: Anthropos.

— (2009). *La política como sistema*, México: Universidad Iberoamericana.

Mastrini, G. (2010). "Regulación en las comunicaciones", en Aronskind, R. y Vommaro, G. (comps.). *Campos de Batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario*. Buenos Aires: Prometeo.

Mastrini, G. y Marino, S. (2008). "Al final del período. Los límites del progresismo: las políticas de comunicación durante el gobierno de Néstor Kirchner", en *ECO-PÓS*, vol.11, nº1, janeiro-julho 2008. pp.78-95

Mochofsky, G (2011). *Pecado original. Clarín, los Kirchnery la lucha por el poder*, Buenos Aires: Planeta.

Naishtat, F (2004). *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva. Una perspectiva pragmática*, Buenos Aires: Prometeo.

Nardacchione, G. (2005). "La acción colectiva de protesta: del antagonismo al espacio público", en Schuster, F.; Naishtat, F. y Nardacchione, G. (comps.): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.

Novaro, M. (2011). "La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo", en Malamud, A. y De Luca, M. (coords.). *La política en los tiempos de Kirchner*, Buenos Aires: Eudeba.

O'Donnell, M (2007). *Propaganda K*, Buenos Aires: Planeta.

Palma, D. (2012). *El adversario. Periodistas y política en la era kirchnerista. La disputa contra el monopolio, la construcción de un nosotros*, Buenos Aires: Biblos.

Sarlo, B. (2011). *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, Buenos Aires: Sudamericana.

Schudson, M. (1978). *Discovering the news. A social history of american newspapers*, Lexington: Basic Books.

Schulz, W (2004). "Reconstructing mediatization as an analytical concept", en *European Journal of communication*, vol. 19 (1). pp.87-101.

Sivak, M. (2013). *Clarín. Una historia*, Buenos Aires: Planeta.



Strömback, J. (2008). "Four phases of mediatization: an analysis of the mediatization of politics", en *The International Journal of Press/Politics*, 13. pp. 228-246.

Torre, J. C. (2003). "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", en *Desarrollo Económico*, Vol. 42, N°. 168 (Enero-Marzo, 2003). pp. 647-665.

Verón, E (1987). "La palabra adversativa", en AA.VV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette.

— ([1991] 2004b). "Los medios en recepción: desafíos de la complejidad", en *Fragmentos de un tejido*, Barcelona: Gedisa

— (2001). *El cuerpo de las imágenes*, Buenos Aires: Norma.

— (2004a). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona: Gedisa

Vincent, L. (2011). "La disputa por la mediación durante el kirchnerismo en Argentina", en *CONfinés de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, vol. 17, nº13, Monterrey. pp. 49-81.

Waisbord, S. (2013). *Vox Populista*, Barcelona: Gedisa.

Zimmerman, E. (1997). "La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo: el caso de 'La Nación' y el Partido Republicano", en *Documentos de Trabajo*, nº 7, Universidad de San Andrés, Agosto de 1997.

Zunino, E. (2009). *Patria o medios*. Buenos Aires: Sudamericana.


Artículos de prensa

Alabarces, P. (2012). "Reflexiones sobre el periodismo militante", en *Revista Ñ*, nº 374. 27 de noviembre de 2010.

Barragán, C. (2011). Las pautas del periodismo independiente, por Carlos Barragán, publicado en www.diarioregistrado.com. 5 de Enero de 2011.

Baragán, C. (2001). "En qué oreja está la mosca", publicado en www.diarioregistrado.com. 10 de Enero de 2011.

Becerra, M. (2008): "Los medios salen del placard", *Página/12*, 23 de abril de 2008 y "La inmaculada concepción de los medios", *Página/12*. 25 de mayo de 2008.



Crettaz, J. (2012). "La red de medios que teje el relato". 6 de mayo de 2012.
O'Donnell, M. "Respuesta a Barragán" publicado en www.diarioregistrado.com. 7 de de Enero de 2011.

Reynoso, Susana: "Los periodistas ya no son intermediarios necesarios", entrevista a José Albistur, *La Nación*. 4 de febrero de 2007.

Sarlo, B.(2010). "La batalla cultural", *La Nación*. 29 de abril de 2010.

Tenembaum, E. (2008): "Cha, cha, cha", *Página/12*. 18 de mayo de 2008.

Wainfeld, M., Moreno, S. y Cibeira, F (2006): "Poder, instituciones y medios", entrevista a Néstor Kirchner, *Página/12*. 21 de mayo de 2006

Identidades fragmentadas: apuntes teóricos sobre las identidades políticas

Irene Lis Gindin

UNR-CIM/Conicet
iregindin@hotmail.com

Resumen

El objetivo general de este trabajo es un recorrido sobre algunas perspectivas teóricas que pretenden comprender el estudio de las identidades políticas. Proponemos indagar acerca de qué son las identidades, por un lado, y qué son las identidades políticas, por el otro. Asimismo, consideramos que no podemos pensar a las identidades políticas sin hacer referencia a los procesos de *mediatización* en el que se hallan inmersas. Por lo tanto, se hace necesaria una reflexión sobre la influencia de los medios de comunicación de masas en la conformación de colectivos; colectivos que permitan la identificación entre el líder político y la ciudadanía.

Palabras clave

identidad política – discurso – mediatización – kirchnerismo – medios de comunicación

Abstract

The aim of this work is a look over some theoretical perspectives that seek to understand the study of political identities. We propose to inquire, firstly, what are the identities and, secondly, what are the political identities. We also believe that we can not think political identities without reference to the processes of *mediatización* in which they are immersed. Therefore, a though about the influence of the mass media on groups is necessary, groups that allow the identification between the political leader and citizenship.

Key words

political identity – speech – mediatización – kirchnerismo – mass media

1. Introducción

El trabajo que presentamos en esta oportunidad tiene como objetivo general un recorrido sobre determinadas perspectivas teóricas que pretenden comprender el estudio de las identidades políticas. En este sentido, las reflexiones que verteremos aquí pretenden ser una contribución, por un lado, al Proyecto de Investigación y Desarrollo¹ del cual estos cuadernos forman parte; y, por el otro, al desarrollo de mi tesis doctoral, titulada “La identidad política de Cristina Fernández de Kirchner durante su primera presidencia”².

Nos preguntamos, entonces: ¿qué se analiza cuando se analizan las identidades políticas? Esta pregunta, claro está, nos lleva a indagar, a intentar al menos esbozar una definición sobre qué son las identidades, por un lado, y qué son las identidades políticas, por el otro. Además, hemos de considerar, y al respecto trabajaremos sobre ello, que no podemos pensar a las identidades políticas sin hacer referencia a los procesos de *mediatización* en el que se hallan inmersas. Estudiar la intertextualidad entre el discurso político y el periodístico es estudiar las relaciones dialógicas que se suceden entre ambos, considerando que cada cual forma parte de las *condiciones de producción* (Verón, 1998) del otro y viceversa. Por lo tanto, se hace necesaria una reflexión sobre la influencia de los medios de comunicación de masas en la conformación de colectivos; colectivos que permitan la identificación entre el líder político y la ciudadanía.

Lejos de buscar obtener una respuesta única y abarcadora, desplegaremos, entonces, algunos argumentos que nos sirvan para pensar estos interrogantes.

2. Algunas reflexiones previas

Preguntarse sobre la identidad es una problemática recurrente en las ciencias sociales, contando ya con un rico acervo de estudios que intentan abordarla. Podemos afirmar, siguiendo a Arfuch (2005), que el renovado interés por estos temas se hizo visible a partir del debilitamiento de las ideas de nación y ciudadanía y, sobretodo, de la crisis de las concepciones universalistas. A partir de aquí se reconoce el afloramiento de nuevas identificaciones lingüísticas, étnicas, religiosas; “lógicas de la diferencia cuya proliferación puede considerarse positiva en términos de una ampliación cualitativa de la democracia [Laclau, 1996], pero que no suponen en sí mismas un armónico igualitarismo sino más bien un terreno de alta conflictividad” (2005:21). Laclau (1995) atribuirá el interés por la multiplicidad

1. Secretaría de Ciencia y Técnica, UNR, Resolución N° 261/2011

2. Doctorado en Comunicación Social, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Admisión: Abril de 2011.

a la muerte del Sujeto: “es probable que la imposibilidad real de continuar relacionando las expresiones concretas y finitas de una subjetividad múltiple con un centro trascendental sea lo que posibilita concentrar nuestra atención en la multiplicidad misma” (p.39). Abandonando una postura objetivista o que pretenda situar a la identidad en un marco de certezas con cierta capacidad descriptiva, nos interesa principalmente recuperar ciertos desarrollos que, tanto desde el análisis del discurso como desde la teoría política laclauiana, se han preocupado por esta cuestión.

Partimos de algunos supuestos básicos que se conforman como la base de todas las reflexiones que desplegaremos a continuación. En primer lugar, hablamos de identidades y no de identidad. El uso del plural, por supuesto, no es casual: las identidades son múltiples y simultáneas; es decir, somos sujetos generacionales, generizados, étnicos, etc.

Coincidimos con Ernesto Restrepo (2007) quien, desde la antropología, propone pensar a las identidades como performativas: las mismas interpelan a los sujetos, haciéndonos imposible ubicar un sujeto como una entidad anterior a ellas. En su texto “Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio” (2007), el autor propone una serie de características definitorias de las identidades, de las cuales, a los fines de este trabajo, rescataremos sólo algunas. En primer lugar, las identidades se producen gracias a las diferencias y no al margen de ellas. Con esto queremos remarcar que la identidad existe en tanto existan actos de distinción entre “un orden de interioridad-pertenencia y uno de exterioridad-exclusión” (p.25). En segundo lugar, las identidades están discursivamente constituidas, en tanto son “producidas, disputadas y transformadas en formaciones discursivas concretas” (p.27). En tercer lugar, siguiendo a Hall, el autor sugiere que la identidad es una *articulación* entre el proceso de sujeción y el de subjetivación³; lo que obliga a los estudios que intentan estudiar las identidades, según Hall, a analizar ambos extremos del proceso.

Entonces, nos encontramos frente a identidades fragmentadas, “construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (Hall, 2003: 17); en donde la diferenciación simbólica respecto de otros, se constituye como una de sus características principales.

Así, adoptar el concepto de identidad propuesto implica necesariamente preguntarnos sobre el *discurso*, para poder dar cuenta tanto de la posición del sujeto (individual o colectivo) como de su lugar en la interdiscursividad social. Analizar la identidad constituida desde el discurso, entonces, significa también relevar los ámbitos específicos en los que se producen, así como

3. Una identidad, según Hall, es un punto de sutura entre dos procesos concretos: “(1) los discursos y las prácticas que constituyen las locaciones sociales o posiciones de sujeto (mujer, joven, indígena, etc.) y (2) los procesos de producción de subjetividades que conducen a aceptar, modificar o rechazar estas locaciones o posicionamiento de sujeto” (Restrepo, 2007:29-30)

las estrategias discursivas puestas en juego. Como sostiene Hall (2003), debemos considerar las identidades en tanto “producidas en ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas específicas” (p.18).

Por lo tanto, consideramos que estudiar la identidad, y más aún desde el análisis del discurso, se constituye como un terreno de suma riqueza, donde la interpelación y el juego de exclusiones e inclusiones se tornarán el aspecto fundamental.

3. Tres dimensiones para el estudio de las identidades políticas

Existe, desde hace algunos años, una cada vez más prolífica producción acerca de los modos de estudiar la identidad política (sobre todo, a partir del creciente interés por el estudio del discurso político, particularmente el discurso *kirchnerista*). Es en este sentido, que hemos de considerar los aportes de Aboy Carlés como particularmente interesantes al proponer, no sólo un conjunto de categorías teóricas para el estudio de las identidades políticas; sino, del mismo, una serie de dimensiones que encierran una propuesta metodológica capaz de ser articulada con la teoría de los discursos sociales de corte veroniana. Coincidimos con Aboy Carlés y Canelo (2011) en que estudiar las identidades políticas es:

re-crear espacios solidarios que suponen una cierta comunidad de sentido, de significados compartidos que se traslucen en la conformación de asociaciones y disociaciones, pero cuya débil evidencia empírica apenas estará dada por la recurrencia de ciertas orientaciones gregarias de la acción en la esfera pública (p.9).

Por lo tanto, indagar sobre las identidades políticas es, no sólo estudiar un tipo de lazo político sino, del mismo modo, enfrentarse a una recurrente tensión entre lo particular y lo universal. Haremos referencia a esta tensión, tan presente en los desarrollos laclaucianos, más adelante.

A través de un intenso recorrido sobre autores clásicos que han estudiado, en momentos diversos y bajo ópticas teóricas distintas, las nociones de Estado, el concepto de *lo político*, la noción de representación –entre otras–, Aboy Carlés (2001) concluye en definir a la identidad política como:

Un conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homo-

geneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia (p.54)

De este modo, identificará tres dimensiones constitutivas de toda identidad política: la alteridad, la representación y la perspectiva de la tradición. Daremos cuenta, a continuación, de las riquezas y dificultades de cada una de ellas.

En primer lugar, la alteridad, la presencia de ese *otro* que da cierre, clausura, la propia identidad: cada elemento del sistema sólo puede constituirse como una identidad a partir de inscribirse en una trama de relaciones. El exterior que define la propia identidad, de acuerdo a Laclau, no puede ser nunca un exterior neutral, sino el resultado mismo de una operación de exclusión, “de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse” (Laclau, 2009: 94). De aquí la denominación, adoptada por Chantal Mouffe (1999), de *exterior constitutivo*, noción que indica que toda identidad se construye a través de las diferencias, permitiendo la definición de un *otro* que sirve de *exterior*. Como oportunamente señala Aboy Carlés, de un lado el pensamiento sociológico y, del otro, el político “encontraron en los principios de identidad y diferencia el soporte explicativo para dar cuenta de la constitución de unidades gregarias de la acción a través de un doble proceso simultáneo de diferenciación respecto de un exterior y de afinidad interna” (2001: 21).

Hemos trabajado hasta aquí la primera dimensión que Aboy Carlés prevé para el estudio de las identidades políticas. Pasaremos ahora a dar cuenta de la segunda de ellas, la dimensión representativa.

La referencia a la noción de representación nos obliga a preguntarnos si es posible considerar a la identidad como anterior al momento de la representación; si el grupo sólo existe a partir del representante; o bien si el grupo sólo se constituye *plenamente* a partir de la designación de un representante. Es claro que la representación no se refiere, simplemente, a transmitir la voluntad de aquellos a quienes se representa; sino, fundamentalmente, a expresar la coherencia entre los intereses sectoriales y los intereses de la comunidad en general. El líder comienza, de esta manera, a convertirse en un continuo productor de símbolos. En este sentido, Laclau considera que la identidad del representado se transforma y amplifica por el proceso de la representación; al tiempo que Aboy Carlés nos sugiere que no hay identidad política por fuera del juego suplementario entre representante y representado, es decir, no hay política fuera de la representación. La representación es, entonces, según el autor, “el juego de suplementos entre lo representado y el representante, que no se agota en la constitución de un liderazgo sino que hace también a la relación con un conjunto de prácticas establecidas configuradoras de sentido” (2001:41)

Es menester recalcar que, en el caso de la lógica populista (extensamente estudiada por los autores antes citados), lo que sucede es que, a partir de la construcción discursiva del agente colectivo *pueblo*, se delimitan dos campos antagónicos marcados por una frontera que dicotomiza un *nosotros* y un *ellos*; generando identidades populares que se rigen por la doble lógica equivalencial-diferencial. Recordemos que Laclau considerará al populismo no como una forma específica de gobierno, que pudiera ser definida a partir de contenidos ideológicos o empíricos, sino como una específica construcción discursiva que instituye una particular identidad y lazo político. En este lazo político, cobra particular importancia la figura del líder ya que será en quien recaerá la articulación de las demandas presentes en un momento determinado. Esto es: para Laclau, el éxito de un proyecto hegemónico radica en lo efectivo que sea para articular -en una cadena equivalencial- el conjunto de demandas diferentes; es decir, la posibilidad de articular una serie de luchas particulares que, al tiempo que representan su propio particularismo, defienden un significado suplementario que sea capaz de abordar la totalidad.

Por un lado, entonces, encontramos a una serie de individuos que comienzan a presionar al sistema político (reclamos educativos, de vivienda, ecológicos, etc.). Los individuos pueden permanecer aislados, con sus demandas particulares, o comenzar a unir demandas disímiles sólo a partir de un valor negativo que es el de la insatisfacción de las mismas. Es aquí donde podemos reconocer la constante tensión, que remitimos hace un instante, entre la particularidad de una demanda y su posibilidad de inscribirse en una cadena mayor que represente a otras: se reconoce aquí el paso de una demanda *democrática* a una demanda propiamente *popular*.

Como hemos adelantado, Aboy Carlés estipula una tercera dimensión para el análisis de las identidades políticas, denominada la *perspectiva de la tradición*. Consideramos ésta particularmente importante ya que es la dimensión que nos permite comprender el devenir de toda identidad política, su componente diacrónico: "Toda identidad política se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente" (2001: 68). Claro está que ese pasado que se reconstruye no tiene que ver con un pasado empíricamente dado, sino con una construcción discursiva; es decir, los hechos no hablan por sí mismos, sino que se constituyen como *significantes flotantes* que son resignificados por las exigencias del presente.

Cabe aquí el concepto de *memoria discursiva*, trabajado por Courtine (Montero, 2012), en tanto da cuenta del diálogo permanente entre hechos e interpretaciones, entre pasado y presente, haciendo del lenguaje un "tejido de la memoria (...) su modalidad de existencia histórica esencial" (Courtine, 1994: 10 en Montero, 2010: 59).

Por último, quisiéramos remarcar que estas tres dimensiones que hemos explicitado, se corresponden a dimensiones analíticas que, en la práctica, se presentan de manera con-

junta: no es posible pensar una determinada identidad política sin el componente representativo o a partir de la preexistencia de algunas de las tres dimensiones trabajadas.

4. Sobre la mediatización de las Identidades políticas

Intentaremos en este apartado, dar cuenta de un proceso que atraviesa las sociedades pos-industriales y, por lo tanto, el discurso político que en ellas se produce y la conformación de las identidades políticas que el mismo encierra: la *mediatización*.

Siguiendo a Verón (2007), entendemos a la *mediatización* como el proceso a través del cual “el funcionamiento de las instituciones, de las prácticas, de los conflictos, de la cultura, comienza a estructurarse en *relación directa con la existencia de los medios*” (p.15); haciendo estallar la diferencia entre lo real de una sociedad y sus representaciones. Distingue el autor un primer período, el de las sociedades *mediáticas*, identificable con la progresiva instalación de los medios de masas, fundamentalmente, de la prensa. El segundo período es el de las sociedades *mediatizadas*, sociedad que “emerge a medida que las prácticas institucionales de una sociedad mediática se transforman en profundidad *porque existen los medios*” (Verón, 2004: 224). El paso de una a otra significa, por un lado, el tránsito del nivel de la representación al de la construcción de la realidad (es decir, se deja de pensar a los medios como dispositivos que reproducen lo *real* para comenzar a entenderlos como productores de sentido) y, por el otro, la consideración de que los medios “se transforman en los mediadores insoslayables de la gestión de lo social” (2004: 224).

Una de las cuestiones fundamentales que acarrea la cada vez más progresiva influencia de los medios⁴, es lo relativo a la gestión de los *colectivos de identificación* y cómo funciona esto en la medida en que, tanto el discurso de los medios como el discurso político, interpelan al mismo destinatario: el *ciudadano*. En este sentido, el concepto de legitimidad, deja de pertenecer exclusivamente al campo político, transformándose en una categoría social que no puede ser pensada por fuera de las lógicas productivas del sistema de medios. Esto es así en tanto que es sólo a través del discurso de los medios, que la ciudadanía se hace eco de las problemáticas de la política institucionalizada.

Vemos la importancia que cobra el hecho de que los políticos deben adecuar sus estrategias enunciativas a la *nueva* lógica mediática, tanto en lo que respecta al contenido de sus mensajes (la agenda pública) como a la manera de exponerlos. En este marco, el rol

4. Creemos importante señalar que, al hablar de *medios*, Verón no se referirá sólo al soporte tecnológico sino que será para él una categoría sociológica: la definición de un *medio* tendrá en cuenta, de un lado, las condiciones de producción y, del otro, las de recepción.

de los medios de comunicación debe entenderse como una variable en las estrategias de construcción de legitimidad que, con el fin de consolidar sus posiciones, efectúan los agentes políticos:

El líder político debe entonces, no sólo construir su relación con los meta-colectivos, no sólo reforzar su vínculo con el prodestinatario, neutralizar la réplica del contradestinatario y persuadir al paradestinatario; la televisión lo obliga ahora a negociar la construcción de su imagen con múltiples figuras que ocupan la pantalla de televisión, y que no siempre le facilitan la tarea (Verón, 1987: 25)

Si entendemos que las sociedades mediatizadas están estructuradas, en orden creciente, en relación al funcionamiento de los medios de comunicación, las *gramáticas de producción* de los discursos políticos se encuentran, entonces, cada vez más influenciadas por las *gramáticas de producción* de los medios.

Partimos de pensar que el enunciador político interpela, en su discurso, a diferentes sujetos sociales proponiéndoles la aceptación de su posición y de su hacer. Esta posición está subordinada a un determinado relato sobre lo social en el que el enunciador vincula sus propuestas con las demandas insatisfechas de estos sujetos.

Este *saber* del político encuentra su fundamento en lo que Pizzorno (1985) denomina las *colectividades identificantes*. Preguntándose acerca de la racionalidad de la opción democrática, el autor realiza un recorrido teórico con el fin de dar cuenta de la imposibilidad de seguir pensando a la política en términos de costo-beneficio; es decir, de trasladar a la política las teorías de tipo económicas. En este camino, propondrá la pertinencia de pensar a la acción política como fundadora de identidades colectivas. La pertenencia de un individuo a una determinada *colectividad identificante* nos permitiría explicar las razones por las cuales los ciudadanos van a votar: siendo que, cuantitativamente, el voto individual no repercute en el resultado final de los comicios; se conforma, sin embargo, como un acto de identificación colectiva. Por lo tanto, según el autor, una teoría sobre la opción democrática debe orientarse, no al estudio de las utilidades que un ciudadano puede extraer ante determinado programa partidario, sino a las razones que inspiran la confianza que los mismos manifiestan ante tal o cual partido.

La acción política, en tanto que es responsable de la fundación de las identidades colectivas, tiene como función la de definir y redefinir constantemente los intereses de los ciudadanos. Estas identidades a las que refiere el autor serán posibles a través de dos actividades: la actividad *identificante* y la actividad *eficiente* (1985). En el primer caso, de lo que se trata es de construir una serie de símbolos comunes que permitan la diferenciación entre una identidad colectiva y otra, definiendo las orientaciones de largo plazo que se le asignan a la acción colectiva. El segundo caso, el de la actividad *eficiente*, se encuentra rela-

cionada con el accionar concreto de los políticos; es decir, la toma de decisiones dirigidas a mejorar la posición de su colectividad. "Esto puede efectuarse ya sea usando los poderes de la autoridad política (...), ya sea desarrollando las actividades de negociación, alianza, coalición, enfrentamiento, que permiten al sujeto político medirse directamente con otros dentro de un sistema" (p.34).

Esta distinción, aunque analítica, le sirve al autor para dar cuenta de la noción de representación, entendiendo a la misma a partir de la diferenciación entre intereses a corto y largo plazo: en el caso de los últimos, los individuos se encontrarían sumidos en la incertidumbre; mientras que, tratándose de intereses inmediatos, sabrían cómo acceder a ellos. Esta incertidumbre, de acuerdo a Pizzorno, es la que permite la representación, ya que los políticos contarían, entre sus habilidades, con la de conocer los intereses a largo plazo y saber de qué manera obrar en consecuencia. "A esto se agrega la suposición de que la elección de la mejor política será aquella que haga desaparecer, en el largo plazo, la contradicción de los intereses particulares presentes" (1985:32). Será entonces este conocimiento que permite la representación, el que asegurará la permanencia de identidades colectivas a través del tiempo, que es una de sus características básicas. Por lo tanto, *la especificidad de la democracia, y he aquí su hipótesis principal, no sería la de la libertad de opción sino la de la libertad de identificaciones colectivas.*

Analizar los fenómenos políticos sobre la base de las estructuras de identificación rastreables en una determinada sociedad significa por un lado no separar, sino más bien subrayar, los nexos entre las relaciones sociales no políticas y las que se forman con la acción política. Por otra parte, estos nexos se forman también por los efectos que la acción política (las disposiciones y el discurso político) ejerce sobre las identificaciones colectivas que conforman la sociedad. Podríamos agregar que si existe una virtud específica de la política, es la virtud de vincular (1985:40).

Sin embargo si, como propone Pizzorno, las identidades colectivas fueran producto de una actividad propia de la política, nos preguntamos, siguiendo a Verón (1998) "¿y si esta producción de los colectivos en la que el entrelazamiento estructura la identidad del actor no se hiciera ya en el campo de lo político sino en otra parte?" o bien "¿y si los análisis como el de Pizzorno, de 'racionalidad política ampliada', fuera en el fondo teorías premediáticas de la democracia?" (p.227). Para el autor, la crisis de legitimidad que puede reconocerse en el campo de lo político, se debe, entonces, a que el sistema político se encontraría ante una incapacidad de gestionar los colectivos identificatorios de los ciudadanos:

Asistimos, por un lado, a la decadencia del campo donde se ejercía la gestión de los colectivos de largo plazo (el de lo político) y, por otro, al dominio creciente de otro campo (el de los medios) esencialmente orientado por la

gestión de los colectivos de corto plazo: éste es, según mi opinión, el sentido profundo de la crisis de legitimidad de lo político de la que tanto se habla hoy (1998:230)

Retornando a las preguntas que guían este trabajo –y que estamos intentando responder– creemos que es necesario hacer una referencia a la especificidad del discurso político en cuanto a la construcción de sus destinatarios. Considerando al mismo como inserto en una triple destinación que está sujeto a una triple lectura, no podemos pasar por alto la conformación de colectivos que supone toda actividad enunciativa. Los *colectivos de identificación* son entidades semióticas que, implicando la definición y categorización de los actores, se encuentran dinamizadas por una constante tensión entre el *ellos* y el *nosotros*. Es harto conocida la distinción analítica que realiza Verón en relación a los tres tipos de destinatarios, que creemos ofrece categorías metodológicas para el reconocimiento de los actores que habitan en el discurso político y hacia el cual el enunciador dirige sus estrategias enunciativas. La dimensión polémica, entonces, se conforma como la característica fundante del discurso político. La aceptación de los agentes interpelados de esta posición subjetiva implica la efectividad del discurso político.

5. Un ensayo analítico

A lo largo de este trabajo, hemos explicitado una serie de categorías teóricas que proponemos, retomando a algunos autores, para el análisis de las identidades políticas. El recorrido se ha preocupado por cuestiones generales relativas a la definición de las identidades y luego, más específicamente, acerca de la particularidad de la identidad política y su inscripción en el fenómeno de la *mediatización*.

Si bien no es el objetivo del trabajo y sólo a modo exploratorio, buscaremos mostrar algunos ejemplos de estas categorías que hasta ahora hemos trabajado de manera teórica. Esta tarea la haremos a partir de dos discursos de la actual Presidente de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, pronunciados en ocasión de los festejos por el Día de la Lealtad Peronista de los años 2008 y 2009. Valga en este punto la siguiente aclaración: de ningún modo postulamos que las referencias a estos discursos sean acabadas ni mucho menos que se trate del único análisis posible; lo proponemos fundamentalmente a modo de puesta a prueba del andamiaje conceptual explicitado.

No podremos dar cuenta aquí del marco histórico-político en el que estos discursos se llevaron a cabo. Sin embargo, quisiéramos recordar que ambos fueron pronunciados después del denominado *conflicto campo-gobierno* (ver al respecto: Cheresky, 2009; Giarraca

y Teubal, 2010; Quiroga, 2010; Palma, 2012 –entre otros); por lo tanto, es factible reconocer ciertas referencias implícitas a los sectores en conflicto.

Lo primero que quisiéramos resaltar es la dimensión de *alteridad* que aparece en los discursos analizados. Como dijéramos anteriormente, la constitución de una determinada identidad, sólo es posible a partir de la exclusión de un *otro* que se constituye como un *otro antagónico*. En el marco de la teoría de los discursos sociales, una de las hipótesis principales acerca del discurso político, es que el mismo se haya inserto en una triple destinación, ya que se dirige a tres tipos de destinatarios *simultáneamente*: el *prodestinatario*, el *paradestinataro* y el *contradestinataro* (Verón, 1987); de aquí la *multidestinación* y *plurifuncionalidad* que se le adjudican como características principales al discurso político. Podríamos decir que, a nivel enunciativo, las cuestiones relativas a la *alteridad* que trabajan Laclau y Aboy Carlés pueden ser comparadas con la noción de *contradestinataro* que plantea Verón, al permitir la marcación de un límite entre eso que la identidad expelle de sí misma y aquello que incluye en su definición. Una última aclaración al respecto: toda vez que demos cuenta de determinado/s destinatario/s, estaremos hablando, dada la inscripción epistemológica de la teoría en cuestión, de *entidades del imaginario* construidas por el discurso mismo, no de sujetos empíricos.

A lo largo de ambos discursos aparece, por un lado, la referencia explícita al neoliberalismo – aunque sin mención alguna de nombres particulares- como ese *otro* al que dirigir las estrategias enunciativas de exclusión; y, a su vez, una diferenciación entre los sectores que defienden los intereses de las minorías y los que se preocupan por el bienestar de la Nación. Por ejemplo:

-“El neoliberalismo económico produjo la gran trampa de dejar a los políticos el manejo del sistema institucional pero reservarse para sí el manejo de la economía con la tragedia que esto provocó y, finalmente, terminando en la paradoja de que los políticos que no manejaban la economía, eran los que debían dar respuesta de las consecuencias sociales de lo que fue el neoliberalismo en nuestro país y en toda América Latina” (17-10-09)

-“Yo estoy absolutamente convencida de que uno de los desafíos más importantes es volver a discutir ideas, dejar de lado la descalificación o el agravio, porque, en definitiva, estoy convencida de que quienes agravian, descalifican o insultan lo hacen porque no se les cae una sola idea para debatir como propuesta alternativa” (17-10-09)

Quisiéramos remarcar dos cuestiones al respecto de la dimensión de *alteridad*. En primer lugar, una de las características de lo que podríamos identificar como la *identidad política krichnerista* fue la definición del neoliberalismo, sobre todo durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007), como el *contradestinataro* por excelencia. Producto, fundamentalmente, de la crisis de representatividad y desconfianza hacia la clase dirigente que dejara el estallido de 2001, la figura de Carlos Menem y quienes acompañaron las políticas

neoliberales de los años 90, se conformaron como el enemigo público que permitió marcar las divergencias entre un modelo de país y otro y, en consecuencia, la identidad que ello conlleva. Además, como señala Montero (2012), uno de los éxitos de la discursividad kirchnerista, fue establecer una continuidad entre la última dictadura militar y el proyecto económico que le siguió –el neoliberalismo-. De esto resulta que el discurso kirchnerista termina por reconstruir las últimas tres décadas de historia como si fueran un bloque temporal –de 1976 a 2001- “bloque que aparece definido casi sin matices ni ambages y en el que, reiteramos, se homologan las prácticas dictatoriales con el modelo económico neoliberal” (Montero, 2012: 82). En segundo término, en el análisis de la materialidad lingüística, a los *adversarios*, más allá de las estrategias enunciativas diversas que pueden ser utilizadas, no se les otorga otro lugar que el de *tercero discursivo*; de tal modo que “no entran en el circuito comunicativo, no se les da voz, ni derecho a réplica pues, en la superficie del enunciado no se les está hablando: nunca hay interpelación en 2º persona ni inclusión en el colectivo de identificación” (García Negroni, 1988: 87). Esta apreciación es correcta en las piezas discursivas que estamos analizando, pero de ningún modo se hace extensiva a otros discursos pronunciados tanto por Cristina Fernández como por Néstor Kirchner, en quienes es recurrente el uso de la segunda persona, apelando a aquello que Montero (2011) identificó como la *contradestinación directa*.

En último lugar, habíamos mencionado que Aboy Carlés identificaba una dimensión para el análisis de las identidades políticas y era lo que denominaba como *perspectiva de la tradición*. Esto aparece claramente en la lectura que se hace del peronismo a partir de una legitimación de tipo tradicional. Como hemos dicho párrafos atrás, los hechos no hablan por sí mismos, sino que son *significantes flotantes* que podrán siempre ser re-articulados conforme al devenir de una identidad. Hay, en este sentido, una reconstrucción épica del pasado, específicamente del peronismo, a partir de la consideración de que los conflictos actuales pueden ser concebidos como la materialización presente de confrontaciones históricas:

-“El peronismo no fue solo un movimiento político que representaba a los trabajadores, el peronismo fue la respuesta argentina a un mundo dividido, que después de la Segunda Guerra Mundial se había dividido en dos ideologías: por un lado, el capitalismo más individualista y egoísta, que se pueda conocer; y por el otro, el estatismo estúpido, también, que cayó, allá en el 89’ en el Muro de Berlín. Hoy, argentinos y argentinas, esa respuesta política, social y cultural cobra más vida que nunca, cuando se derrumban los paradigmas del individualismo, de la especulación resurge, con más fuerza que nunca, nuestras ideas” (17-10-08)

-“Hoy el mundo enfrenta desafíos tan fuertes como en aquel momento” (17-10-08)

-“Muchas veces se confundió la lealtad y se pensaba que los trabajadores y el pueblo argentino habían salido, aquel 17 de octubre, a buscar a un coronel del pueblo, porque ese coronel del pueblo les había dado cosas, creían que la lealtad era un sentimiento que solamente puede expresarse a través del interés personal” (17-10-08)

Podemos apelar, en este punto, al cuerpo conceptual propuesto por Perelman (1997), autor polaco que ha desarrollado lo que se conoce como la Nueva Teoría de la Argumentación. Junto a Olbrechts-Tyteca sentaron las bases de una nueva forma de pensar a la retórica, como el arte de persuadir y convencer, en detrimento de la retórica del siglo XVI, vuelta una simple retórica de las figuras como meros ornamentos del lenguaje. A partir de aquí, plantearán la necesidad de revisar los conceptos aristotélicos, con el fin de ampliar el objeto de la retórica incluyendo todo discurso no demostrativo que alcance y encierre, también, a la dialéctica. Según el autor, las *técnicas argumentativas* se dividen en dos ejes fundamentales, a saber: la argumentación bien puede ser *por nexos*, lo que permitirá transferir a la conclusión la adhesión dada a las premisas; bien *por disociación*, donde se trabaja la dupla realidad-apariencia, rompiendo con el sentido común e implicando a un auditorio que pueda reformular las cuestiones de la *doxa*. Lo interesante aquí es no sólo comprender la estructuración de esta nueva manera de entender a la retórica, sino, principalmente, la novedad en cuanto a la consideración del auditorio como parte fundamental del *imperio retórico*.

Retomando los discursos que estamos analizando, podemos reconocer lo que el autor anteriormente mencionado denomina como *disociación de nociones*, en la cual aparecen dos definiciones para el término que motiva el encuentro: *la lealtad*. La disociación de nociones “se caracteriza desde el comienzo por la oposición entre la apariencia y la realidad. Esta puede ser aplicada a cualquier noción, desde que se hace uso de los adjetivos: aparente, ilusorio-por una parte- y real, verdadero-por otra parte” (p. 177). Se entiende, entonces, por un lado, a la lealtad en tanto seguidismo político y, por el otro, como coherencia con los intereses colectivos, como vínculo recíproco del líder al pueblo y del pueblo al líder. Propio de la necesidad de realizar una reconstrucción discursiva del pasado, prevalece en los discursos una modalidad *pedagógica* que conlleva, claro está, una relación de poder entre el enunciador, que sabe y hace saber, y los destinatarios, escuchas silenciosos de ese conocimiento.

6. Reflexiones finales

En el trabajo que presentamos aquí propusimos un recorrido teórico acerca del concepto de identidad política. Siguiendo la línea teórica con la que pretendemos trabajar en nuestra investigación doctoral, hemos presentado, básicamente, dos caminos. Por un lado, hemos trabajado con la teoría de los discursos sociales de corte veroniana; por el otro, con la teoría política del populismo de Laclau y Abov Carlés.

Tal como hemos desarrollado en el apartado referido a las identidades políticas mediatizadas, coincidimos con Verón en la afirmación de que podemos reconocer una cierta

crisis en el sistema político relativo a la construcción de los colectivos de identificación. ¿Podemos, sin embargo, afirmar que esta tarea le corresponde ahora exclusivamente a los medios? Creemos que semejante afirmación resulta de una suerte de simplificación, tanto del papel que cumplen –o que, al menos, pueden cumplir– los partidos políticos, como, así también, del papel que desarrollan los medios de comunicación. Sin embargo, por supuesto, no negamos –sino todo lo contrario– la creciente influencia de los medios en el campo de lo político. Para el autor, el fenómeno de la mediatización tiene consecuencias en todos los discursos sociales pero resulta particularmente interesante en el caso del discurso político; ya que es casi exclusivamente a través de los medios de comunicación que el enunciador político tiene llegada a sus destinatarios. Entonces, si bien podemos reconocer que las estrategias enunciativas, en el caso de los medios y en el caso del discurso político, son distintas; sin embargo, es probable que ambos estén interpelando al mismo colectivo. Consideramos, como reflexión metodológica, que la teoría desarrollada por Verón nos provee de herramientas para poder analizar ambos conjuntos discursivos: el del discurso político y el del discurso informativo. Es decir, nos permite reconocer variaciones sistemáticas que ocurren en la enunciación política y que resultan de los efectos producidos por el reconocimiento de los discursos de los enunciadores mediáticos, y viceversa.

Por otro lado, reflexionamos sobre las identidades populares siguiendo los desarrollos teóricos laclauianos. Advertimos, en este sentido, la constante tensión entre la particularidad y la universalidad que encontramos referida en la vasta bibliografía del autor. Propone Laclau superar, de un lado, el particularismo extremo y, del otro, aquellas corrientes teóricas que plantean la supremacía de lo universal como cancelación de todas las diferencias. La opción que nos plantea es la de considerar a lo universal como parte constituyente de la identidad: “lo universal emerge de lo particular, no como un principio que fundamenta y explica lo particular, sino como un horizonte incompleto que sutura mi identidad particular dislocada” (1995: 46).

Resulta complejo esbozar algún tipo de conclusión que pretenda cerrar los interrogantes planteados. Proponemos, por el contrario, que las reflexiones expuestas aquí sirvan para continuar pensando y polemizando sobre los procesos identificatorios; tanto desde el lugar de la lógica mediática como de la enunciación política.

Referencias

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario: Homo Sapiens.

Aboy Carlés, G. y Canelo, P. (2011). "Dossier: Identidades, tradiciones y élites políticas", en *Papeles de Trabajo*, Año 5, N°8, pp. 8-12.

Arfuch, L. (2005). "Problemáticas de la identidad", en Arfuch, L. (comp). *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires: Prometeo.

Cheresky, I. (2009). *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario: Homo Sapiens.

Hall, S. (2003). "¿Quién necesita 'identidad'?", en Hall, S. y du Gay, P. (comps.). *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu.

García Negroni, M.M. (1988). "La destinación del discurso político: una categoría múltiple", en *Lenguaje en contexto I* (1/2), pp. 85-111.

Giarraca, N.y Teubal, M. (2010). *Del paro agrario a las elecciones del 2009. Tramas, reflexiones y debates*, Buenos Aires: Antropofagia.

Laclau, E. (1995). "Universalismo, particularismo y el tema de la identidad", en *Revista Internacional de Filosofía Política*, N°5, pp. 38-52.

— (2009). *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Montero, A. S. (2011). "Sobre los modos de la polémica en el discurso político: aspectos enunciativos y argumentativos", Buenos Aires: inédito.

— (2012). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Palma, D. (2012). *El adversario. Periodistas y política en la era kirchnerista. La disputa contra el monopolio, la construcción del nosotros*, Buenos Aires: Biblos.

Perelman, Ch. (1997). *El imperio retórico*, Santa Fe de Bogotá: Norma.

Pizzorno, A. (1985). "La racionalidad de la opción democrática", en *Los límites de la democracia (Volumen II)*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Quiroga, H. (2012). *La república desolada. Los cambios políticos en la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires: Edhasa.

Restrepo, E. (2007) "Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio", en *Revista Jangwapana*, N°5, pp. 24-35.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa", en AA.VV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette.

— (1998). *La semiosis social*, Barcelona: Gedisa.

— (2004). *Fragmentos de un tejido*, Barcelona: Gedisa.

— (2007). *El cuerpo de las imágenes*, Bogotá: Grupo Editorial Norma.

La reedición de una gesta: kirchnerismo, locus generacional y conflicto con el campo

Tomás Lüders

UCES/CIM-UNR
tomluders@yahoo.com.ar

Resumen

En este breve ensayo sostengo que la identidad kirchnerista es un fenómeno que recién terminó de cobrar consistencia tras el conflicto generado por la Resolución 125. Habiendo sido sobredeterminado por la diégesis del relato gubernamental, el acontecimiento llevó a que se constituyera un colectivo de identificación efectivo a partir de lo que aquí defino como locus generacional. Propuesto desde el comienzo por los enunciadores Néstor y Cristina Kirchner, este dispositivo de enunciación marcado epocalmente aparecía hasta el momento adyacente a significantes ideológicamente más ambiguos. Fue a partir del “conflicto con el campo” que las ambigüedades se diluyeron, tanto en la enunciación presidencial como en sus diferentes puntos de reconocimiento.

Palabras clave

identidad kirchnerista – locus generacional – epocal – peronismo – diégesis

Abstract

In this brief essay, I propose that the kirchnerista identity is a phenomenon that only obtained consistency just after the conflict generated by the 125 Resolution. Having being overdetermined by the diegesis of the governmental story, the event enhanced the constitution of a collection of identification from what I define here as a generational locus. Although proposed from the beginning by the enunciators Néstor and Cristina Kirchner, this epochally marked enunciation dispositive would appeared up to that time next to more ideologically ambiguous signifiers. It was after the conflict with “el campo” that the ambiguities were diluted, both in the presidential enunciation and among the different instances where it was recognized

Key words

kirchnerista identity – generational locus – epochal – peronism – diegesis

Introducción

A más de tres años del fallecimiento de Néstor Kirchner, un balance interpretativo de los fenómenos político-identitarios que cobraron forma durante la última década nos ofrece un cuadro de situación definitivamente binario. Sin embargo, una recapitulación a los orígenes pondría al analista frente a una sucesión de acontecimientos que demoraron en derivar en una divisoria *estructural* tan definida como la actual.

El clima de época en el que surge el kirchnerismo era uno en el que la hegemonía cultural del consenso conservador¹ precedente. El contexto político se mostraba fértil para la implantación de liderazgos progresistas que actuaran como articuladores de una orientación ideológica de signo contrario. Había sin embargo muy poco capaz de definirse en términos positivos consistentes y coherentes². La heterogeneidad de demandas y consignas se agrupaban fundamentalmente a partir de su pasional rechazo *vis a vis* con los fracasos recientes: el carácter de los reclamos oscilaba –a veces en un mismo enunciado– entre anclarse en los viejos mitos de la izquierda marxista o nacionalista, en el nacionalismo sin más y en el populismo *anti-político*. Tal multiplicidad de diferencias marcaba un límite preciso a lo que debía excluirse y habilitaba con su imprecisión la posibilidad de construir un discurso de liderazgo con amplia libertad para manipular sentidos desde una retórica propia³.

En la perspectiva que voy a desarrollar en este texto, entiendo que tan importante como explicar la lógica de los *dispositivos discursivos orientados a producir identidad política* (ver nota al pie 3) resulta necesario analizarlos en su respectivo *contexto de producción y desa-*

1. Mal definido por numerosos analistas como *neoliberal*, hoy el término se ha vuelto sin embargo el denominador más difundido para comprender a los procesos político-económicos que hegemonizaron la década de los 90s y los primeros años de este siglo.

2. Cuando en este texto se hable de *orientaciones ideológicas* o simplemente de *ideologías*, no se estará haciendo puntual referencia a una tradición política específica. Cualquier ideario debe ser comprendido en sus condiciones de producción, que en el campo político tiene como factor determinante a aquellas significaciones con las que se polemiza. *Progresista* en el contexto estudiado, más que oponerse a un abstracto *conservadurismo político* o *liberalismo económico* –por otra parte, inexistente como tipo puro en cualquier otra sociedad– debía definirse negativa y solidariamente con el pasado reciente.

3. Es decir de transformarse en eso que Ernesto Laclau ha llamado “significante vacío” (2004, 2005 et. alt.), término a partir del que el pensador argentino supo conjugar con fortuna los lacanianos conceptos de *Significante Amo* y *Objeto a*. Aunque entendemos que el concepto se corresponde en su estructura y función con la vieja definición barthesiana de “mito” –ambos son Signos que utilizan como significante a signos pre-existentes para *sobredeterminarlos* con una significación propia– estimamos que el concepto de *Significante vacío* posee una mayor capacidad de brindar claves interpretativas para estudiar la discursividad explícitamente política. Hecha esta aclaración, debemos agregar que la definición Laclauiana es una categoría ontológica que no ha llegado a desarrollar subcategorías para la interpretación de manifestaciones discursivas específicas. Acuñaemos entonces al concepto de *dispositivo discursivo* a la hora de analizar modalidades las enunciativas y estilos retóricos concretos que dan forma a dichos Significantes Vacíos.

rollo, considerando que es la correlación entre aquello que, a falta de mejores términos, seguiremos llamando *intencional* y aquello que sucedió más allá de lo buscado por los actores en conflicto la que define a los fenómenos en cuestión.

No obstante esto, tanto los análisis académicos de circulación restringida como los mediáticos, tanto los pretendidamente neutrales como los que han tomado franco partido⁴, se han orientado en su mayoría a interpretar el devenir de los procesos político-identitarios de la época casi como el exclusivo resultado de tácticas o estrategias deliberadas de las principales figuras gubernamentales o incluso en muchos casos, desde la ramplona idea de que todo efecto dependió y depende de la seducción o rechazo *intuitivo* y *espontáneo* que ha generado el matrimonio presidencial. Así, a la hora de las conclusiones, cada cosa que viene sucediendo en el país a partir *de los Kirchner* en materia de pertenencias y rechazos políticos es interpretada por muchos analistas casi como el exclusivo resultado de las *buenas* o *malas* decisiones de una cúpula. El kirchnerismo *es* entonces el matrimonio Kirchner en primerísimo lugar, sus cuadros medios en segundo, y quienes los siguen, *haciendo masa* en el último. Quienes lo rechazan, un cúmulo que hace número desde la vereda de enfrente.

No intentamos negar desde un pretendido objetivismo semiológico la evidente astucia y audacia que han tenido tanto Néstor como Cristina Kirchner *para aprovechar lo que fue leído como una fuerte debilidad de origen, su escaso conocimiento público al momento de la elección presidencial de 2003, en oportunidad para construir con amplio margen una nueva identidad política*. Ambos han sido hábiles lectores de las condiciones que imponía el contexto de su asunción, sin embargo nadie es capaz de construir por sí solo y desde la nada un nuevo clima de época, en lo absoluto: como ya señalé, entiendo que el marco de asunción de la primera presidencia kirchnerista no solo era propicio para intentar generar legitimidad a partir de una posición enunciativa centrada en el rechazo al consenso político y cultural del pasado, sino que prácticamente imponía la necesidad de recorrer dicho andarivel retórico. Estos marcos impuestos, claro está, establecían sus límites incluso para quienes buscaban expresar demandas de otro tipo, pues cada clima de época a la vez que habilita de mayor legitimidad y efectividad a ciertas *doxas*, restaba legitimidad y efectividad de otras.

Sostendré entonces que los *condicionantes* y los *habilitantes* contextuales no explican por sí solos las características del vínculo enunciativo propuesto por los Kirchner, que estuvo lejos de ser resultado de una lectura lineal de cierta coyuntura: *posicionarse como herederos de una lucha generacional frustrada en los setentas fue una apuesta propia, y resultó*

4. En este marco, es necesario destacar que el justo cuestionamiento al concepto positivista de *objetividad* es hoy habitualmente manipulado para justificar como necesaria o inevitable la toma de partido militante en el discurso académico y el periodístico.

inesperada para la mayoría de quienes fueron interpelados positiva o negativamente como destinatarios del nuevo mensaje. En un marco adverso para los significantes *de derechas*, era de esperarse que no escandalizara o enajenara apoyos mayoritarios, pero de ninguna manera que fuera el lugar desde el que se podría convocar, progresivamente durante los primeros años, abruptamente a partir de marzo de 2008, a una nueva base de convencidos: la efectividad que tuvo la construcción de este *locus generacional* no puede leerse entonces ni como algo puramente acontecimental, ni algo determinado por un nuevo consenso mayoritario. Era necesario que del otro lado hubiera quienes, por trayectorias biográficas o por identificación con estas trayectorias, alojaran aún deseos y representaciones capaces de darle cobijo a la recuperación de un imaginario marcado epocalmente.

Si comenzáramos por intentar rastrear algún indicador relevante de pertenencia progresista de Néstor o Cristina Kirchner antes de 2003, no es mucho lo que puede encontrarse. Más conocido se volvió prontamente lo limitado del involucramiento juvenil del matrimonio con las posiciones de la izquierda peronista. No hay evidencia alguna tampoco que demuestre que Kirchner o su esposa participaron o apoyaron, siquiera lateralmente, a las agrupaciones de derechos humanos portadoras de una identidad reivindicativa de la lucha militante previa al Proceso Militar⁵, ni tampoco a su sector *procedimentalista*. Ni lo uno ni lo otro fue obstáculo para que desde allí se referenciaran apoyos y rechazos fuertes.

De la trayectoria política de los Kirchner en democracia, era limitadamente sabido antes de las elecciones nacionales –al menos para el público general– que, durante el agotamiento del ciclo menemista, el entonces gobernador santacruceño había constituido en los márgenes del justicialismo un grupo político propio de perfil difusamente socialdemócrata y *productivista*, el llamado Grupo Calafate. La conformación de ese grupo se producía además durante la crisis de legitimidad de las prácticas políticas menemistas, aunque no de sus supuestos económicos de base. Como es sabido, el momento fue capitalizado políticamente por el naciente Frepaso⁶ y no por una nueva línea interna del justicialismo.

De hecho, hasta poco después de ser ungido por el entonces presidente interino Eduardo Duhalde como su candidato para la sucesión, al menos una pluma tan importante para el lectorado progresista como la de Vertbitsky, en un medio tan importante para ese público como *Página/12*, no dejaría de insistir en caracterizar a Néstor Kirchner como un “gobernador lobista” (sic) que había jugado un rol fundamental durante “la enajenación” de la emblemática empresa nacional de hidrocarburos. El contraste entre estas valoraciones y

5. Agrupaciones que tras los indultos del menemismo terminaron cobrando mayor presencia pública en desmedro de aquellas entidades que habían focalizado su reclamo en el marco de la demanda de justicia por las acciones de la represión dictatorial.

6. No casualmente además, después de su elección y durante todo el ciclo kirchnerista, el dato circuló en la prensa bastante menos que su temprano apoyo a las reformas económicas desplegadas por el gobierno de Carlos Menem.

las valoraciones posteriores hechas por una figura que terminaría siendo un *glosador* fundamental del gobierno ayuda a visualizar cómo las convicciones políticas iluminan ciertos aspectos del objeto sobre el que proyectan su adhesión y elijen oscurecer otros.

Tan tarde como durante la campaña electoral de 2002-2003, la reedición del tibio perfil productivista desplegado hacia fines de los 90s apenas fue mezclada por el Kirchner candidato con la recordación casual de su pasado en la Juventud Peronista, pero, a juzgar por sus discursos y crónicas, el gesto no reportaba un carácter linealmente reivindicativo, sino, en un contexto tan particular como el posterior a diciembre de 2001, intentaba rescatar marcas de pertenencia progresista para alguien con un trayectoria política que, en su mayor parte, se mantuvo alejada de cualquier andarivel de ese tipo⁷.

Más allá de algunos tibios apoyos y objeciones, lo cierto es que el entonces gobernador santacruceño y candidato presidencial continuaba siendo largamente desconocido por las mayorías. Lo poco que se sabía de él no alcanza para que la opinión pública, aún su segmento más politizado, pudiera definirlo positiva o negativamente en cualquier sentido. Como ya fue apuntado, Kirchner terminó electo además en condiciones en las que *lo esperable de un dirigente que debía conducir un país escapaba del marco histórico-estructural que, en coyunturas menos caóticas, suele ordenar y poner un límite preciso a las expectativas ciudadanas*. Con pocos votos, partía de casi cero para construir su imagen presidencial, a la vez que su victoria le permitía obtener la apoyatura del deslegitimado, pero poderoso, Partidario Justicialista –a la sazón, el único aparato partidario en pie–.

En esas circunstancias, entiendo que lo que tan extensamente fue definido por dirigentes y medios de comunicación como una enorme debilidad de origen, los escasos votos obtenidos por Kirchner en la primera vuelta y la imposibilidad de cristalizar un amplio triunfo en una segunda, no constituía para éste un lastre que podía condenarlo rápidamente a la ilegitimidad. La apuesta ciudadana de 2003 se había repartido en múltiples opciones pero todas, salvo la obvia, representaban un rechazo al pasado inmediato y, como ya se dijo, no existía, no con la claridad de otras épocas al menos, un molde predefinido para el sayo de candidato-capaz-de-aportar-soluciones-ordenadas. Es cierto que, si se puede hablar en esos términos, existía el sayo del “designado” o “elegido” por el Duhalde en representación del núcleo justicialista más homogéneo, era público que Kirchner había emergido como

7. Recuerdo que fue leído con absoluto escepticismo por la mencionada pluma del progresismo: “Algunos partidarios de Kirchner evocan que fue perejil de la Juventud Peronista, como si los alineamientos de treinta años atrás pudieran decir algo significativo sobre el presente. Prefieren no recordar el rol decisivo que tuvo en la década pasada para asegurar la privatización de YPF, cuando fletó el avión de la gobernación santacruceña para asegurar que uno de sus diputados, que por un accidente tenía una pierna enyesada, llegara a tiempo a la sesión decisiva. Con las regalías atrasadas percibidas efectuó colocaciones financieras en el exterior, lo cual prueba que no se quedó en el 70” (Vertbisky, H. “María Antonieta”, en *Diario Página/12*, 12 -01- 2003. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-15214-2003-01-12.html>)

una última opción, y por ello, quizá la más débil o manipulable. Entiendo sin embargo que ni una ni otra marca de origen equivalía a una supuesta ilegitimidad o *legitimidad a prueba*, a pesar de la insistencia mediática sobre el tema. Haya sido cual haya sido la evaluación hecha por los propios Kirchner, tanto de los datos como de esta interpretación hegemónica de los mismos, fue tarea prioritaria para el nuevo gobierno⁸ la rápida construcción de un amplio apoyo público. Así fue que los primeros y vertiginosos meses de gestión estuvieron regados de golpes de audacia destinados resolver problemas políticos o económicos más o menos urgentes, infaliblemente presentados de manera épica: entre otras medidas, se destacaron la reforma de la Corte Suprema heredada del menemismo y una hábil renegociación de la deuda externa. Tomadas en un contexto de rápida recuperación económica, las sorpresivas acciones del nuevo presidente fueron adquiriendo rápida legitimidad entre una ciudadanía que se identificaba mayoritariamente con un clima de época ya transformado en un consenso *soberanista* y anti-corrupción política.

Quizá entonces, a diferencia de lo que sucedía con el resto de sus ex competidores, Kirchner pudo sintetizar mejor que nadie en el imaginario social mayoritario la gradación justa de ser *algo nuevo* (y sobre todo la fundamental cualidad de no-ser el ex presidente Carlos Menem), pero apuntalado por una estructura partidaria que, por deslegitimada, todavía lograba percibirse como necesaria⁹ (cfr. Natanson, 2004; Quiroga, 2010). Una justa gradación entre cambio y permanencia.

La construcción efectiva de una identidad política kirchnerista sostenida en la *creencia*¹⁰ fuerte de sus adherentes tardaría en adquirir consistencia más definida. Sostenida en una lógica antagonizante, de hecho, dejaría del otro lado a un importante porcentaje ciudadano que, seducido por la continuidad de las mejoras económicas y sus medidas destinadas a dejar atrás la *vieja política de los 90s*, en un comienzo había incluso manifestado su aprobación hacia el gobierno,.

Es mi hipótesis que el proceso se produjo a partir de la intransigente forma en la que desde el segundo gobierno kirchnerista se abordó un conflicto, el todavía llamado *con-*

8. Por aquél entonces, un lúcido trabajo de Cheresky (2004) definió al nuevo presidente como un líder “en campaña permanente”.

9. En este punto, y más allá de la voluntad del sujeto electo, habría que considerar que la elección hecha por los argentinos en 2003 siguió obedeciendo, a pesar del carácter de *orgánica* con el que fue descrita la crisis que eclionó en 2001, a las reglas de lo instituido más que a un Real inclasificable que está determinado por las reglas de lo fantasmático, o por aquello que Alain Badiou (1990)–retomando a Lacan con su propio léxico– ha denominado la *situación* que establece las reglas de *lo posible*.

10. Actividad cognitiva que, aclaramos ahora, se cruza con los condicionamientos inconscientes y las pasiones emergentes, es decir que se funda a partir de una relación libidinal con el objeto de la creencia.

*flicto con el campo*¹¹, y la centralidad que readquirió la enunciación de la recuperación de la gesta marcada epocalmente por los pasados setentas, ya expresada durante los comienzos del gobierno de Néstor Kirchner. Como analizaré más adelante, no estoy sosteniendo aquí, no centralmente al menos, que lo que haya importado para las figuras gubernamentales y para quienes se sintieron convocados o reconvocados por dicho llamado hayan sido consignas o reclamos puntuales, sino la posibilidad de que el hecho fuera sobredeterminado por la diégesis del relato gubernamental que identificaba las nuevas luchas –y sus contendientes– con aquellas que habían eclosionado hacia fines de los sesentas y durante la primera parte de los setenta.

Como ya se insinuó antes, este relato construido en clave de *reedición y nueva oportunidad* había sido enunciado originalmente junto a significantes expresados para interpelar a destinatarios más amplios. Pero la forma en la que el gobierno enfrentó la resistencia de los productores al aumento de las retenciones a las agro-exportaciones y cómo fueron acompañados o impugnados por la ciudadanía movilizada *unificó semánticamente la narrativa gubernamental, despojándola de sus ambigüedades*, generándose por primera vez una respuesta ciudadana radicalmente dividida.

En aquel marco, más allá de la suma de consistentes y durables apoyos que obtuvo durante el enfrentamiento, los índices de aprobación del gobierno en las encuestas –método que sólo puede cuantificar las afinidades sin distinguir el carácter específico de éstas– caerían del 70 al 25%, produciéndose en las siguientes elecciones una primera derrota oficialista. Esta sucesión de resultados deseados y no deseados demuestra que no todo lo que es construcción de identidad política, aun cuando ésta dependa de liderazgos personales fuertes, equivale al resultado estimado por las estrategias y tácticas. Pero sobre todo *evidencia la capacidad constitutiva de los antagonismos*.

Pasados ya más de 6 años de aquellos acontecimientos, la profusión de interpretaciones sobre el kirchnerismo siguen a la orden del día, y quizá es inédita la rica interdiscursividad que hay entre los discursos que estudian (más allá de su calidad) y los discursos estudiados. En este punto, vale destacar que resulta un rasgo particular de éste ciclo la forma en que ciertas categorías de análisis se vuelven, a posteriori, parte constitutiva de lo objetivado como materia de interpretación. Hoy de hecho, y como dejo constancia a lo largo de este trabajo, a veces los investigadores nos encontramos construyendo como objeto de estudio a discursos que incluso incorporan a su arsenal lexicográfico, con más o menos coherencia conceptual y fortuna política, términos con los que sintetizamos los conceptos que empleamos para estudiarlos. En algún punto, *nos encontramos bajo la impresión, no*

11. Conflicto que, es claro, terminó siendo sobredeterminado por significantes que desbordaron largamente el des-acuerdo gubernamental/corporativo tanto para uno como para otro de los dos bandos constituídos.

*del todo equivocada, de estar construyendo meta-discursos que son, en una significativa parte, meta-discursos de nuestros enunciados*¹².

Considero que un factor explicativo de esta apropiación responde a lo difuso de aquello ofrecido como ideario y programa por quienes lideraron los procesos estudiados. Como expondré, más que un obstáculo, este carácter difuso fue transformado desde el vértice gubernamental en capacidad de maniobra y plasticidad para conformar una identidad a partir de las demandas sociales del momento. Fue así entonces que la identidad surgida a partir del kirchnerismo tuvo un marcado sentido *retroactivo*, construcción que sin embargo no manifiesta nada del orden la sumisión a lo retomado de las demandas sociales, más bien todo lo contrario. La lógica con la que se fue respondiendo a las diferentes demandas no fue nunca la lógica *impuesta por las demandas*.

En este punto, es necesario dejar constancia que la referencia a esta capacidad de improvisación no debe ser entendida como una suerte de impugnación política del actual gobierno a sus inmediatos antecesores. No intento sostener que se trata de liderazgos que operaron y operan desde el vacío de ideas. Entiendo que se trata de una estrategia política que nace poco después de que hubieran implotado las condiciones hegemonizadas por discursos que habían logrado un gran consenso en torno a la creencia de que *los tiempos políticos* estaban definitivamente atrás. Mucho antes, ya se había erosionado definitivamente la credibilidad de los discursos emancipatorios o reformistas tradicionales. Citando a Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2004), quizá podamos definir a nuestra época como una en la que “la relación estrategia y táctica se ha invertido: las estrategias son, necesariamente, más de corto plazo, y la autonomía de las intervenciones tácticas se incrementa” (p.24).

Aunque no sistemática ni constatable en proyectos definidos, había y hay en la discursividad kirchnerista una renovación de contenidos, categorías y objetivos para no dar la espalda a los cambios sociales y, en parte, a las nuevas discusiones teóricas. Sin embargo esta actualización se fue haciendo bajo la impronta de aspectos identitarios ya subyacentes que ahora veían la posibilidad de reactivar su potencial político. En este marco, cuando decimos “subyacentes” no estamos hablando del resurgimiento de un *numen* dormido. Nos posicionamos lejos de cualquier esencialismo. Pero sí vemos que en las expectativas

12. Quizá la categoría que más resonancia tuvo de las retomas de CFK de las producciones de la intelectualidad que milita en su espacio –si nos remitimos a sus numerosas referencias mediáticas y a su circulación en el discurso ciudadano– sea la de *relato*, lexema caro a la tradición académica argentina que adscribe al llamado giro lingüístico. ¿Que un enunciador político hable de construir el *relato* y no la *historia* es una marca de época en la que todo es relativizado o relativizable?, ¿se trata de una huella de modestia o de subjetivismo extremo? Si hemos de remitirnos a la contundente certeza con la que se modalizan la mayoría de los enunciados de CFK, poco parece apuntar a una relativización del propio accionar político de quien habla. La identidad kirchnerista, aunque construida con inmediatez, no es una identidad que duda de sí misma. No invita al destinatario a un acuerdo parcial y transitorio, sí no que lo interpela como un convencido de eso que, no obstante, se le va explicando en forma progresiva.

depositadas en este proceso hay continuidades que surgen tanto desde actores sociales con experiencias y/o expectativas compartidas, como de la reactivación de sentidos “latentes” de la compleja y heterogénea tradición peronista.

Los enunciadores kirchneristas –Néstor y Cristina Kirchner en primerísimo lugar desde siempre y casi exclusivamente al comienzo– demostrarían que podrían *lograr enorme efectividad para articular la construcción de colectivos con un discurso legitimatorio de carácter totalizante y confrontativo*. Aunque alejada de las densidades –y cerrazones– doctrinarias de otros tiempos, la nueva identidad política recuperaría mucho de la *radicalidad pasional* de aquellas visiones.

La forma de una reedición

Hubo una cuestión que en un principio apareció en un segundo plano de la atención de la mayoría de los análisis sobre el kirchnerismo: el hecho de que los *anhelos* de una generación de intelectuales militantes que supo adscribir a lo que Carlos Altamirano (2011) llamó el *peronismo verdadero* de la izquierda nacional, terminó por encontrar en un pliegue inesperado del *peronismo empírico*¹³ las esperanzas de retomar *un proyecto frustrado*. Lo hizo después de la mayor crisis de legitimidad de los partidos tradicionales de la historia argentina, la que, no es redundante volver aclararlo aquí, pareció llegar a un punto de no retorno después de la debacle social acontecida tras la *peor apropiación posible del peronismo*.

Es cierto que antes de la integración más orgánica al gobierno de gran parte de estos intelectuales durante el llamado conflicto *del campo*, ya venía cobrando relevancia la recuperación por parte de la *intelligentzia* argentina de cierto protagonismo en las discusiones públicas, así como la movilización de expectativas y rechazos (pero sobre todo expectativas) en sectores más amplios del campo cultural. Estimamos que esto tuvo la marca una

13. Como dijo provocativamente Altamirano (2011), tras el golpe del 55 y las sucedáneas traiciones y la frustración del 73/75, “el presente nunca es el tiempo del peronismo verdadero”, cuya realidad está en la expectativa, en el horizonte, pues “el otro del peronismo verdadero es el peronismo positivo” o “empírico”. Sin embargo, como señalaba el mismo autor, las expectativas de ciertas “minorías”, cuya legitimidad y efectividad estaba, *indisociablemente* en representar a una supuesta *mayoría excluida* habría sufrido un golpe mortal después de que esa mayoría diera la espalda a las minorías fieles a la *verdad peronista* y optaran por la traición menemista. Como cita Altamirano al desencantado diputado Abdala tras las elecciones legislativas del 91: “nosotros quisimos ser la conducción del verdadero peronismo, pero en esto hay que ser sinceros: hemos perdido. En las elecciones de 1991 quedó demostrado que el Partido Justicialista como estructura es la que gobierna el país, y el peronismo que intentamos expresar es sólo un dato histórico”. Parfraseando, el golpe mortal sufrido por el peronismo verdadero fue la comprobación empírica de que esa mayoría, cuando dejaba de estar excluida del proceso electoral, le daba la espalda a su *esencia popular*.

rehabilitación pública del ejercicio del pensamiento crítico. Sin dudas el predominio de la gramáticas mediáticas y el fin de las *garantías objetivas* de antaño impusieron nuevos límites a la posibilidad de sumar solidez y densidad teórica a los distintos posicionamientos; aunque esto no necesariamente les haya restado ni eficacia persuasiva, ni presencia en la definición de nuevas polémicas. Estas producciones intelectuales, aún sometidas a la inmediatez de la militancia o los condicionantes del rating, fue dejando sus marcas, tanto en los discursos de la política institucional y militante, como en la discusión espontánea que no necesariamente es parte de la tomas de partido más orgánicas y, lo que es hoy un dato novedoso después de la aridez cultural de los 90s, en la propia discursividad de los medios. Las derivas de la palabra *hegemonía*, son a este respecto, por demás de ilustrativas: Habiendo sido puesta en agenda por el colectivo Carta Abierta en su primera aparición pública (7 de junio de 2009)¹⁴ para calificar a los efectos político-culturales de los *monopolios mediáticos*, este lexema de connotaciones gramscianas fue rápidamente apropiado con mayor o menor consistencia teórica para definir críticamente la modalidad gubernamental de ejercicio del poder¹⁵. Llamativamente, la intelectualidad kirchnerista no se ha atrevido a utilizarlo jamás para defender los objetivos políticos a los que adscribe, aunque sí ha seguido recurriendo rápida y desembozadamente a él a la hora de calificar el accionar de lo que fundacionalmente se definió como “sectores económicos, políticos e ideológicos históricamente dominantes” (Carta Abierta 1, 7 de junio de 2009)¹⁶.

Como sostuve en la primera parte de este artículo, la propuesta del kirchnerismo, antes que en un programa o un ideario definido tenía que ver con expresar/concretar medidas heterogéneas, pero semantizadas en clave *transformacional*, y sobre todo presentadas

14. En este punto vale aclarar que, más allá de algunas tímidas insinuaciones de Carta Abierta y otros sectores militantes, la generalidad con la que se definió al adversario llevó a que a la hora de los nombres fueran los Kirchner quienes terminaran definiendo qué actores puntuales entraban y salían del campo *anti-popular/anti-gobierno*.

15. Además de la cita con sentido invertido del término hegemonía, varios enunciadores opositores se dedicaron sobre todo a reutilizar otra palabra que aparece como parte complementaria de aquél: la de *antagonismo*, apropiándose, valga la redundancia, antagónicamente, en general desde la propuesta de un difuso consensualismo o institucionalismo republicano, práctica vaciada de cualquier sentido literal ya que se utiliza sólo en función de denunciar desde el inexplicado sentido de los términos las virtudes de las que carece el adversario. Con esto no afirmamos que el sentido de los conceptos se mantenga inalterado, no hace falta hacer un desarrollo teórico sobre resignificaciones y polisemias. Solo basta señalar que, en las disputas políticas, los signos suelen mantener su forma expresiva mientras que son los significados los que se mueven y remueven. Profundizando un poco más en relación al contexto abordado, quizá sea justamente esta disputa por la definición del sentido de los mismos significantes un campo importante de las luchas políticas. *También, y propio de una identidad que se construye enfrentada a otra, como es el caso de anti-kirchnerismo, en un marco de poca consistencia identitaria e ideológica previa, de monopolización de los significantes progresistas, y de crisis de legitimidad de significantes ideológicos habitualmente asociados a “la derecha”, el recurso al léxico del otro parece una de las pocas estrategias retóricas posibles.*

16. En este punto vale aclarar que, más allá de algunas tímidas insinuaciones de Carta Abierta y otros sectores militantes, la generalidad con la que se definió inicialmente al adversario llevó a que, a la hora de los nombres, hayan sido los Kirchner quienes terminaron definiendo qué actores puntuales entraban y salían del campo *anti-popular/anti-gobierno* en el marco de cada conflicto.

como opuestas *vis a vis* al llamado *modelo neoliberal*. Se articulaba así una narrativa de carácter épico, binaria, expresada como una retoma *de la lucha frustrada en los setentas y hecha si no en nombre, al menos sí identificándose como parte del colectivo ideológico y generacional que la protagonizó*. Se la retomaba de manera atenuada¹⁷, gradando el alcance de los objetivos y descartando la impugnación verbal y armada a lo que todavía se sigue definiendo como *el poder*. Porque a diferencia de lo que sucedía antes con la pasada militancia, si la diégesis gubernamental comenzó siendo *estratégicamente* imprecisa a la hora de definir los adversarios actuales, esta imprecisión estratégica nunca obliteró *la definición de la nueva identidad en términos de contra-poder*: no importaba que ahora se tuviera el control del estado, ni que ahora el capitalismo no fuera impugnado *per se*, *el verdadero poder seguía estando en un espacio que no era el del estado* y la política. A la vez, no rechazaba alojar en sus enunciados respuestas a demandas de carácter ideológico diverso, y hasta contradictorio. Al mismo tiempo, a pesar del *locus generacional* desde la que era enunciada, emergía en un marco en el que la mayor parte de los argentinos o tenía simpatías o era más tolerante a ser interpelada desde significantes ligados a las distintas tradiciones de izquierda. Sin embargo, decía también, que la lógica en la que el kirchnerismo se basaba para construir su identidad *no adquiría desde el principio la definitiva forma binaria que terminó por cobrar en 2008*. Sería necesario, decía, que un conflicto puntual con un importante sector de la economía, la *totalidad* de los productores agropecuarios argentinos, escalara de proporciones y trascendiera su inicial carácter de disputa rentística. Serían necesario sobretodo que esta disputa fuera leída por un conjunto de destinatarios como una manifestación de la *“contradicción principal”* (Novaro, 2007) que seguía y sigue dividiendo a la sociedad entre oprimidos-poseedores y opresores-desposeídos.

17. Volviendo sobre el punto, más allá de la conformación efectiva de dicha articulación identitaria, sucedió que tanto la velocidad de los acontecimientos como otras condiciones que venimos definiendo no dieron tiempo a formular doctrinas. Del lado de la *intelligentia*, también como marca de época, aparecía la falta de garantías objetivas producto del fin de los fundamentos incuestionables de otros tiempos, aunque de ninguna manera se constatará una falta de pasión, ni, como ya dijimos, de referencias a una tradición militante. Este *retorno de lo político* (en el sentido fuerte del término) aunque contó y cuenta con aportes de la militancia intelectual, no dependió ni depende de argumentos sostenidos en la densidad de las teorías; su eficacia simbólica, al decir de Ernesto Laclau (2005b), pasa por simplificar las cuestiones para *conjugar las operaciones significantes con las pasiones*. Despojados de teleologismos y *clases fundamentales* igual reemerge confrontativa y pasional, tal vez prorrogando para el futuro tanto las formalidades doctrinarias más finas como aquello ligado a la política como gestión o administración o, en otras palabras, haciendo de la discusión sobre *modelos distintos de país* el proyecto político más importante. Lo hace, no casualmente, luego de una crisis de legitimidad de aquellas posturas que, negando hablar ideológicamente, afirmaban, por otro lado muy políticamente, que la política debía reducirse a la administración eficiente de las cosas. Como sostuvo el núcleo más orgánico de estos intelectuales: *“La inquietud es compartida por franjas heterogéneas de la sociedad que más allá de acuerdos y desacuerdos con las decisiones del gobierno consideran que, en los últimos años, se volvieron a abrir los canales de lo político. No ya entendido desde las lógicas de la pura gestión y de saberes tecnocráticos al servicio del mercado, sino como escenario del debate de ideas y de la confrontación entre modelos distintos de país”* (Carta Abierta, 15-05-08).

Un poco antes....

No me detendré en este lugar a repasar las características de la ya abundantemente tratada victoria presidencial de 2003. Como ya fue discutido en el apartado anterior, si bien en su historia reciente Néstor Kirchner se había despegado oportunamente de la figura de Carlos Menem durante el comienzo del fin de la hegemonía de aquél, su victoria de la mano de Eduardo Duhalde no hacía prever el definido y casi incondicional apoyo que le terminaría brindando la enorme mayoría de la intelectualidad que supo militar hacía largo tiempo en el ala izquierda del peronismo (ya he recordado antes incluso cómo Néstor Kirchner supo ser duramente criticado por la pluma periodística más leída por el público progresista hasta poco antes de su victoria de 2003). Mucho menos previsible resultaba el surgimiento de importantes agrupaciones militantes juveniles incondicionalmente aliadas. Como ya he señalado también, aunque el contexto era más que favorable para que se cristalizara cierto consenso en clave progresista, no era esperable un discurso de asunción en el que el nuevo mandatario expresara con claridad su pertenencia ideológico-generacional e hiciera de ella su principal base enunciativa (nota aclaratoria: la discusión pública sobre la autenticidad o profundidad de dicha pertenencia sería posterior a las primeras expectativas, apoyos y rechazos suscitados).

Para ponerlo en términos más precisos, de lo que hablamos es de un dispositivo discursivo transformacional y antagonizante articulado a partir de un *locus marcado epocalmente por expectativas, luchas, y derrotas pasadas*. Entendemos que se trata de un dispositivo que rescata estratégicamente significaciones y deseos que, glosando a Raymond Williams (2009), se encontraban en estado *residual*, sostenido en cierto imaginario colectivo a partir de prácticas subalternas concretas. Debe decirse que esto no excluye que hubieran alcanzado cierta hegemonía cultural en otros momentos históricos (tal como entendemos sucedió entre 1968-1974). Como ya expresé antes, no estoy hablando entonces del resurgimiento de un *numen* dormido en las conciencias de ciertos individuos. Más que de expectativas albergadas por sujetos con experiencias compartidas, los significados residuales se articulan en lo que el propio Williams (1973) llama *structure of feelings*: modos de sentir y representar la realidad que se manifiestan discursivamente en elecciones temáticas expresadas bajo ciertos estilos retóricos y ciertas elecciones lexicales. Sin dudas son recurrentes en sujetos con trayectorias biográficas específicas, pero, a pesar de su carácter residual, son capaces de interpelar a públicos más o menos amplios. *El objetivo de los enunciadores kirchneristas era montar desde allí un locus capaz de proponer un retorno de la historia en clave reivindicativa, unificando 30 años de historia pasada como un único período de hegemonía neoliberal consolidada tras la tortura, asesinato y desaparición de parte significativa de una generación que intentó combatirla desde un proyecto que surgió para resistirla*. El naciente kirchnerismo posicionó así a sus dos principales dirigentes como representantes de esa *generación diezmada* (Néstor Kirchner, 25-05-2013), cuya recaptura del poder no era definida como una mera revancha, sino una vuelta, sin dudas atenuada en términos de

medidas político-económicas¹⁸ y mandatos doctrinales, a un proyecto de carácter popular¹⁹ y contra-hegemónico.

Entiendo que el proyecto terminó siendo leído por quienes se dejarían interpelar como *colectivo de identificación* del kirchnerismo a modo de una reedición de un viejo proyecto, pero sin la tutela del *espinoso enunciador primero* del movimiento llamado Juan Perón (Sigal y Verón, 1986). Kirchner *lograba exorcizar cualquier temor que repitiera un nuevo rechazo desde arriba*. Es cierto que una recuperación de las referencias al viejo líder fue simultánea al proceso de antagonización, pero obedeció a necesidades tácticas destinadas al público interno más reacio a dejarse interpelar por los significantes generacionales.

No obstante, debe aclararse aquí que, *recuperar esta estructura de sentimientos no implica volver o actualizar una doctrina y propuesta programática*. En los enunciados del Kirchner presidente había promesas maximalistas, pero no programas montados sobre un ideario de contorno definido. No volverían tampoco viejos y vagos contenidos totalizantes como el llamado a la lucha por el *socialismo nacional*. *Alcanzaría con reeditar viejas estructuras argumentativas, centralmente aquellos topoi que justifican cada medida de gobierno en la vindicación de una mayoría históricamente postergada contra los intereses de una imprecisamente definida minoría de históricos privilegios*.

Sin embargo, y como ya se dijo, el carácter faccioso en el que el kirchnerismo se basó para construir su identidad de manera *oposicional* no adquiría su definitiva y cerrada forma netamente binaria desde un comienzo. Entendemos que hasta 2008 se produjo entre la mayoría de quienes luego integrarían la base más cerrada del kirchnerismo una *confianza a prueba*; eran necesarias ciertas *evidencias concretas* antes de lo que terminaría siendo una definitiva adhesión orgánica y sin condicionantes.

Antes del conflicto contra las *patronales del campo* –tal como definió reduccionistamente el gobierno y su militancia a quienes lideraban el campo adversario– y como ya se sostuvo

18. Aunque no en el carácter pasional con el que se realizaban las acciones de gobierno.

19. No es que busquemos aquí una definición *real* de lo popular opuesta a una *imaginaria*. La comprensión de la dimensión simbólica de los procesos sociales y la movilidad de las identificaciones han contribuido a desmitificar la asociación de pueblo políticamente movilizado a alguna clase o cierto sector definible previamente en términos *materiales* (y que luego toma *conciencia* de su potencial político, pero siempre bajo la determinación esencial de su posición objetiva). Aunque lo popular como signifiante identitario es utilizado siempre como una forma de unificar a los *desfavorecidos*, la *mayoría legítima* opuesta a los *privilegiados* (Laclau, 2005b), no siempre es tan claro para los sujetos interpelados el saber de qué lado de las dicotomías les tocará estar –y en esto sí creemos que es necesario ir a los actores para buscar respuestas–. Por otra parte, el hecho de que muchos de los principales intelectuales kirchneristas inscriban sus teorías dentro del llamado giro lingüístico a veces contribuye, en un mismo movimiento, tanto a relativizar la importancia de definir quienes integran al pueblo desfavorecido –se trata de una identidad que se construye en la misma praxis simbólico-material, podríamos parafrasear– como, especialmente durante las polémicas, a apelar a la objetividad de la representación ejercida.

también brevemente en el apartado anterior, si bien el nuevo articulado político definía desde el principio enemigos irreconciliables (los ex militares ligados a la última dictadura, los nunca personalizados políticos *cómplices de las reformas de los 90s* y los organismos multilaterales de crédito encabezados por el FMI) aún se mostraba abierto a demandas heterogéneas, a veces ideológicamente contradictorias entre sí, y esto a pesar de la ya mencionada articulación inaugural de este *locus generacional* marcadamente ideologizado. Entiendo que solo un anclaje de los obstáculos en el pasado en un marco de recuperación económica y colapso del orden anterior permitía *equivalenciar* (Laclau, 2005a, 2005b) reclamos tan disímiles como aquellos que se expresaban partir de una anti-politicidad conservadora y un liberalismo económico elemental, y aquellas anhelaban una revitalización de la política y su predominio sobre *el mercado*.

Entiendo que hasta aquél punto, ni la *campana permanente* de los Kirchner (Cheresky, 2004) *había constituido aún un colectivo de identificación propio, ni había sujetos políticamente relevantes dispuestos a sentirse abiertamente aludidos con una destinación negativa* que además de señalar hacia el pasado, omitía definir responsabilidades en conflictos todavía abiertos. Tal conjunción de factores, lejos de complicar, era la que habilitaba la capacidad del kirchnerismo de construir legitimidad entre una base ciudadana amplia y múltiple.

Así planteadas las cuestiones, la convocatoria kirchnerista seguía siendo aceptada por quienes, aunque *aprobaban* la gestión de gobierno, sostenían su *creencia en suspenso* (Verón, 1987)²⁰. Después de comienzos de 2008, un porcentaje amplio de ellos renegaría del gobierno y otro adheriría a él ya sin objeciones.

La vuelta de la ilusión

Más allá de que lo que este trabajo intenta explicar no es la vinculación de un sector de la intelectualidad politizada con un gobierno particular, no podemos dejar de lado la importancia que tuvo para la legitimidad política y la consistencia identitaria del kirchnerismo

20. Decía Verón en "La Palabra Adversativa" (1987): el análisis del discurso político en un "contexto democrático revela la presencia de un tercer tipo de destinatario", es el *para-destinatario*, aquél que se muestra *fuera de juego*, quienes en los "proceso electorales son identificados habitualmente como los 'indecisos'" y a quienes va dirigido "todo lo que en el discurso político es del orden de la persuasión" (p. 17). No estoy afirmando en este punto que los enunciadores Néstor y Cristina Kirchner hayan establecido una deliberada separación entre destinatario convencido y para-destinatario. Aunque es posible que haya sido así, lo que es demostrable es que la discursividad kirchnerista era capaz de interpelar positivamente a un amplio espectro de posiciones subjetivas. Desde esta perspectiva, la importancia que adquirió el impulso de las causas contra los criminales de la última dictadura militar (quizá, al menos en principio, una extrañeza poco llamativa para quienes continuarían actuando como *para-destinatarios*).

la participación de parte de ese sector intelectual que ya localizamos de manera bastante general. Sin duda que la presencia en el escenario oficial de los organismos de DD.HH más importantes y politizados jugó un rol tanto o más importante en la construcción del nuevo colectivo. Entiendo sin embargo que Madres y Abuelas de Plaza de Mayo desplegaron en el relato gubernamental un *rol actancial* distinto del *nosotros* desde el que se enunciaba una nueva posición que no dudaré en llamar heroica: el del *destintador* (Greimas y Courtés, 1982)

Lo que puntualmente me interesa explicar aquí es la constitución identitaria de quienes, además de destinatarios de un mensaje, se sintieron parte de ese *nosotros* convocado a protagonizar las acciones transformacionales, aquellos ya tempranamente convocados como *los hijos de las Madres y Abuelas*. Aunque la aceptación a la convocatoria de ciertos actores concretos resultaba necesaria para darle legitimidad al dispositivo, la misma no era razón suficiente para su constitución.

Así planteadas las cuestiones, empecemos por repasar la trayectoria política de quienes, por razones biográficas, fueron efectivamente parte de la militancia peronista de izquierda durante el lustro nuevamente referenciado. Habiendo tenido expectativas desde fuera o participación militante durante la restauración democrática, no resulta erróneo definir lo acontecido como una gran frustración. Tras la dura e inédita derrota del peronismo en las elecciones del 83 y la veloz reconfiguración del mapa político impuesta durante los comienzos del ciclo alfonsinista, un sector importante de la izquierda peronista –particularmente sus sectores intelectuales– volvería a embarcarse a mediados de esa década en otro proyecto que terminaría fracasando: la renovación justicialista en clave social-democrática.

Fracasada ésta, llegaría el durísimo golpe del menemismo, tras el que gran parte de ese grupo generacional y otros militantes más jóvenes, resignaría toda esperanza de reencauzar al Partido por andariveles de lo que entonces, abandonado ya el entonces anacrónico término *popular*, se definía como *progresismo*. Como sostenía en el 91 un histórico dirigente peronista, el “peronismo verdadero es un dato histórico” y sólo quedaba lo que desde la resignación denominaba como *peronismo empírico*. Con ese diagnóstico, muchos pasarían a integrar o apoyar la construcción de una fuerza de centroizquierda hecha desde afuera, el Frente Grande y desde allí se sumarían a la construcción del menos homogéneo Frepaso. No es necesario volver a recordar aquí el calamitoso fin al que arribó ese proyecto tras la conformación de una Alianza que terminó encabezada por los sectores más conservadores de la UCR.

Decía antes que, más allá de lo esperable que era a comienzos de 2003 algún tipo de cambio en clave progresista, nada hacía prever el surgimiento de una nueva propuesta que rompiera el trayecto pluralista y declaradamente institucionalista que insistía en recorrer el progresismo local, para reeditar los *residuales* significantes nacionales y populares. An-



tes de su asunción, esta figura que se presentaba como surgida en los márgenes del vértice justicialista era más bien una incógnita, un misterio acrecentado por un contexto en el que, como ya se dijo, se habían desestructurado los marcos que regulan las expectativas sociales. Lo poco que circulaba sobre él y su esposa entre la principal pluma de la prensa progresista, ya fue dicho, tenía un carácter claramente negativo.

Pero desde un liderazgo audaz, Kirchner no sólo fue regenerando la creencia en que el Estado podía ser el asignador de la riqueza social en desmedro del mercado, sino que se fue cristalizando además como una nueva e inesperada oportunidad de encauzar al peronismo *desde adentro*, orientándolo hacia donde esa porción de la intelectualidad de la vieja izquierda peronista no hubiera esperado nunca que se podía volver. Como ya vengo adelantando, no se trató de retornar anacrónicamente el proyecto despreciado en el '73 por Juan Perón, sino que se trataba más bien de retomar expectativas y sentires en clave posibilista²¹.

Antes sin embargo, Néstor Kirchner acompañaría su invitación generacional con una propuesta *transversal* progresista de carácter más amplio, o incluso ideológicamente difuso. Entiendo que ambos movimientos, destinados a diferentes públicos, fueron acompañados de un corrimiento de los clásicos emblemas de la tradición peronista. En el segundo caso, se trataba de mitigar cualquier posible signo de cerrazón al interior del aparato justicialista –recordemos que incluso Kirchner había impuesto al todavía desestructurado partido su propio Frente–. En el primer caso, aún resulta difícil saber cuán deliberada fue la eliminación de la simbología peronista y de la obligada cita a Perón. Poco pareció preocuparle a quienes se sintieron invitados desde sus marcas más principistas y menos pragmáticas. Por el contrario, como expondré enseguida, *mucho ayudaría esta ruptura simbólica a reforzar la sensación de que el nuevo proyecto era esta vez 'propio' y no una invitación hecha desde afuera* (o más bien, desde figuras del propio partido orgánicamente integradas a un Partido que ya hacía demasiado tiempo no se entendía muy bien qué representaba).

Así y todo, tanto la amplitud de aquella convocatoria posterior al discurso de asunción, como la también posterior inclusión de respuestas a demandas ideológicamente extrañas, más el carácter hermético con el que se tomaban las decisiones de gobierno (sin que, como ya se recordó, mediara una plataforma o propuesta definida), llevó a que tanto gran parte de la vieja militancia esperanzada como de la ciudadanía identificada con significantes populistas más radicalizados demorara en identificarse de manera plena²².

21. Atenuación que se produjo, entiendo, no tanto o no totalmente mediante la renuncia a ciertas metas, sino más que nada mediante la complejidad que implicaba la adscripción al posestructuralismo posmarxista de lo más prestigioso de esta intelectualidad, marco conceptual que bien puede presentarse más radicalizado –así lo hizo por ejemplo tras la crisis de 2001-2002– o más ambiguamente posibilista: todo puede llegar a caber cuando se maneja un léxico deliberadamente abstruso y un estilo retórico regado de circunloquios y litotes.

22. Hay que aclarar que otro sector de la *intelligentzia*, que incluso había aceptado cargos en el gobierno, terminó alejándose ante la radicalización de los antagonismos.

En paralelo además, a pesar de la conformación del Frente para la Victoria (FVP), el nuevo articulado político no había finalmente renegado de alianzas con sectores dirigenciales justicialistas demasiado cuestionables. Tan tarde como durante el comienzo del gobierno de Cristina Fernández, sus líderes relegaban la construcción de la entonces llamada Coalición Plural (que había sido mayoritariamente una sumatoria de fidelidades ofrecidas por gobernadores e intendentes ante la necesidad de no ser excluidos del amplio reparto discrecional del presupuesto nacional) e integraba el FPV a una estructura partidaria justicialista de la que se había mostrado relativamente independiente. El hecho sería además oficializado con la asunción en mayo de 2008 del propio Kirchner como presidente del hasta entonces despreciado Partido. Sin embargo, y como se constataría tiempo después, la decisión gubernamental de rechazar de plano los reclamos agrarios y de antagonizar de manera decidida contra todo el sector en protesta, llevaron a que los más fecundos aportes intelectuales hechos al kirchnerismo tuvieran lugar y –fueran más escuchados arriba– poco después de esta integración. Simultáneamente, y con este aporte, el kirchnerismo terminaría por adquirir su perfil identitario más definido.

Entiendo que fue recién *entonces cuando esta invitación generacional terminó de integrarse a un dispositivo de enunciación ahora sí eficaz a la hora de articular un colectivo de identidad desde el que interpelar a una base decididamente convencida*. Esto se evidenciaría en el relegamiento de voceros gubernamentales que manifestaban su integración a la estructura claramente vertical del kirchnerismo a través de la permanente paráfrasis ante la prensa de lo expresado unilateralmente por Néstor y Cristina Kirchner. Ministros obedientes, pero con trayectorias políticas ajenas a la izquierda peronista, serían desplazados por nuevos enunciadores militantes que, sin contradecir nada de lo expresado por el binomio matrimonial, estaban dispuestos *a glosarlo desde argumentos de mayor densidad ideológica*. Se produciría así un *círculo hermenéutico* de difusión pública en el que lo expresado en términos de acción por Néstor y Cristina Kirchner era fundamentado por la militancia, para de nuevo ser re-formulado discursivamente por los únicos líderes del articulado oficial; neologismos y también lexemas largamente asociados a la izquierda aparecían en el discurso oficial para reforzar su consistencia ideológica: *destituyente, hegemonía*, y la propia recurrencia a calificar todo lo propio como *nacional y popular*, y por extensión lo del campo opuesto como *anti-popular y anti-nacional*.

A pesar de su particular y rápida circularidad, en algún punto el fenómeno no dejaba de asemejarse al lejano intento de *encauzar al peronismo desde adentro*²³: si tras el golpe del 55 un conjunto de intelectuales se irían encargando de redelinear doctrinariamente a aquel movimiento ideológicamente confuso desde un revisionismo que cruzaba marxismo con componentes anticolonialistas y llanamente nacionalistas (interpretación a la que

23. Una lógica similar encuentra Altamirano (2011) en relación a la nueva identidad que dio al primer peronismo a las interpretaciones hechas a posteriori por los primeros autores de la llamada *izquierda nacional*

habría de adscribir prontamente una mayoritaria porción de la juventud militante), adquiriendo luego éstas mayor relevancia dentro del discurso del mismo Perón, el kirchnerismo también *fue adquiriendo una mayor consistencia identitaria en forma retroactiva*. Lo haría, es claro, de una manera mucho más expeditiva, llegando al mínimo posible el tiempo entre circulación de nuevos discursos y su reconocimiento en nuevos enunciados. Existiría además la obvia diferencia de que la nueva construcción²⁴ se fue gestando con el partido creado por Perón en el gobierno, y con sus dos líderes dejando una progresiva constancia de la influencia de lo teorizado –claro que las características de las huellas de esas lecturas no fueron las mismas en Néstor Kirchner que en Cristina Fernández–. Se contaba además, entre las condiciones de producción, con los elementos “alternativos residuales” (Williams, 1973) de esa identificación frustrada. Lo que resultó mucho más importante: a diferencia de lo que terminó por suceder con el tercer gobierno de Perón, el proceso no se vería afectado por un decisionismo que también caracteriza a las presidencias kirchneristas.

La nueva lucha frente a lo que fueron definidos como los adversarios de siempre²⁵ era leída como la posibilidad de construir el pos-peronismo *desde adentro*, de restablecer su carácter popular para que siguiera representando a una mayoría desfavorecida, pero esquivando la necesidad de discutir la herencia del viejo líder. Para esta construcción parecía más importante la asociación del kirchnerismo con eso que ya llamamos, siguiendo a Williams (1973), *structure of feelings* generacional, que otras sutilezas ideológicas o programáticas. Faltaba sin embargo un hecho, una *prueba empírica* para que este *cluster* de significaciones (Palti, 2007) articulado desde el *kirchnerismo* terminara cobrar *efectividad interpersonal*. Pero faltaba, sobre todo, que el nuevo obstáculo pudiera ser percibido como una amenaza desestabilizante. Esta militancia necesitaba de un hecho que permitiera desplegar un juego de ‘todo o nada’ que permaneciera demasiado implícito e hibridado con guiños ‘institucionalistas’ que lo diluían. Debía manifestarse un límite preciso frente a ‘un poder hegemónico’ que, muy significativamente, proviniera del ‘campo económico’ –a la sazón, el lugar donde esta *structure of feelings* sigue definiendo como el sector de la geografía social donde el poder anti-popular construye su hegemonía–. Es por eso que la modalidad confrontativa elegida por el matrimonio presidencial frente a la protesta agraria fue la que terminó de hacer creíbles los argumentos que sostenían que quienes se resistían a la medida fiscal –y quienes los apoyaban– representaban de alguna manera al bando triunfador de antaño, dada su pertenencia

24. Es cierto que, al igual que sucedió con los autores de la izquierda nacional y el pensamiento nacional y popular, *las explicaciones también se fusionan con militancia*, es decir que al sumar la definición del *esto es* con *esto es lo que debe ser*, se articulan las explicaciones ontológicas con lo deontológico. En este punto, es necesario destacar una particular evidencia explícita de la politicidad en la escritura social latinoamericana: aunque Palti (2007) realice esta precisión sólo sobre *la escritura de la historia* podemos ampliar su juicio a lo que sucede con la producción del resto de las disciplinas: “que ha (n) sido concebidas más que como una actividad universitaria, como un acto político en el sentido etimológico de la palabra: el ciudadano defendiendo su polis, narrando la epopeya de los héroes que la fundaron” (p.21).

25. Definición no solo en términos posicionales simples, sino incluso recuperando contenidos de lejano anclaje histórico que emparentaban al sector agrario -a todo él- con la vieja *oligarquía*.

a lo que se decía, era la misma minoría privilegiada de siempre. Se vivía entonces un agudo momento de debilidad de lo que ahora se definía como una lucha popular, pero para quienes decidieron plegarse a la postura del gobierno, se terminó por vislumbrar mucho más claramente a partir de ese punto que el kirchnerismo era definitivamente una nueva oportunidad de luchar y, ahora sí, vencer²⁶.

Fue así que esta deliberada radicalidad con la que el matrimonio presidencial respondió a la protesta del sector agrario frente a una medida fiscal tomada de manera unilateral por el Ejecutivo, provocó de manera inmediata la conformación del Espacio Carta Abierta. Su emergencia representó la evidencia más patente de esta veloz integración al kirchnerismo, ahora definitivamente orgánica, de una parte altamente representativa de la mencionada generación militante y, en simultáneo con ella –y en muchos casos por ella–, de una enorme proporción de ciudadanos dispuestos a identificarse con este colectivo definido de manera oposicional al calor de la disputa.

Un factor que no puede obviarse en su lectura del hecho como *prueba empírica* de pertenencia fue el hecho de que numerosos actores sociales pasaron a sentirse directamente aludidos por la destinación negativa, les estuviera directamente dirigida o no. El hecho de que esta vez el nuevo proyecto tuviera objetivos más moderados que los del frustrado tres décadas antes por la propia negativa del líder a actuar como *mediador* en la transición hacia la patria socialista, no implicaba, decíamos, una dulcificación en la formas de definir al adversario. El kirchnerismo cobró así, quizá de manera definitiva, un carácter identitario definido por sus efectos de frontera, ligados a antagonizaciones del presente, pero asociadas por el propio articulado oficialista con una lucha de larga data, no otra que la que tuvo, se sostenía, a los ahora nuevamente combatiendo, entre los derrotados de los setentas.

26. Nueva oportunidad a la que, claro quedó, se sumaron otros militantes sociales (cfr. Svampa, 2008), la mayoría de ellos demasiado jóvenes como para ser parte de esa generación (la edad y las vivencias concretas no son determinantes a la hora de definir la pertenencia a estas significaciones tan marcadas epocalmente) y toda una porción de la población difícil de cuantificar.

Referencia

Altamirano, C. (2011). *Peronismo y Cultura de Izquierda*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Badiou, A. (1990). *¿Se puede pensar la política?*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Cheresky, I. (2004). "Argentina. Cambio de rumbo y recomposición política. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno", en *Revista Nueva Sociedad*, nº 193, Septiembre-Octubre de 2004.

Greimas, A. J. y Courtés, J. (1982). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2005a). "Populismo: ¿qué hay en el nombre?", en Arfuch, L. (comp.) (2005). *Pensar este tiempo: Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires: Paidós.

— (2005b). *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Natanson, J. (2004). *El presidente inesperado*, Rosario: Homo Sapiens.

Novaro, M. (2007). "Las izquierdas y los populismos latinoamericanos: ¿qué hay de nuevo: Mimeo. Diciembre 2007

Palti, E. (2007). *El tiempo de la política*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Quiroga, H. (2010). *La república desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires: Edhasa.

Sigal, S. y Verón, E. (1986). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires: Legasa.

Svampa, M. (2008). *Cambio de Época*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa" en AA:VV. *El Discurso Político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires: Hachette.

Williams, R. (2009). *Marxismo y Literatura*, Las Cuarenta: Buenos Aires.

— (1973). *The country and the city*, Nueva York: Oxford University Press.

Para una futura retrospectiva del momento mediático kirchnerista

Gastón Cingolani

IUNA-UNLP

gastoncingolani@gmail.com

En la historia moderna, las etapas gubernamentales quedan signadas no sólo por sus ejercicios políticos, sus logros y desventuras sociales, sus lineamientos económicos, los surcos culturales que trazan, sino también por los modos de mediatización vigentes. Para el caso particular de Argentina, nadie negaría la importancia de los periódicos en los procesos políticos que van desde la segunda mitad de siglo XIX hasta bien entrado el XX, como marco de estructuración de las relaciones entre gobiernos y sectores influyentes, acompañando una partidización progresiva y vital.

Los prolegómenos a la consolidación del ingreso de los sectores populares a la vida política activa no sólo dependieron de una transformación del carácter de las organizaciones específicamente políticas: también fueron centrales las nuevas interpelaciones de la prensa diaria (Rivera, 1980; Saítta, 1998), como el crecimiento del alcance del contacto con los líderes a través de los medios como la radio y el cine. Es innegable en ese proceso la articulación mediática del contacto entre la población y Perón, y su voz, y su cuerpo. (Traversa, 2012)

Entre los '50 y los '70, los vaivenes y retortijones entre democracias, dictaduras, proscripción, revulsiones, clandestinidades, nos llevan otra vez a la gráfica –con el eco de fondo, por cierto, de alguna radio transmitiendo desde el extranjero–: el acento no estuvo precisamente en el contacto franco, sino en el rumor, en la intriga, pulsando la tensión entre la calle y una prensa *semanal* aguda, profusa, y vinculante. En ese clima, y multiplicados como nunca antes, se desarrollaron los movimientos políticos, cuyas fuerzas estuvieron sustentadas por revistas y medios de lectura compleja y densas entrelíneas.

Más acá en el tiempo, el protagonismo de la televisión es hartamente obvio, sobre todo en las tres últimas décadas del siglo que recién termina. No es ocioso distinguir tres grandes facetas televisivas en la construcción de la instancia gubernamental en relación con una ciudadanía interpelada y, a veces, protagonista.

Al menos desde el conflicto de Malvinas y hasta la renuncia de De la Rúa en 2001 inclusive, se mantuvo en auge la televisión caracterizada por la metáfora de *ventana al mundo*. Hija de un cine que prodigó panorámicas de masas al aire libre, aportó a ello sus transmisiones bajo el régimen del directo, reconfigurando la vivacidad de los grandes actos colectivos y masivos (Mestman y Varela, coords., 2013). Así, por un lado, cierres de campañas electorales, grandes manifestaciones de apoyo o multitudinarias protestas en Plaza de Mayo, frente al Congreso en Buenos Aires y en otros puntos del país, operaron las concentraciones; por el otro, festejos diversos, cacerolazos urbanos y piquetes en las rutas, articularon la esparsión (Fernández y Cingolani, 2010). Como contracara o complemento de esa misma operatoria, se erigió y sostuvo la cadena nacional: Presidentes y Ministros de economía se dirigieron a la población, mirándola de frente, y construyendo un espacio y una estrategia enunciativa extraordinaria y singular (Cingolani, 2009).

Paralelamente, desde el gobierno de Alfonsín inclusive, se ha ido constituyendo una televisión que implantó los estudios como escenario del debate, de la discusión y la opinión, organizada desde la palabra, pero con cuerpos que transformaron definitivamente las condiciones discursivas de lo político (Verón, 1985; 1987; 1989; 1994). Esa modalidad se fortaleció en los '90, periodo en el cual, en los canales porteños, llegó a haber una continuidad de programas de debate político de domingos a viernes, y hasta 6 programas en la misma noche.

En esa etapa, durante los mandatos de Menem, y el de De la Rúa inclusive, la televisión además incorporó a la agenda mediática una proliferación de instancias de visualización de la institucionalidad político-estatal que hasta entonces no tenía precedentes: los programas o secciones de investigación nos habituaron al uso de *cámaras ocultas* que registraban conversaciones en despachos, oficinas, cafés o pasillos internos a los establecimientos estatales, para revelar negociados. Crecieron los usos de lo audiovisual como archivo y revisión del fallido, del exabrupto, de la contradicción. Además, los canales de noticias implementaron las transmisiones en vivo de las sesiones del Congreso, así como juicios orales y públicos.¹

Tres facetas de la construcción televisiva de la relación entre gobierno y ciudadanía: la multitud agitada, el debate en estudio, la cámara que capta lo no público o lo no visible

1. Es inexorable la referencia al impacto de la televisación del juicio oral y público, y de los televidentes en el caso María Soledad Morales; sobre ello, remitimos a los trabajos de Carlón (2004).

de la cosa pública. Tres regímenes discursivos del medio televisivo tradicional, que no corresponden necesariamente a eras de la televisión, aunque sí hubo dosis dispares en cada etapa gubernamental.

Es difícil desentrañar qué ha generado qué. Preferimos la visión sistémica, co-determinante: está claro que, tal como funcionan las democracias modernas, los gobiernos estuvieron notoriamente en sistema con una circulación mediática específica. En todos los casos, la voluntad acumulativa del sistema mediático propicia un efecto de reinversión y retroalimentación general de lo sucedido tanto en la prensa gráfica (diaria y semanal) como en la radio y la televisión, aún con matices discursivos y de control diferentes. En algunos casos, los gobiernos han invertido dinero y energía política en fomentar, sostener y/o controlar el sistema de mediatización; en otros, simplemente heredaron una organización con la que tuvieron que negociar los tantos.

Entonces, ¿cómo se recordará a la relación mediática Gobierno-ciudadanía de la década kirchnerista? ¿Como la de un gobierno que ha sojuzgado a la ciudadanía a través de sus mensajes, que ha obrado a favor de una pluralidad, que asignó a los medios el rol de un actor político contrario a la ciudadanía, que ha defendido como valor y también con creces la independencia y la libertad de expresión? ¿Como la de una ciudadanía que se ha expresado con independencia de los lineamientos oficiales y/o mediáticos? ¿Como la de una etapa en que se revalorizó la palabra política o la polémica, donde la polarización es sinónimo de división o antónimo de tibieza?

Aún no estamos en condiciones de saber las respuestas, para las que hace falta, seguramente, cierta perspectiva histórica. Pero sobre todo, no defendería la pertinencia de estas preguntas: claramente, están también demasiado condicionadas por las discusiones contemporáneas. Ni siquiera es novedoso el enfrentamiento entre gobierno y medios para tomarlo como síntoma de época.

Por lo pronto, convendría indagar esta relación sin caer en los facilismos causalistas. Sin embargo, es altamente probable que la etapa de gobierno kirchnerista quede signada por una *serie* de aspectos directamente vinculados a la cuestión mediática. Propongo situar como los dos bornes de esa serie a la revisión política e institucional de la regulación económica, técnica y legal que orienta la circulación de productos y servicios audiovisuales -postergada y ninguneada por distintas administraciones desde la sanción en 1980 de la ley de radiodifusión 22.285-, por un lado; y por otro, a la nueva convivencia en el sistema mediático, de los medios masivos tradicionales con la mediatización que se desarrolla por instancias digitales y/o se despliega en internet. Un par de comentarios sobre esto: está claro que mientras la primera cuestión ha sido impulsada por la gestión gubernamental, la segunda es una condición casi global del ecosistema sociocultural en todos sus aspectos y dimensiones: económicos, jurídicos, tecnológicos, ideológicos, etc. Por otro lado, no plantear el tema en términos de una *serie* resultaría inadecuado pese a que estas situaciones

podrían parecer ajenas o heterogéneas. Justo cuando el gobierno nacional impulsa políticamente la discusión de los términos de la relación entre la ciudadanía y los consumidores con el sistema de medios masivos (los tradicionales: radio, televisión, y en alguna medida, la prensa), prolifera –a escala transnacional– el éxito de las redes de circulación de contenidos escritos, audiovisuales y multimediales. En el medio de esa serie, por así decir, tenemos los muchos debates explícitos acerca de la propiedad de las empresas de producción y distribución de esos contenidos, sobre el reparto de la pauta publicitaria oficial, la neutralidad o la independencia editorial de los medios informativos, sobre las desigualdades que expresa la brecha tecnológica, sobre la regulación directa e indirecta de la dimensión discursiva de los contenidos (a veces por la AFSCA, otras por el INADI, también debida a regulaciones de derechos de autor o incluso la autorregulación sujeta a cambios culturales, ideológicos, de época), etc. Y especialmente, los debates sobre la dimensión política de los medios y la dimensión mediática de la gestión de gobierno. No es muy difícil ver que las contigüidades que se trazan entre ambos bornes ilustran mejor esta era gubernamental, que su simplificación.

Si bien podemos ser conscientes de lo profundo que la discursividad mediática afecta el devenir político de nuestras sociedades, todavía no estamos en condiciones de ver la real dimensión de sus modulaciones, sobre todo porque hay múltiples aspectos variables operando al mismo tiempo. Y cuando todavía estamos trabajando para mensurar y analizar esas modulaciones, ya han llegado nuevos tipos de transformaciones que se activan por la digitalización generalizada de los soportes y por la circulación a través de las redes. Lo económico y lo sencillo de los procedimientos para la producción y almacenamiento de contenidos por vía de la digitalización, han posibilitado que se cotidianicen y masifiquen prácticas que antes estaban reservadas para técnicos especializados o ámbitos restringidos. De igual modo, el impacto que la aparición de internet produce en la accesibilidad de esos contenidos, facilita recursos para alcanzar relaciones que antes eran muy arduas y costosas.

Propongo señalar solamente dos hechos que ilustran algo del clima de época, como pista para elaborar, a futuro, una perspectiva de la actual era política: uno que tiene que ver con la *memoria* y otro con el *contacto*.

Si atendemos a nuestra televisión reciente, encontramos que los programas de archivo brotaron con el cambio de siglo, y florecieron con el cambio de gobierno, justo al inicio del período kirchnerista.²

2. Por citar dos ejemplos emblemáticos: *Perdona Nuestros Pecados* (PNP), producido por GP producciones, nace en 1994; *Televisión Registrada* (TVR), de la productora PPT, aparece en 1999. La querrela mediática y judicial entre ambos programas/productoras es de 2003-2005; el conflicto que arrastró la presencia de Mario Pontaquarto como invitado a TVR es de 2005.

El lenguaje del archivo consiste en tres grandes operaciones que son –al mismo tiempo– materiales y discursivas:

- *reposición + descontextualización*: los “mismos” textos o productos mediáticos son retransmitidos o replicados en otro espacio mediático; por tanto, esa *mismidad* es modificada como resultado de su recontextualización en otro espacio interdiscursivo;
- *fragmentación + recontextualización*: una producción es retomada y/o conjugada con otras, de manera que se producen nuevos textos con sus fragmentos: hay cita y reasignación para construir nuevos enunciados;³
- *fragmentación + descontextualización*: una producción es retomada por otros medios para mantener viva una agenda o un tema, alrededor de lo cual se plantean nuevos aportes o perspectivas, fortaleciéndose la plataforma para la polémica.

Estas operaciones son seguramente descriptibles en niveles más detallados, y es posible que su distinción sea algo dificultosa en determinadas prácticas. Quedará para el futuro investigar con mayor detalle el universo profuso de relaciones intertextuales que se va desglosando. Sin embargo, la esquematización que se presenta sirve para ver que hay una contigüidad entre prácticas discursivas que se dan en los medios masivos tradicionales tanto como en múltiples espacios de tematización política en la Red. La retórica del *archivo* como construcción operativa de la *memoria* no sólo se instaló como un procedimiento de época en el medio televisivo, sino que ha sido la base de muchas de las producciones discursivas en internet. La reflexividad de los medios sobre sí mismos *se volvió tema político*, o mejor dicho, fue clave temática de lectura e interpretación de muchos de los temas de la agenda gubernamental en estos años (Fernández y Cingolani, 2011). El recurso a las operaciones de archivo obró como materia y sustancia de una estrategia de la polémica política que ha interpelado a los propios discursos mediáticos, no como mero soporte, sino como actores de la arena pública. Y esto se desplegó tanto en los medios tradicionales como en los otros.

Un segundo hecho es el que atañe a un aspecto insoslayable a la hora de caracterizar el tono político de la era gubernamental actual: el regreso de la *militancia* como esquema de interpelación política. De aquí surgió la revisibilización de las organizaciones partidarias (oficialistas y en menor medida, opositoras) y no sólo sectoriales, como también el retorno de los intelectuales orgánicos. La ubicuidad de esa clave discursiva alimenta la famosa “grieta ideológica” que interviene en casi todos los ámbitos en que se expresan discursivamente los posicionamientos. Así, se hace presente de manera central en los medios masivos, donde los políticos y los periodistas articulan –incluso, quejosamente– esta divisoria, alcanzando a artistas, deportistas y toda clase de seres que responden a la categoría de *famosos* (o *celebrities*, *mediáticos*, *personalidades*, etc.).

3. Hemos descrito esta operatoria en Cingolani (2006).

En nuestras sociedades, esa categoría, la de *famoso*, es deudora de los procesos de mediatización masiva. Complementariamente lo es también la entidad colectiva que Dayan (2000) ha llamado el *casi-público*, es decir, el tipo de agrupamiento autoorganizativo, con capacidad reflexiva, que se prolonga en el tiempo y que tiene “preferencias traducibles en demandas”: el casi-público no se reconoce por una membrecía institucional (aunque podría haberla), pero tampoco por una mera evocación ajena, o –como las *audiencias*– que está desarticulada y sólo es eventual. Su respuesta es coparticipativa con un estímulo o instancia a la que responden o reaccionan. Por caso, el casi-público puede responder (favorable u opositivamente) a un artista, a un género o a una producción mediática. El caso, prototípico, es el de los clubes de *fans*.

Pero, en cuanto una discursividad política cobra la naturaleza de una producción mediática ¿podría dar cabida a que se generen *casi-públicos*? Ciertas plataformas de la Red han estado siendo reservorio, e incluso instancia de potenciación, de expresiones individuales que tomaron variablemente sustancia por las propias condiciones de circulación de este tipo de recursos. Y ha sido un recurso de validación discursiva el intentar reconocer como *militantes* a esas expresiones. En ese punto, más allá de toda militancia en otros términos y bajo otras prácticas, parece emerger una profusión de expresiones en las que se mezclan –sin solución de continuidad y con dudoso espesor– instancias de militancia mediática con simples manifestaciones polémicas. Sin embargo, en esta confluencia entre una clave polémica de la discursividad política y una proliferación de la participación mediática de individuos no articulada previamente, surgen figuraciones de la actividad ciudadana y su correlación con la instancia gubernamental que no puede tampoco simplificarse en categorías uniformes.

También de esta operatoria del *contacto* se ha hecho el momento mediático contemporáneo, y tal vez sean recordadas las lógicas de estos debates semi-anónimos o seudónimos, como la primera sedimentación de un nuevo territorio mediático asentado en esta década gubernamental.

El futuro nos obligará a revisar estas evaluaciones y análisis *in vivo*, para lo cual seguramente deberemos regenerar nuestros instrumentos.

Referencias

Carlón, M. (2004). *Sobre lo televisivo. Dispositivos, discursos y sujetos*, Buenos Aires: La Crujía.

Cingolani, G. (2006). “La televisión, objeto de la televisión: archivo, crítica y juicios de gusto en los programas meta-televisivos y de espectáculos”, en *Oficios Terrestres*, XII, 18, La Plata: FPyCS, UNLP. pp. 175-183.

Cingolani, G. (2009). "Mediatización de la figura presidencial: espacios, estrategias y transiciones.", en *Pentálogo Inaugural CISECO*, Jarapatinga: 28 de Septiembre. (Publicado luego como "A midiatização da figura presidencial: espaços, estratégias e transições", en *Transformações da midiatização presidencial. Corpos, relatos, negociações, resistências*, Fausto Neto, A., Mouchon, J. y Verón, E. (orgs.), Difusão Editora, São Caetano do Sul, 2012. pp. 53-67).

Dayan, D. (2000). "Television, Le Presque-Public", en *Réseaux* n° 100, CENT/Hermès Science Publication. Pp. 427-456.

Fernández, M. y Cingolani, G. (2010). "Televisión y política: espacio público, puestas en escena y regímenes de visibilidad", en *Oficios Terrestres*, XV, 25, La Plata: FPyCS, UNLP. pp. 37-49.

Fernández, M. y Cingolani, G. (2011). "Sobre las condiciones mediáticas de la crítica de medios", en *La Trama de la Comunicación*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, vol. 15, Rosario: UNR Editora. pp. 201-211.

Mestman, M. y Varela, M. (coords.) (2013) *Masas, pueblo, multitud en cine y televisión*, Buenos Aires: Eudeba.

Rivera, J. B. (1980). *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires: Atuel, 1998.

Saítta, S. (1998) *Regueros de tinta*, Buenos Aires: Sudamericana.

Traversa, O. (2012). "Os dispositivos do Presidente", en *Transformações da midiatização presidencial. Corpos, relatos, negociações, resistências*, Fausto Neto, A., Mouchon, J. y Verón, E. (orgs.), Difusão Editora, São Caetano do Sul. pp. 91-111.

Verón, E. (1985). "Le séjour et ses doubles: architectures du petit écran", en *Temps Libre*, 11, Paris: Séminaire RATP-Université-Recherche. pp. 67-78

— (1987). "Corps et méta-corps en démocratie audiovisuelle", en *Après-demain*, Paris, n° 293-294, abril-mayo. pp. 32-35.

— (1989). "Interfaces. Notes sur la démocratie audiovisuelle avancée", en *Hermès*, n°4, Paris. pp. 113-126.

— (1994). "Mediatización, comunicación política y mutaciones de la democracia", en *Semiosfera*, n°2, Madrid. pp. 5-36.

